

«PIROPOS A LA ESPERANZA»

01/27 Noviembre 2018

ADVIENTO-2018/19

(A mis hermanos del grupo “LITURGIA”)

Se los merece porque es bonita y alegre, porque es humilde y confiada. Camina con paso gracioso y decidido, pero da siempre la mano al que está caído. Junto a ella te renuevas, te sientes joven y capacitado. Te escucha y te desarma con su sonrisa cuando le cuentas tus problemas; las montañas se allanan y hasta el Himalaya te parece asequible. Si te familiarizas con ella encontrarás sentido a los acontecimientos y a las cosas, la vida te parecerá más bella.

Pero no pienses con ello que la *esperanza* sea ilusa, ciega, superficial, vana o tontorróna. No, la esperanza es honda, entrañable, lúcida, sufrida y compasiva. Tiene siempre a punto una palabra ilusionante; empatiza con el que sufre y canta con el que sueña; aporta paciencia y audacia, capacidad de aguante y de tesón. Los fracasos no la desarmen, nunca se da por vencida y siempre vuelve a empezar.

La *esperanza* es hija de la gracia. Sabe que no está sola, que una mano fuerte la sostiene, que un Aliento divino la renueva. No se apoya solamente en razones humanas, su argumento definitivo se viste de Pascua, se apoya en el amor trinitario, es sobrenatural.

La *esperanza* nos hace soñar en un mundo con más paz y menos guerras; nos hace dar un paso más en el camino pacificador: un arma menos, una venganza enterrada, un conflicto superado, un resentimiento olvidado; hace que todos nuestros anhelos de paz se vean colmados.

La *esperanza* nos hace desear más solidaridad y menos injusticias: que se perdonen las deudas asesinas, un proyecto más de desarrollo, un niño más apadrinado y rescatado de la miseria o de la prostitución o de la guerra.

La *esperanza* nos hace pensar en más hospitalidad y menos rechazo: soluciones para los inmigrantes, no más muerte en pateras o cayucos, menos actitudes xenófobas e intolerantes.

La *esperanza* nos hacen sentir más ternura y menos prepotencia: menos crispación en nuestras relaciones, más “silencio” y menos ruido, más caricias y menos arañazos, más ecología y menos contaminación, más respeto y menos agresiones, más misericordia y menos dureza de corazón.

La *esperanza* nos hace tener más fe y menos vacío: fe en uno mismo, en los grandes ideales y valores; menos desencanto y pesimismo, más alegría y menos tristeza, más hondura y menos vaciedad. Mas fe en Cristo, en su Palabra, en su Evangelio, en su presencia y en su gracia: menos laicismo hostil y agnosticismo, más respeto a los que creen, más fe en el Padre que nos sostiene y nos espera.

La *esperanza* nos hace querer un montón de cosas más: más trabajo y menos paro y contratos basura; mayor acceso a la vivienda y menos especulación inmoral; más vacunas y medicinas y menos sida y epidemias, especialmente en países pobres; una política más constructiva y menos política partidista; más seguridad ciudadana y menos delincuencia...

Más la *esperanza* necesita de la oración. No se puede conseguir lo que se espera sin la ayuda del más fuerte. «*En esperanza fuimos salvados*» ^(Rom 8,24). La *esperanza* se alimenta de fe, de amor y de oración. Por eso dice: “**ven**”, por eso dice: “**gracias**”, por eso dice: “**si**”, por eso dice: “**fiat, amén**”.

Y la oración también necesita de la *esperanza*, porque **¿qué podemos conseguir si no confiamos y esperamos?, ¿cómo podremos orar si no creemos y esperamos?** Lo que hace milagros no son las palabras ni los ritos ni los signos, sino la fe esperanzada, la *esperanza confiada*.

*No hay esperanza de amor y de paz,
si el odio nos invade feroz.
No hay esperanza alguna,
en un mundo fuera de Dios.*

*Sin Cristo, solo existe dolor.
No esperes un mundo mejor,
¡no hay esperanza de vida,
lejos del amor de Dios!*

*La esperanza es alcanzar:
la gloria que Él nos ganó,
por caminos que nos enseñó,
con palabras de vida y amor.
La esperanza es llegar:
al sitio que Él nos marcó
con su muerte y resurrección,
donde no existe el dolor.
La esperanza es vivir:
en el reino de luz y de paz,
y junto a Dios-Padre gozar,
de su gloria y majestad.*

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Jeremías 33, 14-16): *Mirad que llegan días.*

Salmo (24, 4bc-5ab.8-9.10 y 14): *«A ti, Señor, levanto mi alma»*

2ª lectura (Tsalonicenses 3, 12-4, 2): *Ya conocéis las instrucciones que os dimos.*

Evangelio (Lucas 21, 25-28.34-36): *Levantaos: se acerca vuestra liberación.*

El año litúrgico, que comienza hoy, es un paseo reflexivo por el ser humano. Lo hacemos recorriendo la vida histórica de Jesús de Nazaret, que se nos presenta cotejándola con nuestra propia vida, tan llena de sobresaltos, inquietudes y preguntas.

Una de esas cuestiones es nuestra seguridad, a prueba continuamente en la experiencia de fragilidad que la vida nos depara. Por eso construimos sueños de protección en amuletos que los significan y a los que atribuimos poderes mágicos para que nos ahuyenten los peligros. A la religión le damos este poder y en ella volcamos nuestro afán de seguridad como si automáticamente lo lograra.

La corriente religiosa crítica, los profetas, rechazó esa visión mágica y mantuvo, en cambio, la función de hacer presente la esperanza como superación y esfuerzo ante el fatalismo y el miedo a los poderes superiores. Un ejemplo fue el templo, símbolo de la presencia de Dios en la vida, que muchos confundieron con la protección automática de quien se acogiera a él.

Frente a ese automatismo falso, poco a poco surgió otro sueño. La construcción de un sistema de justicia que estableciera criterios superadores de la arbitrariedad y el abuso de los poderosos, así, cada uno, sabría a qué atenerse y qué podía esperar de un comportamiento determinado.

La gran conquista de un sistema de justicia que descansara en la ley, significó una plataforma de seguridad y libertad, pero degeneró en un legalismo que sofocaba la justicia a cuyo servicio debía estar, hasta el punto de que la ley, tan exagerada, lo tenía todo controlado y el ser humano caía en el temor de quien se sabe incumplidor e ilegal en algo, por lo tanto, merecedor de castigo.

¿Dónde encontrar otra cosa que le diera al ser humano la posibilidad de vivir con confianza? La fuerza es buena si está al servicio de la protección. La justicia es buena cuando sirve a la solidaridad. Pero vivir con confianza es algo que, no pueden aportar ni la una ni la otra.

Solo Dios es la posibilidad de la esperanza que ponga en marcha otra realidad. Solo Dios puede hacer posible la fe. Y algún día ocurrirá. Dios echará abajo las columnas sobre las que se apoya este mundo que, para superar el miedo, provoca más inseguridad, como vemos con el arsenal nuclear del mundo.

Nuestra fe es que ese mundo lo comenzará a construir un niño. Demasiado cambio para asimilarlo sin más. Necesitamos un tiempo para digerirlo. Necesitamos unas semanas para preparar la cabeza y el corazón, hacer un hueco al mensaje en nuestro sistema de pensamiento. Que la seguridad y la confianza se pueden levantar desde la debilidad, como el ser humano se hace desde la pequeñez.

La vida, a veces, se nos muestra catastrófica. Se unen los cataclismos externos, a las vivencias interiores y todo parece adquirir una apariencia descomunal que hace nos sintamos pequeños e impotentes para poner remedios a tanto sufrimiento y a tanta fuerza desatada.

Ponemos remedios que nos parecen oportunos, construimos defensas que nos parecen eficaces, cavamos trincheras y levantamos muros que parecen aislar lo negativo. Pero todo se impregna de esa carga de maldad que contagia con su color todas las cosas. Al final todo parece igual.

Sin embargo, crece una sensibilidad mayor, el mundo alcanza niveles de humanidad más altos y, en el recorrido incesante y repetido de la vida que hacemos cada año en la liturgia, aunque da la sensación de rutina, como la vida misma, descubrimos posibilidades nuevas y el sol interior, como el cósmico, inicia una nueva andadura que nos evita caer en la oscuridad total.

Haz, Señor, que te descubramos cada día caminando con nosotros. Muéstranos tu luz y ayúdanos a ver la vida y a leerla desde el resplandor que Tú aportas. Prepara nuestro corazón, como el desvelado que no duerme, para añorar tu aurora, tu venida, tu presencia, cálida y resplandeciente.

Que la celebración de tu nacimiento no sea una Navidad más sino una Navidad nueva que nos permite sentirnos acompañados por el Niño que entra en nuestra vida para quedarse, transmitirnos ternura y destapar todo el potencial de energía de que somos capaces cuando el amor y el afecto motivan nuestras decisiones y encienden las luces de la esperanza.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *Madre de todos los que viven.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Él nos ha destinado a ser sus hijos.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *El Espíritu vendrá sobre ti.*

El papa Pablo VI escribió que el tiempo de Adviento era seguramente el tiempo más adecuado para recordar y rezar a María. Incluso podríamos decir que lo es bastante más que otros tiempos que tradicionalmente se le han dedicado.

María está muy presente en todo el camino de espera de la venida del Señor. Es modelo de Esperanza de la Iglesia. María es una joven sencilla, israelita fiel, concedora de la esperanza de su pueblo, y, a esa joven, Dios la llama a ser la madre del Mesías. Y ella responde con humildad y con mucha fe a la llamada, y se dispone a recibir en su seno al Salvador del mundo.

Y se convierte, así, en la mensajera de la alegría de Dios, la portadora de la Buena Noticia para la humanidad: la Buena Noticia que no es ninguna teoría, sino una persona, un niño que se forma en su vientre y que nacerá en un establo de Belén, aquella pequeña ciudad cargada de recuerdos de antiguas glorias.

En el tiempo de Adviento, nosotros, esperamos al mismo que María esperó con maravilloso amor de Madre. Porque nunca como en este tiempo nos sentimos tan unidos a María, haciendo lo mismo que ella.

En esta espera vemos que la primera frase de parte de Dios a los hombres, cuando el Salvador se acerca al mundo, es una invitación a la alegría. Es lo que escucha María: *«Alégrate, llena de gracia»*. Alégrate, es la palabra última y también la primera de la gran liberación que viene de Dios, no es odio, sino alegría; no condenación, sino absolución. Cristo nace de la alegría de Dios y muere y resucita para traer su alegría a este mundo contradictorio y absurdo.

Pero hay algo más. **¿Cómo se puede ser feliz cuando hay tantos sufrimientos sobre la tierra? ¿Cómo se puede reír, cuando aún no están secas todas las lágrimas, sino que brotan diariamente otras nuevas? ¿Cómo gozar cuando más de las dos terceras partes de la humanidad se encuentra hundida en el hambre, la miseria o la guerra?**

La alegría de María es el gozo de una mujer creyente que se alegra en el Dios que levanta a los humillados y dispersa a los soberbios, que colma de bienes a los hambrientos y despide a los ricos vacíos. La alegría verdadera es posible en el corazón del hombre que anhela y busca justicia; libertad y fraternidad entre los hombres. María se alegra en Dios, porque viene a consumir la esperanza de los abandonados.

Solo se puede ser alegre en comunión con los que sufren y en solidaridad con los que lloran. Solo tiene derecho a la alegría quien lucha por hacerla posible entre los humillados y despreciados. Solo puede ser feliz quien se esfuerza por hacer felices a otros.

La segunda frase que escucha es: *«No temas, María»*. Lo mismo que Jesús resucitado dirá a sus discípulos: *«No temáis»*. Lo mismo que nos dice hoy a nosotros. María vivirá sin temor desde aquel día hasta la cruz. Sin temor es como Jesús nos pide que vivamos.

No se trata del temor que podamos tener en un momento determinado, por alguna amenaza, sino el temor profundo del quien no espera ya nada de la vida, de quien no encuentra ningún sentido a la existencia. La invitación del ángel, la invitación de Jesús es para confiar. Viviendo en esta confianza el temor dejará lugar al testimonio valiente, el que dio María, el que dieron los primeros cristianos.

Y como el Señor está en ella, la respuesta de María es: *«Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»*. Que la palabra de Dios se convierta en vida. La vida de María fue palabra de Dios, no una palabra escrita en un papel sino una palabra viva. Dejándose conducir por el Espíritu, María hizo que Dios pudiera hablar a través de ella, de su vida sencilla, de su fe profunda, de su maternidad, de su servicio a Isabel, de su mediación en las bodas de Caná...

Este es el ejemplo que hemos recibido de María. En su maternidad, la Palabra de Dios se hizo hombre en Jesús. También nosotros podemos "dar a luz" a este Dios hecho hombre si, a través nuestro, dejamos pasar la Palabra de Dios. Si por medio de nosotros, en la coherencia de nuestra vida, mostramos al mundo que se cumple esta palabra. La Palabra de Dios que escuchamos o leemos en la Biblia, será estéril sino la convertimos en vida. Las palabras, las frases que leemos y escuchamos, son letra muerta si no somos capaces de llevarla a nuestra vida.

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Baruc 5, 1-9): *Vístete las galas perpetuas.*

Salmo (125, 1-2ab.2cd-3.4-5.6): *«El Señor ha estado grande con nosotros»*

2ª lectura (Filipenses 1, 4-6.8-11): *Siempre que rezo, lo hago con alegría.*

Evangelio (Lucas 3, 1-6): *Preparad el camino al Señor.*

El domingo pasado señalaba el comienzo de algo nuevo que está por pasar y por construir. En este segundo domingo de Adviento, Lucas señala el momento histórico en el que comienza la actividad misionera de Juan y pone el énfasis en que va a acontecer la salvación para todos. Busquemos juntos nuestro hoy y ahora.

El ahora de cada persona de nuestra época es muy diferente al de Juan Bautista. A cada uno de nosotros, por la edad, por el recorrido personal, por el aprovechamiento de las oportunidades que hemos tenido, nos sitúa en un momento concreto respecto al encuentro con la promesa de la salvación de Dios que es la misma para todas las personas. Por eso mismo, atendemos de diferente manera las invitaciones de este tiempo al consumo, a los días de asueto, a los fines de semana, a los viajes por vacaciones y las llamadas que nos hace la Palabra de Dios en las celebraciones del Adviento.

El desierto es el aquí en que Juan inicia su misión, también está junto al agua para poder realizar esos ritos iniciáticos de quien quiere emprender un camino diferente al que está llevando en la actualidad. Es fundamental que también nosotros nos planteemos siempre, y especialmente en este tiempo de Adviento, los lugares desde los que esperamos la llegada de la salvación para todas las personas; porque no en todos los espacios en los que las personas nos reunimos se percibe que esa salvación de Dios es para todos. Las personas de alrededor, los que nos piden, lo que nos dicen, sus preguntas pueden ser un indicador de qué es lo que necesitan para su vida cotidiana y qué es lo que esperan de nosotros.

Como nos dice la profecía de Baruc, la experiencia de Dios y la de una mirada creyente hacia la realidad nos debe conducir a vivir la cotidianidad con una esperanza plena. En muchas ocasiones nos gustaría dar pasos hacia adelante pero quienes viven a nuestro alrededor, sus preocupaciones y sus gozos, nos invitan a permanecer a su lado y compartir la vida sencilla con ellos. **¿Algo habrá que decirles?**

Cada persona, de cada uno de los grupos, nos planteamos las dificultades que encontramos en el vivir nuestro de cada día. Pero, tenemos que vivir comunicando esperanza, hay que ir eliminando los obstáculos que encontramos en el camino y que hacen muy difícil la llegada de Jesús y su proyecto y buscar los medios adecuados que allanen el camino común por el que transitamos con el resto de las personas.

Este mundo no nos gusta. **“Que se pare el mundo, yo me bajo”**. Tan inteligentes como somos y no sabemos dar respuesta a los principales problemas que nos afectan. Hemos aprendido a volar como los pájaros y a nadar como los peces, pero no hemos aprendido el sencillo arte de vivir juntos como hermanos. En el último siglo hemos asistido a una verdadera aceleración de la historia... Pero **¿Han cambiado al mismo ritmo las ruedas del alma?**

Pocas cosas hay en este mundo más ambiguas que el progreso. La industrialización fue un gran avance, pero nos ha traído: destrucción de bosques, contaminación del aire, los ríos y el mar; ha puesto en peligro la capa de ozono que protege el planeta; el automóvil nos dio mayor movilidad, pero ha hecho imposible el vivir en muchas ciudades; la televisión nos metió el mundo en casa, pero ha aumentado la incomunicación en los hogares.

Sólo hay un rincón del universo en el que uno puede estar seguro de progresar; y ese rincón es uno mismo. Pero: **¿quién puede jurar que ese rincón suyo ha progresado? ¿Quién puede asegurar que creció tanto su alma como su dinero y bienestar? ¿O que mejoró tanto su corazón como su casa o su coche?**

«De un viejo tronco surge un renuevo, brota la vida». No se explica humanamente, pero **«para Dios nada hay imposible»**. El milagro se produce: Dios se abaja hasta hacerse uno de nosotros. Dios se hace hombre. **«Preparad el camino del Señor, enderezar sus senderos»**: **¿Qué caminos torcidos hay en mi vida? ¿Qué es lo que Él quiere que yo enderece en mi vida personal? ¿Sobre qué caminos torcidos de la sociedad puedo y debo influir para enderezarlos? ¿Qué caminos se pueden construir para la esperanza de esta sociedad? ¿Cómo enderezar caminos para que llegue a todos el Reino de Dios?**

Cuando se trata de nosotros, muchas veces Dios no puede obrar a lo grande, porque somos nosotros los que no le dejamos: le ponemos trabas y obstáculos. Pero, siempre que le dejamos **«ser Dios con nosotros»**, brota espontáneamente la alegría: **«El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres»**.

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Sofonías 3, 14-18a): *Regocíjate, hija de Sión.*

Salmo (Is12, 2-6): *«Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel»*

2ª lectura (Filipenses 4, 4-7): *Os lo repito, estad siempre alegres.*

Evangelio (Lucas 3, 10-18): *Él os bautizará con Espíritu Santo.*

Podemos decir que *«el Judaísmo es la religión de la esperanza, el Islam, de la fe, y el Cristianismo, de la caridad»*. El Judaísmo es la religión de la esperanza: el profeta Sofonías alienta la confianza del pueblo en Dios; la salvación sigue estando en Sión/Jerusalén. El Judaísmo sigue *“esperando su venida”*. El Islam es la religión de la fe entendida como *“sumisión”*. Para los musulmanes la fe está próxima a la del carbonero: asentimiento total, obediencia ciega. El musulmán no se rebela contra la voluntad de Dios.

El Cristianismo se centra en la caridad. La esperanza no la pone en la llegada del Mesías, pues cree que Jesús es el Mesías; es una esperanza alegre y activa: el Señor está cerca, nos dice Pablo en Filipenses. El Cristianismo tampoco acepta el destino fatal ni una fe ciega que se puede confundir con el fanatismo. Si Dios habla, cada persona es un interlocutor con Dios en la fe.

El Cristianismo hace una afirmación revolucionaria, que nunca antes había hecho otra religión: *«Dios es amor»*. Además la Iglesia nos aporta una palabra más a considerar: la *“misericordia”*. No es una palabra nueva ni es exclusiva de ninguna confesión: el Antiguo Testamento presenta a Dios repetidamente como *«compasivo y misericordioso»*; para el Islam *“el misericordioso”* es uno de los noventa y nueve nombres de Dios. En los evangelios, Jesús se compadece de las personas que le gritan pidiendo ayuda.

La misericordia funciona como un principio que aparece en los momentos fundamentales de la vida humana y religiosa. Dios es amor, y lo hace patente en la misericordia que sobrepasa cualquier expectativa humana. La misericordia está abierta a la esperanza, pues de lo contrario se ahogaría en un presentismo corto, sin miras. La misericordia necesita de la fe: todos los que piden ayuda a Jesús son personas que creen que Él puede ayudarlas.

La figura de Juan Bautista parece que no tiene cabida en lo dicho. Aparece como un profeta duro y exigente: predica la justicia, no soporta el abuso de los soldados o de los recaudadores. No hay ningún texto del evangelio en el que se nos diga que alguien pidiera misericordia a Juan; sin embargo, abundan los que se refieren a Jesús. Juan aún se mueve en el tiempo del Antiguo Testamento. Él no es el Mesías, pero nos señala a Jesús, que pone rostro y nombre a la misericordia de Dios.

Buen tiempo, éste de Adviento, para hacerse la pregunta que se hacía la gente al escuchar a Juan: **-«Y nosotros, ¿qué debemos hacer?»**. A la luz de este evangelio, ¿qué respuesta creo que me daría el radical profeta Juan?, **¿qué debo yo hacer?**

El amor no es una ideología ligada a algunos movimientos religiosos. El amor es la energía que da verdadera vida a una sociedad. En toda civilización hay fuerzas que generan vida, verdad y justicia, y fuerzas que desencadenan muerte, mentira e indignidad. No es siempre fácil detectarlo, pero en la raíz de todo impulso de vida está siempre el amor. Por eso, cuando en una sociedad se ahoga el amor, se está ahogando al mismo tiempo la dinámica que lleva al crecimiento humano y a la expansión de la vida. De ahí la importancia de cuidar socialmente el amor y de luchar contra todo aquello que pueda destruirlo.

Una forma de matar de raíz el amor es la manipulación de las personas. En la sociedad actual se proclaman en voz alta los derechos de la persona, pero luego los individuos son sacrificados al rendimiento, a la utilidad o al desarrollo del bienestar. Cada vez hay más personas que viven una NO libertad *“cómoda, confortable, razonable, democrática”*. Se vive bien, pero sin conocer la verdadera libertad ni el amor.

Otro riesgo para el amor es el funcionalismo. En esta sociedad de la eficacia lo importante no son las personas, sino la función que ejercen. El individuo queda fácilmente reducido a una pieza del engranaje: en el trabajo es un empleado, en el consumo un cliente, en la política un voto, en el hospital un número de cama... En una sociedad así las cosas funcionan, pero las relaciones personales mueren.

¿Qué podemos hacer cada uno? Frente a tantas formas de desamor a que nos conduce esta sociedad, el Bautista sugiere una postura clara: *«El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo»*. **¿Qué podemos hacer?** Sencillamente, compartir más lo que tenemos con aquellos que viven en necesidad. Así de simple. Así de claro.

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Miqueas 5, 1-4a): *El mismo será la paz.*

Salmo (79, 2ac y 3b.15-16.18-19): *«Oh Dios, restáuranos, qué brille tu rostro y nos salve»*

2ª lectura (Hebreos 10, 5-10): *He aquí que vengo para hacer tu voluntad.*

Evangelio (Lucas 1, 39-45): *Lo que le ha dicho el Señor, se cumplirá.*

Dos mujeres se encuentran en la sencillez de una aldea de Judea. Comparten una alegría común. Las dos están embarazadas. En lo más profundo de su ser saben que Dios las ha visitado y las ha llamado para dar vida. María lleva en su seno a Jesús e Isabel a Juan. Lucas nos dice que, a través de ellas, fue posible el primer encuentro de sus hijos. Dos mujeres le han dicho «**SÍ**» a Dios y su disponibilidad será una bendición para la humanidad. «**¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!**», dirá Isabel a María.

En el texto evangélico contemplamos cómo Dios se abre camino en la historia de la humanidad a través de la sencillez de dos mujeres. Dios abre un futuro inédito contando con la colaboración de una joven virgen, vecina de una aldea perdida de Galilea; y contando con Isabel, una mujer a la que sus vecinos tenían por estéril. Solo será necesaria la fe, la confianza en la palabra dada por Dios. María creyó en esta palabra. «**Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá**», le dice Isabel a María.

Las mujeres siempre están en las fronteras de la vida, haciendo posible la vida: en la gestación, en el parto, en el cuidado de los hijos, en su acompañamiento y, así, hasta el momento de atravesar la frontera definitiva, cuando la vida toca a su fin. Lo vemos en María, haciendo posible la vida de Jesús, acompañándole a lo largo de su vida hasta la cruz, guardando su vida y su palabra en su corazón; y lo vemos en toda mujer, haciendo posible la vida de su hijo o de su hija. Además de otras cosas, Lucas parece decirnos en este relato que no hay historia de encuentro entre Dios y la humanidad sin la mujer. Sin María, sin Isabel... En aquella sociedad machista y patriarcal Jesús tendrá una relación especial con las mujeres.

Hoy, como siempre, Dios sigue visitando a su pueblo y desea abrir caminos nuevos de vida, de relación, de encuentro, de futuro. **¿Qué caminos desea inaugurar para su pueblo en este momento de la historia? ¿Cómo podemos ayudarnos a abrir las puertas y ventanas de nuestras vidas y de nuestras comunidades para que Dios pueda visitarnos?**

Uno de los rasgos característicos del amor cristiano es saber acudir junto a quien puede estar necesitando nuestra presencia. Ese es precisamente el primer gesto de María después de acoger con fe la misión de ser madre del Salvador. Se pone en camino y marcha aprisa junto a otra mujer que necesita en estos momentos su cercanía, su ayuda.

María se ha puesto en camino «**aprisa**». No quiere llegar tarde, como pasa casi siempre en la atención a los pobres necesitados. La Virgen de la Visitación, en ese momento decisivo de su vida en que podía haber quedado arrebataada en el misterio, ha hecho opción por los necesitados de algo. No lleva regalos, se entrega a sí misma; da su tiempo, su amistad, el cuidado, el vigor y el entusiasmo de sus manos jóvenes. La Virgen llega y se queda, «**sin prisas**», tres largos meses.

María recorre la ruta norte-Nazaret, hacia el sur-Karim. **¡Cuántas evocaciones, cuántos recuerdos e imágenes, trae esa dirección norte-sur a los hombres de buena voluntad de hoy!** Y es que en ese camino hacia el sur se ven a casi todos los hambrientos y humillados de la tierra.

Hay una manera de amar que debemos recuperar en nuestros días y que consiste en “*acompañar a vivir*” a quienes se encuentran hundidos en la soledad, vencidos por las circunstancias, bloqueados por la depresión, atrapados por la enfermedad incurable o sencillamente vacíos de toda alegría y de toda esperanza. Para acompañar a vivir hoy sólo necesitamos ponernos en camino hacia nuestro “*sur particular*”: las periferias de nuestras ciudades (nos dice el Papa) hacia los barrios marginales,...

No se trata de hacer “*cosas grandes*”. No se trata de pertenecer a “*muchos grupos*”, quizás sencillamente se trate de ofrecer amistad a ese vecino hundido en la soledad y la desconfianza, igual se trata de estar cerca de ese joven que sufre depresión nerviosa, o de tener paciencia con ese anciano que busca ser escuchado por alguien y a quien hay que repetir muchas veces las mismas cosas sin perder la paciencia. Quizás se trate de estar junto a esos padres que tienen a su hijo en la cárcel, o de alegrar el rostro de ese niño solitario marcado por la separación de sus padres.

El evangelio de hoy, el ejemplo de María, nos pide llegar “*aprisa*” y estar con ellos “*sin prisas*”, **¡Qué difícil sin reloj, sin agitación, despacio y sin prisa!** Nos pide entregar nuestro tiempo, nuestra cercanía, nuestra presencia alegre, nuestra ayuda económica si es que no podemos hacer otra cosa.

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 52, 7-10): *Tu Dios es rey.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3cd-4.5-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios»*

2ª lectura (Hebreos 1, 1-6): *Hijo mío, hoy te he engendrado.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *El Verbo se hizo carne y habita entre nosotros.*

En medio de la noche hemos reconocido una luz. Es el resplandor de un Dios que ilumina nuestra existencia, que nos regala un horizonte nuevo, que nos da la esperanza necesaria para recorrer el camino de la vida. La noche es tiempo de salvación, aunque en muchos casos, la noche es el tiempo de la tristeza y la desesperanza, del sufrimiento y del dolor. Demasiadas personas viven instaladas en la noche.

Demasiados pueblos viven en la oscuridad. Cada día tiene su noche... pero cada noche tiene su luz. Y hoy, precisamente, celebramos que la auténtica luz es Dios con nosotros, su amor y su presencia para siempre. Hoy, de día o de noche, decimos: **¡Feliz Pascua! ¡Feliz Navidad!**

Asistimos a la prueba de la fidelidad de Dios Padre, que siempre cumple sus promesas. Desde todos los tiempos la humanidad esperaba la llegada del Salvador, prometido por el Padre, anunciado por los profetas. Y hoy, por fin, se ha cumplido. Jesús ha nacido entre nosotros. Ya no hay que esperar más, ya no hay que preguntar dónde está Dios. Pues ahí, en la sencillez de la cueva, donde nadie lo esperaba, Dios pone su tienda entre nosotros, y de María Virgen, nos ha nacido el Salvador.

La fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad de un bebé ataviado con pañales. Es el mejor icono de la fragilidad, de la sencillez y del amor. Un recién nacido, acostado en un pesebre, sin acceso a un hogar. Dios nos sorprende y renueva su alianza con nosotros en un establo... Impensable. La fragilidad del bebé nos cautiva y enamora, nos transforma y nos conmueve.

Desde ese momento no estamos solos en el mundo. Dios en Jesús está entre nosotros para que tengamos vida, y de la buena. No de la buena de tener más y más cosas para unos pocos, sino vida de hermanos, de familia y de pueblo, para que todos tengamos lo necesario. Porque, no lo olvidemos, la grandeza y la gloria de Dios es la vida de los hombres. **¡Porque quiere darnos su misma vida!**

Dios, al cumplir su Promesa, expresa cuál es su deseo y voluntad. Desde el origen del mundo ha querido ser la vida de y para sus hijos. Y esto no puede hacerse –tampoco lo entenderíamos– solo desde “*el cielo*”. No, desde pequeños aprendimos que Dios está *«en el cielo, en la tierra y en todas partes»*.

Claro que no somos ni los primeros de la historia, ni los últimos. Y Dios fue empujando la vida, acompañando a las gentes, hablando por sus profetas, denunciando todo lo contrario al hombre, enviando a sus testigos. Como Juan, testigo de la Luz, que supo ser eso, un testigo, y señalar al que de verdad era el importante, a Jesús.

El pesebre es un lugar universal... allí caben todos: quienes no tienen sitio en la posada, quienes no tienen hogar, o no tienen nada. Dios es para todos, es gratuito, no tiene límites. Dios no es selectivo, es como un padre o una madre buenos que se desviven por sus hijos. Nuestro “*acceso*” al niño Dios viene por la capacidad de acogida y de sorpresa. Acoger al prójimo, acoger los acontecimientos, acoger lo imprevisto, acoger la vida... Dios nos regala su luz, su amor y su bendición. **¡Sabremos acogerlo?**

Dios nos ayuda a renacer y a vivir iluminados por su presencia y guiados por su amor. Quien se encuentra con Dios, quien descubre su amor, quien lo recibe, no queda indiferente. Dios nos ha nacido y nos seguirá naciendo. Si lo acogemos en nuestra vida, la respuesta será una existencia diferente y nueva. Una vida, (nos dirá san Pablo) *«sobria, honrada y religiosa»*, que nos convierte en signo de amor y en compromiso por una humanidad renovada, como Dios quiere.

Todo lo que somos –todo lo que estamos llamados a ser–, todo lo que nos rodea con sus logros y germen de humanidad “*tiene*” a Dios. Por eso nuestra atención ha de estar siempre activa y atenta a los esfuerzos por crear vida, dignidad, relación entre las gentes, y para descubrir las miserias humanas y sociales y poder cambiarlas. El mismo Concilio Vaticano II nos decía que sí, que hay que estar atentos a los *«signos de los tiempos»*.

Hemos sido llamados a recibir a Jesús que nace, a dejar que Él nos haga suyos. Somos hijos de la Luz, porque hemos nacido de Dios. Y esto por puro Amor, porque Dios se ha implicado e identificado con nosotros, y nos ha dado la plenitud y la vida.

¡¡Dios está con nosotros hoy, para siempre!!!

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (1º Samuel 1, 20-22.24-28): *Y se quedará allí para siempre.*

Salmo (83, 2-3.5-6.9-10): *«¡Dichosos los que viven en tu casa, Señor!»*

2ª lectura (1ª Juan 3, 1-2.21-24): *Ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Lucas 2, 41-52): *Debía estar en las cosas de mi Padre.*

Juan dice que *«Dios nos ama tanto que nos llama hijos suyos»*. Así lo escuchamos en la segunda lectura de este domingo. Pocas cosas hay que una persona pueda valorar más que la propia familia: por ella uno es capaz de hacer cosas que, quizás, no haría por un conocido. Hoy celebramos la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret lo que nos va a llevar a contemplar esta familia tan especial.

Pero no solo debemos observar a la Sagrada Familia desde fuera, sino que debemos tener en cuenta que también nosotros somos miembros de esta familia de Nazaret porque somos hijos de Dios. Sí, el resultado es que tenemos una doble familia. Aquella a la que estamos unidos por los lazos de la sangre y esta otra, mucho más grande, que es la familia de Dios.

María y José eran unos judíos piadosos y cada año desde Nazaret acudían a Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua. En una de esas ocasiones, cuando regresaban a Nazaret, María y José perdieron a Jesús. Nos podemos imaginar la angustia de sus padres que se transformó en asombro cuando, por fin, lo encontraron.

Las palabras de María nos hablan de angustia y de desorientación: *«¿Por qué nos has tratado así?»*. La respuesta “sorprendente” de Jesús a sus padres no parece responder a lo que le preguntaban. Jesús se extraña, a su vez, de que lo buscaran. *«Él tenía que estar en la casa de su Padre»*. Estas palabras de Jesús son, desde luego, difíciles de interpretar. Quizás sea bueno recordar, con humildad, que en las cosas de Dios no podemos saberlo todo e interpretarlo todo correctamente.

María tampoco comprendió la respuesta de su Hijo, pero se fió de Dios (otra vez) y guardó todo lo que acababa de ver en su corazón. Tampoco podemos interpretar toda la vida de Jesús por esta respuesta a sus padres. Sabemos que Jesús nos ha mandado amar y honrar a nuestros prójimos, y entre ellos ocupan un lugar de honor nuestros padres. Por eso quizás debemos pensar que con esta escena el evangelista nos quiere presentar a la doble familia de Jesús. A su verdadero padre que es Dios y a cuyo servicio Jesús pondrá toda su vida, y a sus padres según la carne, María y José.

Lucas nos dice que, después de esta escena, Jesús volvió a Nazaret y estuvo bajo la autoridad de sus padres. Cuando leo en el Evangelio: *«Y bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad... y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y los hombres»*, me asombra la naturalidad con que lo dice. Como si “no hubiese pasado nada”.

Resulta curioso que a los ocho días de nacido ya lo estemos viendo con doce años, haciendo travesuras de adolescente. La liturgia quiere presentarnos el ambiente familiar de Jesús, con un relato espiritualmente lindo y humanamente realista: por primera vez vemos a Jesús tomar conciencia de su identidad; es la primera vez que vemos a Jesús tomar conciencia de su verdadera filiación; por primera vez vemos a Jesús tomar conciencia de su misión.

La vida familiar ha experimentado a lo largo de estos últimos años transformaciones importantes, no sólo en su estructura, sino principalmente en sus relaciones interpersonales. La familia es uno de los ámbitos donde más profundamente está incidiendo en estos tiempos el cambio sociocultural. Esto afecta profundamente a la experiencia religiosa compartida en la familia y a la primera transmisión de la fe a los niños.

La fe cristiana presenta un conjunto de valores que inspiran la vida conyugal y familiar. Son una llamada a respetar la singularidad de sus miembros, a encarnar la igualdad de hombre y mujer y a vivir en la unidad solidaria del amor, como signo de la Nueva Alianza entre Dios y la familia humana. A la luz de estos valores se puede discernir la mayor o menor cercanía o lejanía de cada familia al ideal de la Creación.

Demos gracias a Dios. Hoy es un día para estar doblemente agradecidos con Dios. Por nuestra familia en la tierra y por el privilegio de poder dirigirnos a Él con el mismo cariño con el que un hijo se dirige a su padre, porque *«somos sus hijos»*.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6, 22-27): *El Señor te conceda la paz.*

Salmo (66, 2-3.5-6 y 8): *«El Señor tenga piedad y nos bendiga»*

2ª lectura (Gálatas 4, 4-7): *Ya no eres esclavo, sino hijo.*

Evangelio (Lucas 2, 16-21): *María todo lo conservaba en su corazón.*

¡FELIZ AÑO NUEVO! Es lo que, por costumbre, nos deseamos. Pero, esta felicitación no puede reducirse a un simple deseo, sino que ha de traducirse en un buen compromiso. **¿De qué serviría decir a las personas con las que convivo: “¡Te deseo un año feliz!”, si muchas veces soy yo la causa de muchos de sus sufrimientos? ¿Si pudiendo darles la mano para alentarles o proporcionarles paz, no lo hago? ¿No es esto una especie de mofa?**

El gran regalo que hemos de hacernos unos a otros al comienzo del año no ha de reducirse a desearnos un año próspero y feliz, sino que ha de consistir en comprometernos a hacernos mutuamente felices, siendo solidarios los unos con los otros a lo largo de los 365 días del periodo que iniciamos. Qué oportuno, prometedor y confortador resultaría que nos preguntáramos mutuamente: **¿Qué es lo que hay en mi vida que molesta o resta felicidad a los demás? ¿Qué es lo que en mi vida crea tensiones, conflictos, agresividades? Mi carácter, mi egoísmo, mi intolerancia... ¿Qué impide la armonía, la paz y la alegría a mi alrededor? ¿Qué podría hacer de positivo que no hago?**

Estamos en el día de la paz. Y hay que afirmar que sólo tenemos paz cuando la promovemos. **¿Qué regalo tan grande es la persona que promueve la paz, que es instrumento de paz!** Con respecto a ella se puede afirmar lo que san Juan de la Cruz decía del amor: *«“Regala paz y cosecharás paz”»*. San Agustín, en las *Confesiones*, presenta a su madre como modelo de mujer pacificadora. Cuenta que *«cuando le venían con chismes y divisaba hogueras de odio, ella las apagaba hablando a unos de otros, disculpando, interpretando benévolamente los hechos, las palabras, los gestos»*. Era como un bloque de arena donde se estrellaba la metralla enemiga de las críticas y de las murmuraciones.

El Señor nos regala 365 sacos de semillas. Es preciso sembrarlas todas. Del sol y la lluvia ya se encarga Él. No olvidemos que al final de la vida sólo presentaremos el tiempo que hemos vivido para amar, para servir, para crecer, para sembrar paz y felicidad... Sólo se nos tendrá en cuenta la cosecha de las semillas de bien que hayamos sembrado.

Los cristianos, comenzamos el año nuevo de la mano de santa María, madre de Dios. **¿De dónde le brota a la Iglesia la necesidad de comenzar el año contemplando a María y pidiendo a Dios la paz para el mundo? «La auténtica paz es Cristo Jesús»** ^(Ef 2,14), que nos ha llegado a través de la obediencia de fe de María. Obediencia no solo de fe, sino también de amor. Obedecer a la satisfacción de caprichos o deseos es el camino más seguro para la esclavitud y, por ello, para la injusticia. La injusticia crea conflictos y no genera paz real.

Hay una paz que se confunde con *«tranquilidad psicológica»*; hay otra que se confunde con *«buena conciencia»* y hay otra que se confunde con *«la ausencia de conflictos»*. La auténtica paz es Cristo Jesús, obediente al Espíritu, como María. La paz de Cristo Jesús procede del Espíritu Santo que, como en María, es activa y creyente, confiada y arriesgada.

Decir **«sí»** a la voluntad de Dios, especialmente cuando no entendemos esa voluntad o no cuadra con nuestros esquemas, es atreverse a dejar que Dios lleve las riendas de nuestra relación con Él y, de esta forma, fiarnos de que su plan de salvación se realiza frecuentemente de manera inaudita e incomprensible para la razón.

Lo cual no quiere decir que no sea razonable. **¿Es razonable que Dios nos ame gratuitamente? ¿Es razonable que la auténtica paz brote de corazones que meditan en silencio? ¿Es razonable que la paz familiar brote de confiar unos miembros en otros, más que de querer controlar a los otros?** Paz y confianza van de la mano. En la construcción de la paz, tal como Dios nos lo ha enseñado tanto en la Sagrada Familia de Nazaret como en Cristo Jesús adulto.

Hay que desenmascarar la trampa que hay en el deseo de saber. Es cierto que el deseo de saber manejarse más o menos bien en la vida exige un aprendizaje. Pero en las relaciones interpersonales, especialmente cuando aparecen los conflictos de relación, exige fiarse antes que saber, ya que el *“otro”* siempre es un misterio, cuyos indicios se me van revelando a medida que confío en él. De ahí nace la necesidad de escuchar más que de hablar.

Y escuchando a Dios y al *“otro”* puedo dar alguna pista para que la paz vaya apareciendo, una paz fundamentada en la confianza, no en el debate ideológico que, como mucho, termina en el respeto a las ideas del otro, pero el respeto no ama ni se entrega. Pidamos a Dios que nos aumente la fe al estilo de María y José para que este nuevo año que comenzamos sea también historia de salvación, fundamentada en la PAZ que es Cristo Jesús.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60, 1-6) *La gloria del Señor amanece sobre ti.*

Salmo (71, 1-2.7-8.10-11.12-13): «*Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos*»

2ª lectura (Efesios 3, 2-3a.5-6): *Somos miembros de un mismo cuerpo.*

Evangelio (Mateo 2, 1-12): *¿Dónde está el Rey de los judíos?*

Los barcos que navegaban por alta mar, en la oscuridad de la noche viajaban guiados por las estrellas, haciendo sonar sus sirenas para avisar de su cercanía al resto de navegantes. Cuando se acercaban a tierra, divisaban la luz del faro que les indicaba la cercanía de la costa para no embarrancar o estrellarse contra las rocas.

Los que habitan las cuencas de los ríos pasan períodos de niebla, que significan dificultades para la vida diaria. Peligrosa para desplazamientos, desorienta y hace perderse a caminantes. Tan densa se pone que, antes, hacían sonar las campanas para transmitir la cercanía de las poblaciones y orientar a los viajeros. Quien va en la niebla, puede recibir la ayuda de la luz que desprenden las poblaciones modernas, porque las nubes reflejan esa luz e indican la dirección en que se encuentran.

Tan angustiada puede llegar a ser la experiencia de estar perdido que ha pasado a ser sinónimo literario de sentirse desorientado en la vida con una gran sensación de angustia existencial. La gente, necesitada de algo que les guíe, va acudiendo ahí donde espera encontrar luz en su oscuridad, acogida en su difícil intemperie y seguridad en su abatimiento.

Como en tiempo de Isaías y de los Magos, hoy es frecuente vivir esta experiencia de crisis y, como los exiliados de su tiempo, también ahora, la cruda realidad de un mundo complejo y de una historia brusca, nos plantea la necesidad de mirar a ver dónde encontramos respuesta seria y profunda a la búsqueda de la esperanza que nos oriente, que despierte el afán de ir en la dirección por la que se sale de la tiniebla.

Tras una larga historia de exilio interior, en plena experiencia de lejanía y distancia por parte de muchas personas educadas en una fe legalista y culpabilizadora, volvemos a mirar hacia la Jerusalén encargada de repicar las campanas en la niebla y encender las luces que iluminen la oscuridad religiosa del momento.

Pero esta Jerusalén sigue arruinada, como en el siglo de Isaías, indiferente, como en el siglo de Herodes. Necesita una reconstrucción que la haga capaz de acoger a desorientados y abatidos, frustrados y decaídos. Hay que reconstruirla, con esperanza, sensibilidad humana, y alegría.

La aparición de astros es frecuente en la antigüedad, unida al nacimiento de personajes relevantes y, muchas “*exégesis astronómicas*” hacen referencia a supernovas o cometas que habrían aparecido en el tiempo del nacimiento de Jesús. Pero el valor de la estrella es simbólico y catequético: «*Dios guía y acompaña la búsqueda*» de la verdad, de la fe y del bien, y pone “*rastros*” para que puedan acceder a ellos los que verdaderamente están interesados, aunque sean extranjeros o paganos.

Hay que volver los ojos al Niño que convoca, a la Palabra que llama, a la Luz que guía, a la ternura que conmueve. Hay que dejar de lado la reconstrucción que pudo servir para un tiempo que no es el nuestro. Hoy, desde el exilio religioso que tantas personas viven; desde la crisis existencial que impregna a tantos amigos nuestros; desde la niebla en que muchos caminan abandonados al azar o a la incertidumbre; un Niño nos ha nacido, con todo su significado vital y su provocación afectiva, que nos trae esa Palabra de esperanza que vale más que los tesoros del mundo, que los regalos de una cabalgata, y el poder de los grandes. Dios, hecho Niño, es la respuesta a nuestra búsqueda.

La fiesta de la Epifanía del Señor nos recuerda que todos somos merecedores de la alegría y la esperanza, de la luz que nos trae el nacimiento del Salvador. La historia de los pueblos, y de cada uno de nosotros, está llena de tiempos de ilusión y tiempos de angustia, de épocas de bonanza y de desesperación. Así le pasó al pueblo de Israel, y así nos pasa actualmente a cada uno de nosotros en nuestra vida particular, familiar, laboral, etc.

Amanece la gloria del Señor sobre su pueblo, es la razón para que este recobre el ánimo y se ponga a la tarea. «*Levántate*», arenga el profeta, Levanta la vista: es hora de ponerse en movimiento, es hora de experimentar la presencia benévola de Dios y hacer el camino que Él ilumina, la tarea en que se complace. Y así, un pueblo entregado a la causa de Dios, «*ensanchará su corazón*».

Hoy nuestras casas y nuestros corazones están “*inundados de estrellas*”. **¡Dejémonos guiar por la luz del recién nacido! ¡Adorémosle como expresión de nuestra alegría!** Es la experiencia de vivir el nacimiento del Salvador; pero es también compromiso para que todos los seres humanos, todos los pueblos de la tierra puedan conocer esta Luz.

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42, 1-4.6-7): *Yo el Señor, te he llamado.*

Salmo (28, 1a y 2.3ac-4.3b y 9b-10): *«El Señor bendice a su pueblo con la paz»*

2ª lectura (Hechos 10, 34-38): *Dios no hace distinciones.*

Evangelio (Lucas 3, 15-16.21-22): *Él os bautizará con Espíritu Santo.*

Terminadas las fiestas de Navidad, la comunidad eclesial nos disponemos a recorrer, una vez más, la vida pública de Jesús con su pasión, su muerte y resurrección. Durante todo este año nos ayudará el evangelista Lucas, que tiene como líneas de fuerza la misericordia de Dios y la de su preocupación por los que están lejos: los desfavorecidos, los pecadores, los enfermos. Esta atracción del papá Dios marcará el camino de Jesús hacia el Jordán; seguramente porque también Juan pedía la conversión para acoger la venida del mesías prometido.

El bautismo de inmersión en el agua, como rito de iniciación, aparece en muchas religiones y escuelas de desarrollo personal. Sumergirse en el agua simboliza ahogar la vida anterior, la etapa ya vivida, para resurgir a una etapa que comienza.

El bautizarse con Espíritu Santo nos remonta a la profecía de Isaías que hemos leído, y está referida, a la misión del que ha sido ungido para llevar adelante un encargo recibido de Alguien al que le interesa que esa etapa nueva de la vida no sea solo para una persona individual sino para todo el pueblo, sobre todo para los más pobres.

El evangelio de Lucas, como el de Mateo y Marcos, en el bautismo de Jesús quiere subrayar la solemnidad del momento y la importancia de la misión que se le encomienda. El mismo Hijo de Dios entra en la historia de los hombres y de las mujeres para revelar que el Creador nunca se desentiende del trabajo transformador de la persona humana cuando se trata de construir entre todos una sociedad humanizada, en la que tanto las mujeres como los hombres, puedan desarrollar todas sus capacidades a favor propio y en el de los demás.

Los discípulos han vivido con Jesús y han aprendido sus palabras y han visto sus obras; esto es lo que cuentan en un principio a las gentes que quieren escucharlos. Pero cuando reciben la fuerza de lo alto se hacen conscientes de que lo que deben transmitir es la experiencia de ser personas nuevas, con un nuevo estilo de vivir y de actuar. La comunidad eclesial seguirá así los pasos del Maestro.

Celebrar la fiesta del Bautismo del Señor es celebrar también nuestro propio bautismo. Somos, así, llamados, elegidos y destinados por Dios para hacer el bien y practicar la justicia. Como lo hizo Él en la larga historia del pueblo de Israel y como nos invita a todos nosotros a seguir haciendo. Dios, gracias al bautismo, sigue estando con quien practica la justicia. Es el mismo Espíritu que acompañó a Jesús desde la Teofanía descrita en los Evangelios.

El bautismo, lo mismo que el nacimiento, nos regala nuestra propia identidad. Jesús descubrió en su experiencia humana su identidad de Hijo de Dios y descubrió la identidad de su propia misión. Era el Padre quien hablaba y, públicamente lo declara *«Hijo amado, predilecto»*.

Lo mismo sucede con nuestro bautismo. Todos hijos y todos hermanos, hijos de un mismo Padre. Pero cada uno con nuestra propia firma y sello. Cada uno con nuestra propia identidad personal en la Iglesia. El bautismo es el mismo (como el nacimiento) pero la gracia marca las diferencias, siendo la misma gracia. Todos miembros de una misma Iglesia.

Nuestros padres, aunque tengan muchos hijos, a cada uno le regalan una cara diferente. El bautismo, aunque sea un mismo bautismo, general, comunitario, a cada uno nos señala nuestro propio rostro, con el que tendremos que realizarnos en la Iglesia y ante el mundo.

Descubrir la propia identidad es descubrir la marca, el sello, la firma de Dios que autentifica nuestro ser como personas y como individuos. Y ser capaces de vivir esa coherencia bautismal nos expone siempre a luchas y contradicciones. Pero ¡Qué importante es ser uno mismo cuando todos se empeñan en hacernos como todos! Porque en la vida todos se empeñan en masificarnos, en privarnos de nuestra propia identidad.

Jesús sintió y experimentó no solo su filiación divina. Sintió también su identidad especial y particular. Estaba llamado a ser distinto al resto siendo de la misma condición humana. Tampoco a él le fue fácil mantener esa identidad a lo largo de su vida. La ley trató siempre de uniformarlo, pero él se resistió. Y ese no dejarse masificar por los de arriba y por la ley le costaría muy caro. Porque entonces y hoy el ser diferente, mejor dicho, el ser uno mismo, se suele pagar caro.

Una voz (la de Juan) anunciaba a Jesús, y otra voz (la de Dios) declara su identidad. En Jesús confluyen los anuncios del cielo y de la tierra. Jesús es el punto de convergencia entre Dios y los seres humanos. Jesús nos proporciona el auténtico encuentro con los demás y con Dios: poner más a Jesús en el centro de nuestra vida y, hacer un itinerario como discípulos de Él y con Él.

DOMINGO II DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 62, 1-5): *El Señor te prefiere a ti.*

Salmo (95, 1-2a.2b-3.7-8a.9-10a y c): *«Cantad las maravillas del Señor a todas las naciones»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 4-11): *Un mismo Dios que obra todo en todos.*

Evangelio (Juan 2, 1-11): *Este fue el primero de sus signos.*

La religión judía se había convertido en un conjunto de leyes, normas y purificaciones, pero le faltaba el encuentro con el Dios de la misericordia. Tenían agua para purificarse exteriormente pero ya no le quedaba el vino de la fiesta. La religión, que debía ser como la celebración de una boda con el Dios del amor, se había convertido en una boda triste, a la que le faltaba la chispa de la vida y la alegría. Como una boda sin vino.

Jesús, su madre y sus discípulos fueron invitados a una boda. El evangelista nos dice que faltó el vino y que María, la madre de Jesús, se lo dijo a su hijo. Jesús intervino y el agua de las tinajas de las purificaciones se transformó en vino de primera calidad. El organizador de la boda se quedó sorprendido: *«has guardado el vino bueno hasta ahora»*, le dijo al novio. Nos hallamos ante un relato lleno de símbolos que desea comunicarnos la novedad que ha introducido Jesús en la relación con Dios.

Seguro que hemos asistido a más de una boda: la ceremonia del enlace, el banquete, la fiesta, la alegría de todos. Pero, en aquel tiempo la fiesta de la boda duraba varios días y en esos días había grandes banquetes donde la bebida principal era el vino. Faltó el vino. Menos mal que los invitados no se dieron cuenta, si no menuda vergüenza, cuanto burla y qué fiesta más aburrida.

Muchos de los invitados a la boda de Caná gustaron el vino y eso fue todo. Los discípulos saborearon el vino, por el vino comprendieron el signo, y por el signo se abrió su mente a lo significado: *“El reino de Dios”*. Los apóstoles creyeron en Él, se fueron con Él, le acompañaron, le anunciaron, y murieron por Él. Frente a la actitud de rechazo por parte de muchos, que prefirieron las tinieblas a la luz, hubo otros que se dejaron iluminar y siguieron los caminos de la luz.

De este signo arranca la historia de muchas historias humanas. A nuestro lado viven personas de las que se puede afirmar que viven todavía saboreando del vino que no se acaba, otras, en cambio, se les acabó el vino y pasan su vida tragando vinagre.

El paso del tiempo, la costumbre y la rutina pueden alejarnos y hacernos olvidar los primeros momentos del amor, cargados de sueños y promesas. Así les sucede a muchas parejas. Pasa el tiempo y, un día cualquiera, descubren que la rutina se ha llevado la alegría, la pasión y, con ellos, el amor. Creyeron que el primer momento iba a durar toda la vida y, una mañana, se despertaron decepcionados, convencidos de que no cabía esperar nada más el uno del otro pues el amor se había ido de casa.

En Caná pudo aguarse la fiesta por un acontecimiento banal. Muchas tragedias familiares empiezan por semejantes acontecimientos. Muchas veces se acaba el vino de la alegría nupcial demasiado pronto. Se acaba el amor, la comunicación, los signos de ternura, la comprensión, la tolerancia... tras el acontecimiento banal de una enfermedad, el cansancio, una decepción, un prosaico detalle doméstico. Los que invitan a Jesús a su boda conviene que le manifiesten su ardiente deseo de que se quede allí para remediar lo que algún día puede parecer irremediable. Del agua de las decepciones puede Él sacar siempre sabroso vino.

La relación entre Dios y los hombres de todos los tiempos puede compararse a una boda. Es un compromiso de amor, un compromiso al que Dios será siempre fiel. La prueba de esta fidelidad del amor de Dios es Jesús. Él será para siempre la novedad del vino nuevo, el vino de calidad única que alegrará nuestras vidas y renovará cada día las bodas de Dios con su pueblo.

En la relación con Dios Padre también puede sucedernos lo mismo. Creemos habernos enamorado de Él, le juramos amor eterno, organizamos la casa de la religión, nos instalamos en ella y nos sucede que, con el paso del tiempo (de los siglos), la vamos llenando de normas, de costumbres, de ritos, también de condenas y reproches. Y, un día, nos despertamos con el corazón vacío, porque nos sobran cosas y nos falta el amor de Dios. Nos falta el vino.

Solo Jesús puede hacer que en la boda con Dios no nos falte la alegría. Solo Él puede ayudarnos a redescubrir el amor que Dios nos tiene. Solo Él puede transformar el agua en vino. A nuestro lado está María, su madre y nuestra madre, y como en aquella ocasión, nos vuelve a decir: *«Haced lo que Él os diga»*. Estas palabras de María, la madre de Jesús, nuestra señora, están dirigidas a todos nosotros. Escuchémoslas. Permitamos que sus palabras se posen en nuestro corazón.

DOMINGO III DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Nehemías 8, 2-4a.5-6.8-10): *Seguían con atención la lectura de la ley.*

Salmo (18, 8.9.10.15): *«Tus palabras, Señor, son espíritu y vida»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 12-30): *Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu.*

Evangelio (Lucas 1, 1-4; 4, 14-21): *Me ha enviado para anunciar el evangelio a los pobres.*

Hay algo en nuestro mundo que nunca falta. A las personas las conocemos y las identificamos por ciertos signos o señales que suelen acompañarles y rodearles en su vida de cada día: Si vemos dos filas de policías en moto abriendo paso por las calles, sabemos inmediatamente que detrás va un hombre importante, socialmente hablando; si pasamos al lado de un barrio con espléndidos jardines, rodeado de una cerca y todo bien vigilado, adivinamos inmediatamente que allí viven hombres importantes, desde el punto de vista del dinero.

Si contemplamos un barrio de chabolas en las que vemos colgadas ropas miserables y negras a pesar de estar recién lavadas, y que unos niños greñudos y sucios, nos miran con ojos asombrados, con toda seguridad, que estamos ante un barrio de gentes que calificamos de marginados y pobres; y si llegamos a una reunión con asientos reservados y tranquilamente nos sentamos en uno de ellos, en el momento en que nos invitan a levantarnos tenemos la sensación de que, allí, nosotros somos mucho menos importantes que las personas a las que esos sitios están reservados.

Después de una primera temporada predicando y curando por los pueblos de Galilea, Jesús fue a Nazaret, el pueblo donde se había criado, acompañado de una cierta expectación. Nazaret era un pueblo de poca importancia y con fama de gente incrédula. Jesús no había nacido allí, pero allí fue concebido y allí vivió hasta hacerse hombre, por lo que era bastante conocido tanto él como su familia.

Jesús vuelve a su pueblo, ya adulto, fue el sábado a la sinagoga e hizo uso del derecho que todo israelita varón tenía a leer públicamente la Palabra de Dios y, a añadir unas palabras de exhortación. Nos dice el evangelista que todos tenían los ojos fijos en él, pues **¿qué podría decirles aquel “hijo del carpintero”?**

Después de leer el texto del profeta Isaías, hizo una breve y rotunda afirmación: *«Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír»*. Con ella, ni más ni menos, les decía que él era el Mesías anunciado por el profeta; el que, de acuerdo con la promesa del Señor, *«venía a dar esperanza a los pobres, libertad a los cautivos, vista a los ciegos, y a anunciar que Dios miraba a su pueblo con cariño»*.

Los de Nazaret, esperaban ver algún signo prodigioso, pero no una afirmación tan “*prodigiosamente escandalosa*”; le tenían como un vecino que empezaba a destacar como “*rabino*”, pero Jesús acababa de decirles que él era *«el ungido del Señor»*. No es de extrañar que, como nos narra más adelante el evangelista, les costara digerir lo que se les antojo una pretensión excesiva y escandalosa del “*hijo del carpintero*”.

Quienes creemos y esperamos en Dios encontramos consuelo y seguridad en la fe. Cuando decimos de corazón “*Señor, creo en tí*”, nos sentimos confortados. Pero en la medida en que conocemos mejor el rostro de Dios que Jesús, con sus palabras y con su vida entregada *«hasta el extremo»*, nos manifiesta, vislumbramos que, como dice el Papa: *«No es suficiente decir “Señor, creo en tí”, sino que hemos de llegar a descubrir al Señor encarnado en el otro»*.

Esta irrupción de los demás en nuestras vidas nos desconcierta y atemoriza. El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro en el rostro del otro, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia y sus tristezas que nos acongoja. Como ocurrió con los de Nazaret, el encuentro con Jesucristo nos aboca al encuentro con Dios “*Padre nuestro*”, Padre de todos, que nos lleva siempre más lejos de lo que habíamos previsto.

Decimos, con excesiva frivolidad, que, estos son “*malos tiempos*”, para creer en el Dios que nos muestra Jesucristo, para rezar, para querer a los demás como a nosotros mismos y hacerles el bien, porque el ambiente tira mucho y los mejores propósitos se diluyen como un castillo de arena en la playa cuando llegan las olas.

Y, sin embargo, el Padre de nuestro Señor Jesucristo sigue llamando ahora a la puerta de nuestro corazón para que lo acojamos como Señor y hermano, para que respondamos a su invitación de ser, con Él, pescadores de hombres, y no justifiquemos nuestra pereza egoísta, en favor de la evangelización, por el miedo a comprometernos. Solo hace falta convencernos de que su Espíritu está sobre nosotros y dejarnos guiar por Él.

Es lo que pedimos cuando rezamos: *«hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»*. **¿Podemos seguir rezando el Padrenuestro sin dejarnos sorprender por la novedad del Dios de Jesús?**

DOMINGO IV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 1, 4-5.17-19): *Antes de formarte, te escogí.*

Salmo (70, 1-2.3-4a.5-6ab.15ab y 17): *«Mi boca contará tu salvación, Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 31-13, 13): *Ambicionad los carismas mejores.*

Evangelio (Lucas 4, 21-30): *Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra.*

El inicio del ministerio de Jesús también marca el inicio de la hostilidad para con Él. Cuando la enseñanza es inquietante porque sugiere la necesidad de un cambio de vida o de acogida de los excluidos, entonces deja de ser bienvenida.

Jesús entra en la sinagoga para anunciar que el tiempo esperado se ha cumplido y lee al profeta Isaías que anuncia la llegada del que viene para dar la Buena Noticia a los que sufren ^(ds 61,1-2). Y Jesús dice que en su persona se ha cumplido esta Escritura. Jesús presenta su tarea en medio de la gente; entendida como el cumplimiento de las promesas hechas por Dios de enviar un Salvador para todos los hombres.

Jesús es este Salvador. Pero esto es una gran pretensión, así lo entienden sus oyentes. Quienes lo conocen se preguntan: **¿no es este el hijo de José?** *«La pregunta no se refiere a la filiación natural, sino a la semejanza con José en ideas y comportamientos: lo que dice no corresponde a la postura bien conocida de su padre. Jesús no ha salido a su padre».*

Los de Nazaret no llegaron a acoger a Jesús, porque tenían una idea utilitarista de la religión. Le exigían que hiciera algo de lo que había hecho en Cafarnaún: curar a sus enfermos, darles de comer..., sin caer en la cuenta de que estas cosas solo eran signos que les ayudaban a ir más allá; signos que nos descubren que Jesús proporciona vida, pero es vida eterna; que da de beber, pero un agua que sacia la sed de sentido; y que el que esto hace no tiene donde reclinar la cabeza.

Así, Jesús anuncia y trae consigo la utopía más grande que el pueblo puede esperar: un Reino que se manifiesta en dar vida, vida en plenitud a quienes la tienen disminuida o amenazada. Y además, vida digna, rescatada de la humillación y el desprecio, que busca cambiar la realidad presidida por el mal, para que el Reino se haga presente en el mundo.

Claro, que Jesús se siente cuestionado en sus palabras y en su modo de actuar. Por eso intentan echarlo barranco abajo, para que se deje de tonterías. No les cabe en la cabeza que su Dios *«se abaje tanto»*, que sea tan humano como ellos. Seguramente nosotros haríamos lo mismo, porque cuando Dios actúa (y siempre lo hace) nos llama al cambio, a la conversión...; y eso nos suele *“complicar”* la vida. En fin, que el cambio es algo que creemos que vale siempre para los demás y pocas veces sirve para cada uno de nosotros.

Es el destino de los profetas: *«Lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo estoy contigo... No les tengas miedo»* nos dice Jeremías en la primera lectura. Es un anuncio del destino que Jesús asumió con su vida terrena y su muerte dolorosa, pero que culminó con la resurrección. **¡Por cuántos momentos penosos no tuvo que pasar!** Los de Nazaret quisieron despeñarlo, los fariseos le tendieron trampas, los de Judea desconfiaron de Él y discutieron sus enseñanzas, los jefes del pueblo no pararon hasta dar con Él en el tribunal y lograr que lo crucificaran.

Todos estamos llamados a ser *«Palabra que se cumple»*, a trabajar con Jesús para que su Reino se haga realidad. Un mundo de hermanos, donde reine el bien, la verdad y la justicia. Para eso nos ha elegido Dios Padre desde siempre, desde el seno materno. Hemos sido elegidos **¡y consagrados!** para anunciar algo nuevo, para ser plaza fuerte y columna de hierro, como nos dice Jeremías.

Y llamados, también, a vivir no en el odio, sino en el amor de Dios. Ese que disculpa, que aguanta, que cree y espera sin límites. Pequeños sí, limitados y llenos de dudas, también. Pero apoyados siempre en Dios *«desde el seno materno»*, y confiados en la promesa más grande que nos puedan hacer: *«Yo estoy contigo, cada día, hasta el fin del mundo».*

Jesús es Salvador, porque nos salva de nuestros egoísmos e intereses mezquinos. Jesús es Señor, porque la muerte no tiene poder sobre Él. Jesús es hermano, porque ha conocido y compartido nuestro destino y lo quiere vincular con el suyo, que es, a pesar de las apariencias, un destino glorioso.

Día a día descubrimos que la fe reclama una confianza absoluta en Dios; la confianza que capacita para mantener la esperanza en medio de la contradicción, para hacer el bien a pesar de la persecución, para *“saber”* que no es el poder, ni el dinero, ni el placer lo que nos hace felices, sino el amor, un amor de calidad como el que Pablo propuso a los de Corinto y a todo cristiano: *«el amor es paciente, afable, no tiene envidia, no presume ni se engríe, no es mal educado ni egoísta...».*

DOMINGO V DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 6, 1-2a.3-8): *Aquí estoy, mándame.*

Salmo (137, 1-2a.2bc-3.4-5.7c-8): *«Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 1-11): *Cristo murió por nuestros pecados.*

Evangelio (Lucas 5, 1-11): *Echad las redes para pescar.*

Las lecturas de este domingo tienen tres nombres principales de referencia: **Isaías** (1ª lectura), **Pablo** (2ª lectura) y el apóstol **Pedro** en el evangelio. Nos encontramos con un denominador común: son textos vocacionales, es decir textos que nos relatan cómo cada uno de estos tres hombres respondió a la llamada de Dios. Es muy significativo que ninguno de los tres se consideró así mismo digno de recibir esa llamada.

En el caso del profeta Isaías, él mismo confiesa que es un *«hombre de labios impuros»*. Pablo nos dice en la segunda lectura que *«no soy digno de llamarme apóstol»* y por último Pedro le dirá a Jesús: *«Apártate de mí Señor que soy un pecador»*. Se deduce que estos hombres sabían de sus limitaciones y consideraban que no eran dignos de servir a Dios.

El Evangelio nos relata los primeros pasos de la predicación de Jesús. Esta se desarrolla, en este caso, a cielo abierto, en las orillas del lago de Genesaret. Y precisamente ahí empieza Jesús a predicar la Palabra. Una vez que ha acabado de predicar a la multitud Jesús se concentra en aquel hombre que era propietario de la barca, Simón, y le pide que se adentre en el mar para reanudar la pesca. La sorpresa de Simón es palpable, pero sin darle tiempo a que se explique Simón hace un acto de fe en la persona de Jesús: *«Puesto que Tú lo dices»*.

A Simón Pedro le podrían haber surgido mil interrogantes: **¿pero, por qué me pide el Maestro que vuelva a pescar?, ¿acaso no se ha dado cuenta de que nuestras redes están vacías y no hemos pescado nada?** En cualquier caso esto no lo sabemos; lo que sí nos dice el texto es que Pedro se fío de Dios. Y aquí tenemos una bonita lección.

Es preciso, aparcarse las cosas de nuestro “yo” y abrirnos sin condiciones a la voluntad de Dios. Siempre encontramos alguna objeción para ponerle trabas a Dios: *“es que soy joven”, “es que ahora soy muy mayor”, “es que ahora tengo que atender a mi familia”, “es que no soy digno”*. Este evangelio nos enseña que nuestras dudas y tibiezas son nada cuando nos fiamos de Dios.

Después de la pesca milagrosa Pedro se postró ante Jesús diciéndole que no era digno de Él. Jesús le responde: *«No temas»*. La respuesta de Pedro junto con sus compañeros fue dejarlo todo y marcharse tras Jesús. Isaías, Pablo, Pedro, no eran dignos, Dios los hizo dignos por puro amor. También a nosotros Dios nos llama, nos hace dignos, nos capacita para la misión. Se trata de dejar a un lado nuestras cosas e irnos tras las huellas de Jesús.

Hay algo esencial, en nuestras vidas están presentes el fracaso y el éxito, la amargura y la bendición, la noche y el día, Dios y los hombres. Hay donde elegir para todos los gustos y para cualquier circunstancia. En realidad la vida viene a ser una síntesis de todo junto, donde cada elemento se relaciona con los demás; todo está abierto a la mirada del Señor que se preocupa por todo y puede premiar con una *“captura abundante”* el trabajo inútil de una *“noche dura”*.

La lista de nuestras *“noches de trabajo”* y de *“redes vacías”* puede ser excesivamente larga. En ella pueden figurar los fracasos o decepciones laborales, profesionales, humanas. Puede ser la persona sin trabajo que lo ha intentado todo una, dos... veinte veces, ¡y nada! (por no tener experiencia o ser demasiado mayor) o padres que han hecho todo lo posible por sus hijos que, sin embargo, van por *“otros caminos”*. O llevo muchos años reflexionando en el grupo, poniendo todo mi afán, sin percibir ningún cambio.

El evangelio nos dice que hay que estar *“continuamente”* intentando algo nuevo, ensayando nuevas técnicas y tácticas, pero, eso sí, siguiendo las instrucciones del Señor, aunque parezcan disparatadas, como en el caso del lago. Tras una noche de trabajo inútil, los hombres están agotados sin más ganas que descansar, pero, en nombre del Señor echan las redes porque sin lucha no hay victoria, pero si la lucha es en nombre del Señor, el esfuerzo se convierte en motivos de esperanza. **¡No hay que pedir milagros!**

«El fin de la Iglesia es extender el Reino de Cristo a toda la tierra para gloria de Dios, para que todos los hombres participen de la salvación» (Vaticano II. *Apostolicam actuositatem*). Por eso hay en la Iglesia diversidad de ocupaciones en la unidad de misión y nos pide a todos la participación en este apostolado. Esta petición, por tanto, es llamada y misión para todos los cristianos. **¿Cuál es nuestra respuesta?**

DOMINGO VI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 17, 5-8): *Bendito quien confía en el Señor.*

Salmo (1, 1-2.3.4 y 6): *«Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 12.16-20): *Cristo, primicia de los que han muerto.*

Evangelio (Lucas 6, 17.20-26): *Alegraos y saltar de gozo.*

En ciertas celebraciones: cumpleaños, onomásticas, bodas de oro... suelen llegar adhesiones de los ausentes más íntimos con expresiones de buena voluntad y deseos de dicha: **¡Muchas felicidades! ¡Que lo pases muy feliz!** Algo así expresan las Bienaventuranzas, salvada siempre la diferencia entre nuestros buenos, inoperantes deseos, y la Palabra operante de Jesús, que se formula dentro del estilo y marco costumbrista del Antiguo Testamento: *«Dichoso el que con vida intachable... Dichoso el que no sigue el consejo de los impíos...»* Tales expresiones se repiten en los salmos y, en la literatura griega son frecuentes expresiones parecidas.

La originalidad de Jesús no está, por lo tanto, en la forma o formulación de expresiones que se repiten fácilmente de memoria. La originalidad y grandeza está en su contenido. Aquí sí, estas Bienaventuranzas más que originalidad son chocantes, desconcertantes, paradójicas y provocativas. -**¿Feliz el que llora?**-. Invitar a un ciego a contemplar un cuadro, a un sordo a oír un concierto, o a un tullido a dar brincos de alegría, parece más de humor negro o burla sarcástica. Tampoco tiene prejuicios contra la vida ni contra la alegría de la vida. Precisamente, por ser defensor de la vida, quiere iluminarla y señalar los caminos para llegar a la vida en plenitud.

Pretende alertar sobre la respuesta a la principal pregunta de la vida: **¿Dónde está la verdadera alegría y cómo es posible conseguirla?** Porque es posible ser feliz en lo poco y muy desgraciado en la abundancia. Es sin duda mejor cantar hartos que cantar para distraer el hambre. Y cantar dando saltos es mejor que cantar sobre una silla de ruedas. Jesús lo sabe muy bien. Pero también es cierto que es mejor reír que llorar, aunque el que ríe lo haga sobre una silla de ruedas y el que llora intente ocultar sus lágrimas con irisaciones de diamantes. La alegría, si es verdadera, tiene que salir de dentro.

Jesús no canoniza la pobreza, el llanto, el hambre, sino a los sujetos de esas necesidades, es decir, a los pobres, a los hambrientos, a los llorosos. Tampoco pretende oponer o enfrentar dos mundos, el de los buenos y el de los llamados malos, para enseñar que después se invertirá el orden y posiciones de esta vida. Lo que Jesús pretende es integrar y quiere decir: *“es feliz el que sabe estar y comportarse en su situación real pobre o rica”*, si bien el carecer de apoyos humanos ayuda a ponerse en las manos del Padre celestial, mientras que los medios humanos generan autosuficiencia con tendencia a hacer innecesario a Dios y olvidarse de Él.

El experimento de un reparto igualitario de los bienes (comunismo) fracasó porque hizo pobres a todos y vació de esperanza. El llanto, el dolor han provocado el montaje de una industria de medicamentos y de psicofármacos que tampoco han conseguido eliminar el dolor. Las obras benéficas de la Iglesia (Cáritas, Manos Unidas...) o de instituciones particulares (Médicos sin fronteras, Save the children,...) ponen manos a la obra y hacen algo inmediato para quitar el hambre y aliviar el llanto, pero en su limitación de recursos no pueden llegar a todo. Esta es, hasta ahora, la realidad del mundo de los hombres.

Las Bienaventuranzas de Jesús aseguran la presencia de Dios al lado de los que lloran, tienen hambre, son perseguidos y sufren. Eso ya es, de alguna manera, tener parte en el Reino de Dios. Pero esa esperanza remite al más allá, dando pie a la clásica acusación hecha a la religión como *“el opio del pueblo”*. Sin embargo, tener esperanza cierta es ya un gran lenitivo previo del dolor.

Pero Jesús va más allá y empeña su Palabra en el sentido de que el Reino de Dios podrán experimentarlo los pobres y los que lloran en su persona: *«De todas partes acudían a Él dolientes que recibían curación y alivio»*. En el concepto de *“pobre”* entra también la carencia de esperanza, consuelo, compañía, una palabra amable... Esa necesidad sacia Jesús con su Palabra, con su Cuerpo y por medio de las obras de los que se afanan por remediar necesidades y ayudan a los necesitados en su nombre y con su Espíritu.

Las Bienaventuranzas son un lenguaje profético. No son condena de nadie y sí son orientación de todos. Son una seria llamada de atención y puesta en guardia contra la tentación de vivir la vida como si nada hubiera después de la hora presente. Invitan a contemplar la vida y sus realidades con mirada crítica.

Ver la realidad con mirada crítica significa hacerse conscientes de que bajo la máscara de la alegría exterior puede esconderse la realidad de una vida falsificada y torturada. Llegar a estar sobre las realidades de este mundo es una difícil meta de la aspiración cristiana. La lucha dialéctica del ser y el tener, del ideal y la realidad no tiene tregua.

DOMINGO VII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1ª Samuel 26, 2.7-9.12-13.22-23): *No he querido atentar contra ti.*

Salmo (102, 1bc-2.3-4.8 y 10.12-13): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 45-49): *Somos terrenales y también celestiales.*

Evangelio (Lucas 6, 27-38): *No condenéis, y no seréis condenados.*

El amor a los enemigos no es popular y quizá algunos lo puedan interpretar como algo para otros, y sólo en casos de excepción, como el caso del legendario David, cuyo gesto, sin embargo, puede estar inspirado por cierta superstición porque David teme algún castigo del Señor si toca a su “ungido”. David es, en todo caso, injustamente perseguido, un continuador en la larga lista de justos perseguidos injustamente: Abel (Gen 4), José (Gen 37), Moisés (Ex 14-16), Jeremías (20)... Algunos de esos justos pensaron en la revancha pero Jesús, simbolizado por todas esas figuras, inculca sin restricciones la mansedumbre y perdón. Es la conducta de todo buen israelita, de todo buen cristiano.

Los defensores de los principios de convivencia pacífica en el mundo, los legisladores, los pedagogos, sociólogos y políticos deberían leer, imbuirse bien de las normas evangélicas de convivencia expresadas, en el capítulo séptimo del Evangelio de Lucas porque son sabias normas pedagógicas de educación para la convivencia. Los violentos, los enemigos de la paz y de la vida no han leído probablemente nunca este capítulo, y si lo han leído, ciertamente no lo han entendido. Hay una educación para la guerra que desarrolla los bajos instintos agresivos.

Se puede educar para la violencia poniendo como ejercicio escolar el diseño de un secuestro, o facilitando juguetes de armas de fuego, o llenando las imaginaciones vírgenes con figuras de héroes vencedores en escenas de guerras, riñas y peleas. Jesús inculca, sin cansancio, la mansedumbre, el respeto y el amor mutuo como atmósfera medioambiental de convivencia en paz dentro de la civilización cristiana, que es la civilización del amor.

Jesús no sólo habla de paz, sino que lleva hasta el heroísmo el amor a la paz con la doctrina del amor incluso a los mismos enemigos. Es un programa impopular, sin duda, y para muchos irrealizable. Piensan que peca ingenuamente de idealismo y sólo puede ser válido para soñadores que viven en las nubes pero no para realistas con los pies en la tierra. **¿Qué manos no se dejarían libres a los criminales, violentos, ladrones, egoístas y a los corazones viles si se toman al pie de la letra estas palabras de Jesús?**

Es necesario precisar que la no-violencia no se identifica con la no-justicia. Pero las palabras de Jesús no admiten ambigüedades y como argumentación apela a la lógica interna del mensaje de salvación realizable en la paz. Si se devuelve mal por mal, se dispara la espiral de la violencia hasta que una de las dos partes conflictivas sea eliminada. Ésa ha sido, en términos generales, la historia humana escrita en clave de guerras y batallas: “Perdón NO, victoria SI”. Jesús no propone como ideal la eliminación del enemigo sino su transformación. Es más heroico dominar a una persona que derribar una fortaleza, y dominar por amor es mucho más grande que dominar por la fuerza.

Jesús establece para sus discípulos una meta superior a los modelos de perfección que pueden realizar en su vida los mismos pecadores: **«¿no hacen esto también los pecadores?»**. “Pecadores” aquí no significa los que hacen el mal. Se refiere, más bien, a las “buenas personas” Gente honrada y normal, educados y correctos. Aman a quienes les aman, hacen el bien, devuelven bienes por bienes y nada más. Los hijos de la Nueva Creación deben proceder de otra manera. Los discípulos de Jesús, saben que tienen a Dios por Padre y deben reflejar en su conducta las perfecciones de ese Padre imitando las virtudes del Hijo.

Vivimos en contacto con otros hombres, de otras culturas y religiones donde hay indudablemente mucha gente buena que hacen muchas cosas buenas. Lo que nos identifica y une es el “humanismo” y esto significa respeto, amabilidad, solidaridad. En nuestra sociedad se han desarrollado muchos valores evangélicos aunque se ignore su origen. Pero, son muchos bautizados que viven como paganos (tal vez como buenos paganos), pero son muchos menos los que viven, conscientes de ser hijos de Dios, en relaciones fraternales con los demás. Este ideal de relaciones humanas es el ideal evangélico propuesto por Jesús.

¿Se puede sentir el orgullo de ser hijos de Dios sin hacer nada que acredite esta filiación, sin distinguirse de los buenos paganos? Los cristianos no se distinguen por hacer como los demás, sino por hacer cosas por encima de los demás y por la motivación de su comportamiento. No basta con vivir el humanismo horizontal sin la motivación vertical y ningún signo lo expresa, tal vez, mejor que el amor a los enemigos.

Amar al enemigo no es sentir afecto hacia él porque el afecto no es libre y, por lo tanto, tampoco puede ser exigible. El que renuncia a la venganza –no a la justicia-; el que no devuelve mal por mal como en el caso de David, ése ama a su enemigo y ésa es la única conducta exigible. Resumida en **«Tratad a los demás como queréis que ellos os traten»**.

DOMINGO VIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 27, 4-7): *No elogies a nadie, antes de oírlo hablar.*

Salmo (91, 2-3.13-16): *«Es bueno darte gracias, Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 54-58): *Manteneos firmes e incommovibles.*

Evangelio (Lucas 6, 39-45): *No hay árbol bueno que dé frutos malos.*

En el “*sermón del monte*” expone Jesús la perfección de la nueva ley del amor y señala algunas metas como distintivo de sus discípulos en contraposición a los que no lo son: «*¿no hacen eso también los paganos?*». Del discípulo del Evangelio hay derecho a exigir algo más.

Lucas nos presenta ahora diversas enseñanzas, normas de perfección y conducta entre los miembros de las comunidades cristianas. Son llamadas de atención contra el orgullo, contra la dureza de juicio, contra todo lo que puede producir malestar interno y lesionar las buenas relaciones entre hermanos.

Se guía Jesús por una fina observación de lo que sucede a diario en la vida de la calle. Estas sencillas, “pequeñas” dosis de sabiduría invitan a una reflexión sincera sobre detalles que pueden modificar y enriquecer la vida cristiana. «*Pon en práctica lo que has comprendido del Evangelio. Aunque sea poco, pero ponlo en práctica*», aconseja el Prior de Taizé.

Jesús quiso una vez saber las opiniones de la gente y se lo preguntó a sus discípulos: «*¿quién dice la gente que soy yo?*». En esta ocasión sabe Él mismo lo que pasa por la calle porque lo ha recogido en observación directa: Un ciego se deja guiar por otro que ve. **¿Qué pasaría si un ciego guiara a otro ciego?** El que puede enseñar algo es porque lo ha aprendido. **¿Qué pretendería enseñar el que no sabe?** A Jesús le han impresionado las múltiples y sutiles formas por las que la vanidad y orgullo buscan tapar o disminuir los defectos propios exagerando los ajenos.

Una vez encontró la gráfica expresión de “*colar un mosquito y tragarse un camello*” para enseñar que hay que dar a cada cosa su valor. Aquí evoca sus recuerdos del taller de Nazaret y habla de motas y de vigas: de la escandalosa “*mota*” en el ojo ajeno y de la justificada “*viga*” en el propio. Verdaderamente, puede existir un cierto “*daltonismo espiritual*” y visiones desviadas de las cosas. Las enseñanzas se enmarcan dentro de la ley del amor aplicando la corrección fraterna.

Sabemos muy bien (por propia experiencia), lo molesto que resulta una pequeña mota, un pelo o una pestaña metida en un ojo. A veces no puede uno valerse porque nadie puede ver directamente su propio ojo. Si otro desde fuera te ayuda a sacarte la paja del ojo te presta un fácil pero gran servicio. Habla, por tanto, Jesús del servicio y ayuda mutua dentro de los miembros de la comunidad. Ayudar a sacar la paja significa el aviso o corrección fraterna para ayudar a corregir las debilidades, imperfecciones o errores del prójimo, dentro siempre de la delicadeza y sinceridad que debe inspirar el amor cristiano.

Con la imagen de la mota y la viga se nos previene contra la crítica injusta que condena. Criticar es apreciar las acciones en su valoración moral. Si en lugar de la perspectiva del amor se toma la perspectiva del orgullo, la crítica suele degenerar en depreciación y condena. Lo que debería curar abre heridas, lo que debería elevar humilla, no es ayuda sino homicidio moral.

Jesús pide la corrección fraterna como exigencia del amor, pero precisa los términos en que debe practicarse, no siendo nunca lícito elevarse uno sobre la humillación ajena. «*¡Hipócrita! Protesta Jesús. Sólo cuando quites la viga de tu ojo tendrás autoridad para exigir a tu hermano que quite la paja del suyo*». La intransigencia lleva a ridículas aberraciones como ésta. Se trata de ayudar en la perfección, pero **¿según qué modelo?** El orgullo hace de sí mismo la norma de perfección: lo de arriba y abajo, a derecha y a izquierda se define por relación al centro del yo: lo que se asemeja es bueno, lo que se distancia es malo; si otros sobresalen no se debe a ser mejores sino a tener más suerte. Pero nadie puede considerarse a sí mismo como norma de perfección.

Los antiguos decían que “*el hombre es la medida de todo*”. Pero, por hombre se entendía la naturaleza humana verificada en los hombres como sujetos únicos de actos morales, de ninguna manera en cada hombre en particular. El hombre perfecto sólo se da en el Hombre-Dios. Él es la norma de perfección: lo que se le asemeja es bueno, lo que no se le parece no lo es. De la calidad de esa similitud son los de fuera los que mejor pueden juzgar porque son los que mejor ven, mientras que «*en las cosas propias no son los hombres generalmente buenos jueces por la pasión*» (san Ignacio). La regla de oro sigue siendo ésta: «*Tratad a los demás como queréis que ellos os traten*».

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2, 12-18): *Convertíos al Señor vuestro Dios.*

Salmo (50, 3-6b.12-14.17): *«Misericordia, Señor, hemos pecado»*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 20 - 6, 2): *En tiempo favorable te escuché.*

Evangelio (Mateo 6, 1-6.16-18): *Tu Padre que ve en lo escondido, te recompensará.*

La vida cristiana en occidente tiende progresivamente a vivirse más como comunidades minoritarias en diáspora que como cristiandad masiva: la sociedad ya no suele ser oficialmente cristiana. Pero esta circunstancia obliga más a descubrir la presencia de Dios en medio de su pueblo, en medio de nosotros, y clamar a Él en toda necesidad colectiva o individual.

La Cuaresma, nos pide la conversión a Dios y el cambio de conducta para encontrar la vida. Pero la conversión sólo es posible en la medida en que se reconocen los errores pasados, las causas de la insatisfacción presente y los medios necesarios para alcanzar los objetivos que se pretenden. Hay siempre alegrías que matan y sufrimientos que dan vida. Siempre está bien empleado el esfuerzo que conduce a la meta.

Cuarenta días de Cuaresma son marco suficiente para introducir cambios en la vida.

El Evangelio recoge, en boca de Jesús, tres prácticas piadosas que los judíos realizaban. Son prácticas que están presentes también en las grandes tradiciones religiosas y que conviene afrontarlas bien.

Es cierto que, con harta frecuencia, en la tradición cristiana-católica hemos hecho de estas prácticas una especie de camino moral que facilitaba el aumento de nuestra competitividad en la virtud, en el voluntarismo perfeccionista que terminó, muchas veces, en tratar de liberarnos de dicho esfuerzo a través de bulas.

Jesús pone en relación estas tres prácticas con una realización de las mismas en lo escondido:

Ayuno de lo que me esclaviza para la libertad interior

El **ayuno** de aquellas realidades que me esclavizan o de aquellas mediante las cuales yo esclavizo a otros, al realizarse en lo escondido y bajo la mirada única de Dios Padre, ya no necesita competir con nadie y el gozo mío de ayunar está en la libertad interior que el Espíritu Santo me concede.

El **ayuno**, así entendido, me hace más libre en la relación conmigo mismo, menos narcisista.

Orar es la fuente de todo

¿Por qué coloca Jesús la **oración** en el centro de las tres prácticas?

¿Será porque lo esencial es fundamentar la vida entera en una base sólida como es la fidelidad a Dios?

En la **oración**, realizada en lo escondido, nos dejamos mirar por Dios, con nuestra realidad no siempre santa ni perfecta.

En la **oración**, experimentamos que Dios ha entregado a su Hijo por mí, por cada uno de nosotros.

La **oración**, favorece la escucha más que el habla para que nos hagamos conscientes de cuánta misericordia derrocha Dios con nosotros.

La **oración**, así entendida, sitúa en su punto justo la relación con Dios.

Compartir es el test de la fe cristiana

La **limosna**, realizada de forma escondida, es la expresión del amor que decimos profesar a Dios en la oración.

De esta forma, el compartir lo que tengo y lo que soy es el test de que mi fe es auténtica.

Conviene ser conscientes de las riquezas que cada uno tenemos: unas veces son riquezas materiales que habrá que compartir; otras veces, son riquezas intelectuales para ayudar a los pobres e ignorantes; otras veces serán riquezas espirituales que ayudan a otras personas a crecer como tales.

La **limosna**, así entendida y practicada, refleja bien nuestra relación con los demás.

¿Por qué no dedicar algún tiempo a reflexionar sobre la conversión que nos pide la Palabra de Dios cada domingo de Cuaresma?

- En tiempo de Cuaresma empieza tu día con un acto de fe y confianza en que Dios trabaja contigo.
- Ayunar no es pasar hambre aunque sí se sienta apetito; muchos saben por experiencia lo útil que es reducir a la mitad los pequeños vicios.
- Intenta darte cada día alguna satisfacción que nada tenga que ver con el consumo.
- Refuerza tu alimento con la Palabra de Dios.
- Libérate de toda dependencia de la imagen de televisión y dedica más tiempo a tu familia y a los necesitados.
- Da a los necesitados el 10% de los gastos no necesarios que sin embargo haces.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Deuteronomio 26, 4-10): *El Señor escucha nuestros gritos.*

Salmo (90, 1-2.10-15): *«Quédate conmigo, Señor, en la tribulación»*

2ª lectura (Romanos 10, 8-13): *Nadie que crea en Él quedará confundido.*

Evangelio (Lucas 4, 1-1.): *No solo de pan vive el hombre.*

La pregunta por la dignidad humana es una cuestión acuciante, especialmente cuando somos testigos de tantas formas de acosarla y abatirla. Desde los gobiernos que firman en papel mojado declaraciones de Derechos Humanos, hasta las formas más pequeñas de atentar contra los rescoldos de dignidad de las personas: víctimas de violencias, de imperativos culturales, de poderes sin pudor; a quienes se les niega incluso el derecho de alimentarse dignamente.

¿Dónde se encuentra nuestra dignidad más básica? Difícil pregunta, a sabiendas de que son tremendamente diversas las experiencias de ser dañado o elevado en la propia dignidad, o en la dignidad colectiva; y de que no se valoran por igual los lugares donde ésta se construye o se destruye. En algo podremos ponernos de acuerdo: la dignidad está entrelazada con el respeto, con la capacidad para poner el valor personal por delante de cualquier otro valor: económico, cultural, ideológico. La definición de la dignidad humana es menos una cuestión de reflexión y pensamiento que un asunto de sentimiento y respeto.

Sin embargo, la condición humana es profundamente paradójica, porque junto a nuestro deseo de humanización – de no ser más ni menos que personas, respetadas como tales– se dan sus tentaciones. La tentación es el atentado contra la dignidad personal, pero camuflado, porque parece dignificarnos y aportarnos valores más importantes, como ocurre con la satisfacción de necesidades, el poder de posesiones, el reconocimiento personal.

Las tentaciones en el desierto sintetizan las dificultades que Jesús tuvo que superar en su vida para llevar a término la obra encomendada por el Padre. En la Epifanía del bautismo en el Jordán se oyó la voz del Padre llamando a Jesús «**Hijo querido**» y después ese Hijo querido va al desierto conducido por el Espíritu con unos comportamientos distintos de los demás hombres. Y pudo dudar: **¿Será Dios o no?** La tentación y su comportamiento, pondría en evidencia su personalidad y disiparía toda duda. Si cede al materialismo, a la vanidad, y dobla la rodilla es un hombre cualquiera y todo lo demás es un montaje.

«**Si eres hijo de Dios**»... Parecido reto oír de los judíos en la cruz: «**Que se salve a sí mismo si tiene por padre a Dios**». El hijo de un poderoso lo puede todo. El desafío podría formularse introduciendo una ligera variante: “**Si Dios es tu padre...**”. El tentador da por supuesto que existe Dios y que cualquier hombre puede relacionarse con Él con sentimientos de hijo ante cualquier necesidad. Éste es el núcleo de la cuestión.

Casi siempre, aparece una pregunta tal vez formulada con distintas palabras: **¿Cree usted en Dios? ¿Qué es Dios para usted?** Las respuestas están generalmente condicionadas por el concepto que cada uno se haya formado de Dios. Un Dios que ha creado el mundo y al hombre o un dios que la fantasía del hombre ha creado a su imagen y caprichos. Muy pocos o nadie hay que niegue la existencia de “*algo superior*”, es decir, de algo que está por encima y es más de lo que se puede ver, oír, palpar, manipular en el laboratorio.

Cuando la gente deja de creer en Dios no significa que ya no crea en nada; significa que cree en todo, aunque sea en los absurdos: cree en horóscopos, astrología, magia, mensajes de sectas, en pequeñas divinidades o ídolos de astros y de estrellas de turno en el pequeño mundo de la celebridad. En realidad no se trata de creer o no creer, sino de creer en Dios o en los ídolos. Porque donde decrece la fe, fácilmente y sin obstáculos crece la superstición.

La verdadera pregunta no es si existe algo o no, sino si ese “*algo*” es “**Alguien**”, y si nos podemos relacionar con ese **Alguien** y cómo. Yo puedo dirigirme confiado a ese “*Alguien*” como a un “**Tú**” y agradecerle, pedirle, amarle y sentirme amado y protegido por Él. Puedo pedirle el “*pan de cada día*”, que “*venga su Reino*”, que no me “*deje caer en la tentación*”. Y si me falta el pan o el prestigio o el poder, no por eso tengo derecho a sentirme lejos de Él.

En la oración del *Padrenuestro* pedimos los cristianos que Dios no nos deje caer en la tentación. Podemos pedir eso mismo con otras palabras: ayúdanos a vencer las tentaciones como las venció Jesús. El Evangelio de las tentaciones en el desierto, en el comienzo del ministerio público de Jesús, puesto también al comienzo de la reflexión de la Cuaresma, nos invita a todos a preguntarnos mirando a Jesús: **¿De qué vivo yo? ¿En quién tengo mi confianza? ¿Ante quién me humillo y doblo la rodilla?**

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 15, 5-12.17-18): *Mira al cielo, y cuenta las estrellas.*

Salmo (26, 1bcde.7-9d.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (Filipenses 3, 17 – 4, 1): *Somos ciudadanos del cielo.*

Evangelio (Lucas 9, 28b-36): *Ellos guardaron silencio.*

Difícilmente se puede expresar la vida humana, con sus dramas y posibilidades, sus tensiones y anhelos, como lo hacen las viejas narración con la que el Génesis nos inicia. A modo de historia, se nos va contando cómo es la vida humana y cómo debemos asumirla. La vida es tarea, es aventura, es riesgo y, siempre, salida hacia metas y proyectos en los que pueda hacerse realidad lo que no se es y se anhela.

Ya Adán es víctima de errar en ese anhelo por alcanzar lo inalcanzable. Abraham cuenta con la compañía y complicidad de Dios en su deambular por la vida buscándose y buscando lo que constituye la meta humana: Ser más de lo que en el presente nos sentimos. Alcanzar una tierra en la que vivir a lo grande. Construir una sociedad que parezca una gran familia, todos descendientes de un mismo padre que sea reflejo del Padre en cuyo corazón todos estamos.

La historia de Abraham es la expresión de nuestro anhelo. Ser lo que no somos y conseguir lo que no tenemos, todavía. Vivir bajo la inquietante búsqueda de una realidad que se nos escapa y que parece sembrar la duda sobre un futuro que pueda hacerla posible. Como el hijo que llenaría de satisfacción al patriarca, como la descendencia propia que heredaría lo conseguido.

El Evangelio nos da la respuesta a esa duda inquietante. En un ambiente de personas emblemáticas que recogen la historia de esa relación entre un hombre inquieto y un Dios demasiado aficionado al escondite, para lo que nos gustaría, Jesús invita a sus más íntimos a vivir por adelantado una experiencia que interioriza lo que es nuestro objetivo más deseado.

¿Dónde está nuestra felicidad? En saberse, sentirse y vivir como hijos. Nuestra transformación, nuestra “*transfiguración*” consiste en vivir como Jesús, como el hijo pródigo, como los hijos en casa de sus padres, como quienes se saben queridos, aceptados, perdonados y consentidos. La confianza filial, es decir, la confianza de los hijos con sus padres es la tierra de la felicidad, la añoranza buscada. Pero es duro y difícil el camino hasta lograr despojarse de la mentalidad legal y miedosa.

El pasaje evangélico de la transfiguración del Señor viene a ser una especie de oasis en medio de la Cuaresma. Es como una parada de respiro para repostar y tomar fuerzas para seguir adelante, con el mismo significado con que en la vida familiar o social se interrumpe la monotonía con celebraciones extraordinarias como los cumpleaños, aniversarios o simplemente fiestas laborales. El trabajo reclama descanso y las horas estelares sustituyen la monotonía ordinaria. **Tabor** arriba o **Tabor** abajo, la vida se desarrolla entre estas alternancias.

Para adentrarnos meditativamente en este episodio, necesitamos evocar el texto del domingo pasado sobre las tentaciones del Señor. Las tentaciones del desierto descubren el flanco humano de aquel hombre que siente hambre pero permanece fiel a la misión encomendada por Dios. La transfiguración, descubre el aspecto divino: el hombre que en el desierto defendió la fidelidad a la voluntad del Padre es su «*Hijo querido*» y nos es dado a todos como ejemplo de una conducta según Dios.

Y también aquí reaparece la fidelidad a la voluntad del Padre por cuanto, en medio de la “*gloria*”, hablan de lo que va a suceder en Jerusalén. *¡Hablaban de la pasión!* El camino de Jesús pasa por la pasión y si alguno desea seguirle debe ir por ese camino. Pero el camino de Jesús es realista, no catastrofista, porque al final espera la gloria del vencedor: la resurrección.

La vida de un seguidor de Jesús puede ser camino áspero, erizado de dificultades, pero nunca es fracaso. Y no es necesario inventar nada nuevo, basta fiarse de Él. Y marchar detrás de Él. Somos “*ciudadanos del cielo*” de donde nos viene la esperanza. Jesús transformará nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa, nos dice san Pablo (2ª lectura).

Todo sucede en la cima de un monte. Los montes tienen especial sensibilidad religiosa: el Moria de Abrahán, el Sinaí para Moisés y Elías, el Tabor y el Calvario para Jesús. Todos ellos son elegidos para excepcionales teofanías o encuentros con Dios. Para los apóstoles llevados al Tabor por Jesús, fue este momento de transformación el que marcó definitivamente su vida y permitió asegurar que no predicaban fábulas sino una verdad ratificada por la voz que oyeron estando en el monte santo.

Esa voz les proclama: «*Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle*». Aquí está el núcleo de la actividad cristiana. Creer que Jesús es Hijo de Dios, oír su Palabra y ponerla por obra. «*Es feliz el que oye el mensaje y lo pone por obra*» (Lucas 8,21).

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 3, 1-8a.13-15): *Yo soy el Dios de tus padres.*

Salmo (102, 1b-4.6-8.11): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (1ª Corintios 10, 1-6.10-12): *Nuestra roca es Cristo.*

Evangelio (Lucas 13, 1-9): *Señor, déjala todavía este año.*

Una primera lectura del texto de Lucas puede producir la impresión de hallarnos ante una amenaza. Por dos veces nos previene: *«si no os convertís pereceréis como ellos»*. Si las palabras se leen en su contexto, baja el tono de la amenaza para ser, una vez más, alegre noticia.

Un falso principio de causalidad moral difundido en todo el oriente antiguo y admitido por los judíos dice: *«El destino de un ser humano responde a su conducta y si uno sufre se debe a sus culpas»*. Según este principio, los discípulos preguntaron a Jesús sobre la ceguera de un hombre (Jn 9,2). **¿Quién pecó, él o sus padres?** Hay que interpretar los signos de los tiempos; más que analizar las causas de las desgracias de los otros hay que mirar a la propia situación interior. El pasado pecador no encadena necesaria y definitivamente a nadie porque Dios ofrece a todos su perdón. *«El Señor es compasivo y misericordioso»*.

«Señor, déjala todavía este año». La parábola de la higuera confirma este principio. Jesús es sumamente serio, relaciona la suerte final con la necesidad de conversión. Esta conversión no consiste en el cambio de una conducta equivocada sino en la orientación del corazón a Dios. La conversión comprende al hombre en su totalidad con su personalidad, su pensar y querer interior, lo mismo que su actuar exterior.

Jesús no es un predicador de penitencia, ni siquiera un moralizador. Lo que Jesús hace es abrirnos los ojos y oídos para mirar en otra dirección. No pretende humillar a nadie haciendo ver incoherencias y pecados. Jesús quiere hacer sentir el gozo del descubrimiento de nuevos horizontes y posibilidades interpretando la realidad desde la luz del Creador. Jesús dice: *“empezad a reconocer la bondad de Dios que quiere liberar del propio yo y abrirnos a las posibilidades de una nueva vida”*.

Una fe que no influye en la vida no es fe. Una fe sin obras es como un Dios sin providencia. Dios se preocupa del hombre y el hombre debe preocuparse de Dios. La higuera estéril del Evangelio no da fruto: es como la fe sin obras **¿Cortarla?** No. Hay que prodigarle atenciones de riegos y fertilizantes para que dé fruto.

Se dice que cada siete años se duplica el saber humano. Con el saber también multiplicamos los conflictos. Una sociedad en progreso es también una sociedad patológica, porque el saber no hace automáticamente a nadie feliz. **¿De qué sirve el saber o tener... sin la cercanía de un corazón con quien comunicar lo más íntimo y personal? ¿De qué serviría un Dios distante inaccesible y despreocupado de nuestras cosas?** Pero Dios existe y está ahí. A tu lado y en tu corazón para que te comuniques con Él, es el que mejor te comprende, se compadece, te salva y te ayuda.

Nuestros políticos no se ponen de acuerdo en si se deben abrir las fronteras, cuántos serán los acogidos por cada país, cómo se financia la operación, etc. Tampoco coinciden mucho en las causas que originan esta migración de personas, de familias, de pueblos enteros. Como siempre, buscamos culpables para quedarnos tranquilos los demás y, si es posible, que se queden en sus países o que se vuelvan y luchen por sobrevivir.

Las situaciones trágicas de nuestro mundo no las podemos arreglar cada uno de nosotros por separado ni Dios va a venir a solucionar nuestros desaguisados. Eso, eso. ¡Que baje Dios y lo arregle! Que Dios nos resuelva esta situación y tantas otras que nosotros mismos provocamos y después nos desentendemos; y, como mucho, mantenemos para seguir fabricando y vendiéndoles armas, generar pobreza y mandarles lo que nos sobra.

«No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos en el desierto». Pablo (2ª lectura) se lo recuerda a los de Corinto para iluminar las situaciones de dificultad que ellos están viviendo y nosotros lo debemos recordar también para “no caer en la tentación” de pensar que no nos merecemos lo que está sucediendo.

La responsabilidad de lo que sucede no es de los de antes ni de los de ahora; lo que debemos hacer es dedicar tiempo a discernir juntos los cuidados y las atenciones que hemos de tener con las personas y con los pueblos que encuentran mayores dificultades para vivir, trabajar y crear un futuro digno para ellos y para sus descendientes.

Es muy importante transmitir a los más jóvenes las experiencias vividas en el pasado; sobre todo aquellas que nos ayudaron a tomar conciencia de lo que estábamos viviendo con otras personas y de cómo salimos de ellas estando juntos, pensando juntos y ayudándonos en los momentos de dificultad. Jesús nos invita a ser compasivos y misericordiosos como lo es el Padre Dios con cada uno de sus hijos.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (Josué 5, 9a.10-12): *Comieron del fruto de la tierra.*

Salmo (33, 2-3.4-5.6-7): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor»*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 17-21): *Todo viene de Dios.*

Evangelio (Lucas 15, 1-3.11-32): *Hijo, todo lo mío es tuyo.*

Estamos avanzando en este tiempo de Cuaresma, en el camino hacia la Pascua, que es un camino de conversión, pero teniendo en cuenta que la conversión no se limita a la penitencia sino que es tomar conciencia de que, como nos dice Pablo en la carta a los Corintios: *«si alguno está en Cristo es una criatura nueva»* y, por tanto, para vivir esta novedad de ser “*criaturas nuevas*” y poder celebrar la Pascua tenemos que ponernos en manos de Dios para que *«arranque de nosotros el corazón de piedra y nos dé un corazón de carne»*. Para ello en este domingo la liturgia nos invita a contemplar en Cristo Jesús el auténtico ser de Dios, a ver como este Dios que confesamos y en quien creemos es un Padre de misericordia.

A lo largo de este tiempo de Cuaresma vamos incorporándonos cada vez más a Cristo Jesús que es el rostro de la misericordia del Padre y así, nuestra conversión cuaresmal implica la tarea de pedir al Señor que nos dé entrañas de misericordia, asimile nuestro corazón al corazón de Dios y que nuestra justicia sea la justicia de Dios. Y en el Evangelio que es el retrato más fiel de Dios es donde vemos cómo responde Jesús a la disgustada murmuración de fariseos y escribas ante el hecho de que Jesús perdona a los pecadores y coma con ellos.

La acusación de fariseos y doctores viene amparada, según ellos, en la justicia prescrita por la ley y, sin embargo, Jesús les manifiesta que la auténtica justicia divina está basada en la misericordia y esto lo hace con la parábola del hijo pródigo, donde plantea el drama que se produce entre el amor del padre y el descarrilamiento del hijo que, viviendo de forma libertina y disoluta dilapidada la herencia paterna y pierde así hasta sus derechos de hijo y la posibilidad de volver a reclamar al padre.

Sin embargo, en el corazón del padre, el hijo ha mancillado su dignidad filial pero no la ha perdido y por eso, el padre le espera día tras día y cuando le ve volver, aunque su vuelta haya sido movida por una conversión interesada, no espera a que llegue sino que sale a su encuentro, lo abraza y lo besa, lo viste con las mejores vestiduras y le coloca nuevamente el anillo en el dedo, con ello le reconoce nuevamente la dignidad de hijo, restituyéndole sus derechos filiales.

Esta es la misericordia de Dios que queda reflejada en esta parábola, una misericordia que queda más allá de toda medida esperada y que no se limita a dar a cada uno lo que le correspondería por sus actos. Es la conducta de Jesús que revela la misericordia del Padre y que nos dice que la misericordia es la más perfecta realización de la justicia.

Sin duda ésta es una de las parábolas más meditadas y de cada meditación surge algo nuevo. Si nos atenemos a lo que dice Jesús no queda nada más que mirar hacia dentro y decidir. Muy distinto si miramos hacia fuera y tratamos de proyectar el relato sobre la sociedad de hoy, echando una mirada a la sección de sucesos de cualquier publicación o diario o escuchando las noticias que nos ofrece cualquier cadena de radio o televisión. Muy poco o nada importa el detalle de si se trata de una familia rota porque un miembro de ella se enredó en la droga o por cualquier otra circunstancia.

Hay una segunda lectura en con transposición temporal a la situación de muchas familias rotas. El llamado “*conflicto generacional*” tiene una larga historia con antecedentes bíblicos, desde la mortífera envidia de Caín a Abel. La rivalidad por intereses de Esaú y Jacob con la complicidad de la madre, la tragedia de José vendido por sus hermanos, la guerra declarada entre Absalón y su padre David, etc.

En la sociedad actual, se acusa este fenómeno sobre todo en la apreciación de valores y objetivos o ideales de la vida. La liberación de la tutela paterna conlleva generalmente también el olvido de Dios. No suele haber ni violencias ni blasfemias. Se trata de un deseo de vivir en libertad la propia vida sin renunciar para nada a la tutela económica de la casa paterna.

El alejamiento de nuestros hijos y la pérdida de valores, **¿supone que vamos a perder, sin remedio, a la juventud?** A pesar de que la mayor parte de la juventud ha abandonado las prácticas tradicionales como expresión de la fe, **¡yo me niego a creerlo!** Son los hijos de la sociedad del bienestar que, quizá en una situación como la del pródigo, no tendrán inconveniente en regresar a la casa paterna de Dios Padre porque, en realidad, Dios no ha desaparecido de su vida; lo que pasa es que “*piensan poder vivir sin Él*”.

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Isaías 43, 16-21): *Mirad que realizo algo nuevo.*

Salmo (125, 1-2ab.2cd-3.4-5.6): *«El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres»*

2ª lectura (Filipenses 3, 8-14): *Sigo corriendo para alcanzar la meta.*

Evangelio (Juan 8, 1-11): *Anda, y en adelante no peques más.*

Los desafíos o retos forman parte de nuestro paisaje cotidiano. No son ni buenos ni malos. Unas veces son con buena intención y otras son provocaciones con intenciones segundas o incluso perversas. Están los desafíos normales y los propios de la edad: El niño reta a otro niño a correr más o a lanzar más lejos la piedra; el adolescente reta a otro de su edad cuando se pavonea ante las chicas; los deportistas y los clubes de alto nivel se desafían en la competición; los alumnos son provocados por el profesor para que profundicen o avancen en una tarea; los arquitectos o ingenieros se enfrentan ante el desafío de lo nuevo y arriesgado.

Jesús, estando un día enseñando en el templo de Jerusalén se encuentra en medio de una situación compleja: han sorprendido a una mujer en adulterio. Le desafían y él mismo se atreve a desafiar a quienes lo provocan. El asunto es fundamental, pues más allá del pecado grave que ha cometido la mujer, Jesús sabe que le está buscando a él. El pecado de la mujer, en este caso es una excusa para tener de que acusarlo. Si acepta el veredicto de los fariseos, la mujer debe morir apedreada. Si se niega, Jesús desobedece la ley de Moisés.

El reto es mirarse a sí mismo. Una vez más Jesús no entra en el juego de los fariseos, sino que a su vez les contesta algo que les hace mirar a su interior: *«el que esté libre de pecado que tire la primera piedra»*, que es lo mismo que decir: *“todos vosotros tenéis mucho que ocultar y callar y os atrevéis a juzgar a los demás”*. El texto añade que, empezando por los más ancianos, todos salieron del lugar. Es así: si no nos atrevemos a mirar nuestro interior, **¿cómo nos atrevemos a ser duros con los demás?**

Este episodio fue incluido tardíamente en texto del Evangelio de san Juan y algunos manuscritos de los primeros siglos no lo incluyen. En las prácticas de los primeros cristianos se habían confeccionado catálogos de pecados considerados especialmente graves, que solo se perdonaban mediante penitencia pública y una sola vez en la vida. En contra de las enseñanzas de Jesús de condenar el pecado y amar al pecador.

Hay que alegrarse de que, al menos una vez, se oiga la narración moral de un hecho inmoral, sin el habitual *“morbo enfermizo”* con que se suele presentar estos temas. Una cosa es la información objetiva de un hecho en sí mismo inmoral, y otra es la información inmoral de un hecho malo o bueno. Se trata de un hecho morboso tratado a puertas abiertas y a Jesús le piden decidir entre la aplicación de la ley o de la misericordia: **¿Ejecución o absolución?**

Según la ley esa mujer debe morir. Pero Jesús ha venido a cumplir la ley perfeccionándola desde la exigencia del amor y, según esta nueva perspectiva, esa mujer debe vivir. A la mujer le dice: *«Yo no te condeno, pero no peques más»*. No se trata de minimizar la falta porque el pecado existe; ni de absolver globalmente sin explicar la sentencia para orientación de las conciencias.

No es declaración de inocencia; no es sentencia exculpatoria sino absolutoria. Condena el pecado y absuelve al pecador, regla de oro y principio de orientación de la conducta práctica para el cristiano porque vincula el perdón del pasado con el futuro de una vida nueva. El Evangelio es, por tanto, inspirador del verdadero humanismo que debe basarse en la comprensión y amor.

Jesús no dice que lo que ha hecho la mujer no es importante. Jesús no la juzga y le dice que no vuelva a caer en su pecado. Misericordia sí, pero invitándole a rehacer su vida. El texto hace que volvamos nuestra mirada sobre nosotros mismos: no solo si somos severos con los demás, sino también si estamos dispuestos a ser misericordiosos con ellos como lo es Jesús. En un mundo duro y severo el desafío cristiano es precisamente este: ver a los demás con ojos de misericordia. Lo fácil es juzgar o emitir juicios severos; pero los cristianos sabemos que Jesús busca salvar a la persona y devolverle su dignidad de hijo de Dios.

La existencia del mal es un hecho presente y controlable que nunca podrá ser explicado como un hecho sin autor. Todo mal tiene una causa y en ella puede encontrarse uno como autor o coautor. La respuesta de Jesús es sumamente instructiva: Existen estructuras de pecado pero no coaccionan a nadie a ser pecador.

También manifiesta un principio de desigualdad: Le presentaron una mujer. **¿Dónde estaba el hombre?** No puede establecerse dos morales, una permisiva para los fuertes que pueden permitírselo todo y otra rígida para los débiles a los que no se tolera nada. En la pequeña parcela del mundo individual tiende cada uno a ser indulgente consigo mismo hasta el exceso y duro con los demás.

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Lucas 19, 28-40): *Paz en el cielo y gloria en lo alto.*

1ª lectura (Isaías 50, 4-7): *El Señor Dios me ha abierto el oído.*

Salmo (21, 8-9.17-18a.19-20.23-24): *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2, 6-11): *Se despojó de su rango.*

Pasión (Lucas 22, 14-23,56): *Realmente, este hombre era justo.*

Dios lleva ahora a cumplimiento su promesa, Jesús se acerca a la meta de su largo camino. El Maestro, ha recorrido todo el camino a pie. Se acerca a Jerusalén, sabe lo que allí le aguarda, pero se dirige a la ciudad cabalgando sobre un asno, tal y como lo había anunciado el profeta Zacarías. Demuestra así que no va como un peregrino más, sino como el Mesías prometido, como el último y definitivo rey que Dios envía a su pueblo.

«*¡Bendito el que viene como rey en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en la altura*». Los discípulos conocen y reconocen a Jesús en persona como el rey que cuenta con el favor de Dios. Él es bendito: Dios le ha bendecido, le ha dado el poder vital que necesita para llevar a cabo su obra. Viene en nombre del Señor: viene por encargo y con el poder de Dios para realizar aquello para lo que Dios le ha enviado a Jerusalén, y: «*Os digo que, si estos callaran, gritarían las piedras*».

Jesús se reúne a cenar con los doce que ha escogido y que ha enviado ya a misión, debiendo llevar su mensaje a todos los pueblos como testigos suyos. Comienza diciéndoles: «*Ardientemente he deseado comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer*». Les ofrece pan y vino diciendo: «*Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros*» y «*esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros*».

Jesús se entrega por toda la humanidad, pero subraya que lo hace por sus doce apóstoles («*por vosotros*»). Su amor no va dirigido a una masa anónima o a una “*humanidad*” ideal, sino a cada hombre personalmente, a cada uno de nosotros. Los apóstoles pueden experimentar el amor y el servicio de Jesús desde la mayor intimidad posible, de manera muy personal, pero a la vez como representantes de los demás hombres.

A los que se han adherido a Él, les hace partícipes de su gloria: «*Yo preparo para vosotros un reino, igual que el Padre lo ha preparado para mí*». Por siempre estaréis a mi lado y participaréis conmigo en el banquete del Reino. Jesús hace esta promesa a cada uno personalmente.

El cristianismo fue surgiendo cuando tras la muerte de Jesús, los hombres y mujeres que habían convivido con Él se negaron a olvidarlo y siguieron recordándolo. **¡Cómo olvidar a alguien así! ¡Jesús había significado la experiencia más grande de su vida!** En los encuentros hablaban de Él porque lo llevaban en el corazón. Pronto aquel recuerdo se fue iluminando con una convicción insospechada: **¡Jesús vive, no ha podido morir para siempre!** Y, desde lo más profundo de sí mismos, alentados por el mismo Espíritu del resucitado, fueron naciendo a la fe: **«Al que crucificaron Dios lo ha resucitado».**

También nosotros nacemos a la fe cuando hacemos memoria de Jesús. Para eso se escribieron los textos evangélicos, para que no se pierda en el tiempo su memoria, para que no olvidemos, para que podamos acercarnos a Él por primera vez, para que siempre podamos volver a Él; se escribieron para que podamos ver y admirar su vida entregada por amor y para que, haciéndolo así, nuestro corazón se enamore de Él, y podamos sentirlo vivo y deseemos seguirlo por los caminos de este tiempo.

Podemos acercarnos al relato de la pasión observando los acontecimientos desde “*lejos*”, viendo a un hombre que es traicionado y llevado de un lugar a otro, que es interrogado, torturado, crucificado y que muere en una cruz. Y poco más. Hemos leído y escuchado el relato de la pasión tantas veces que corremos el riesgo de verlo así, desde “*lejos*”, sin que nos toque más adentro.

Pero nos podemos atrever a entrar en el “*alma*” de la vida y la muerte que allí se narra. Para eso se escribieron los relatos, para que los hombres y mujeres de todas las épocas podamos adentrarnos en el “*alma*” de Jesús, y de sus discípulos, y en la humanidad, y en Dios. Hoy, como aquellos primeros discípulos, asustados y decepcionados que, tras su muerte, hablaban de lo que había sucedido, podemos entrar más adentro, en la profundidad de lo que sucedió, y podemos meditarlo y guardarlo en el corazón, y así acoger el amor de Dios, que desborda todo conocimiento humano.

La pasión y muerte de Jesús fue la pasión y muerte de un justo, de un inocente, del hombre que nos amó como Dios ama. **¿Por qué la humanidad lo trató de ese modo?** La pasión de Jesús será para siempre pasión solidaria con todos los justos e inocentes, aplastados y asesinados. **¿Es posible seguir a Jesús sin desear llevar su cruz en las cruces de sus hermanos, los hombres de hoy?**

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12, 1-8.11-14.): *La sangre será vuestra señal.*

Salmo (115, 12-13.15-16bc.17-18): *«El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios 11, 23-26): *Yo he recibido una tradición.*

Evangelio (Juan 13, 1-15): *¿Comprendéis lo que he hecho?, haced vosotros lo mismo.*

En los años ochenta cantábamos una canción que decía: *“una mesa redonda como el mundo. Levantaremos. Un pan de multitud...”* Eran años de ilusión, de sueños y utopías; mucha gente, en muchos sitios, se juntaban a pensar y debatir cómo podríamos vivir en pequeños grupos, con lo mínimo, para que otros muchos pudieran disfrutar de una vida digna en países que iniciaban su desarrollo con la *“condonación de la deuda externa”*. En nuestro recuerdo están las acampadas en lugares públicos durante muchos días para conseguir el 0,7 % del PIB para esos países.

Con personas de mi generación recordamos lo que nos decían en casa: *“Esto no es una pensión en donde se viene a comer y a dormir”*. Ahora casi nadie lo expresa porque hemos logrado que nuestras casas parezcan pensiones: hay pocos espacios para la convivencia de los que vivimos en ellas o de los que vienen de visita, si es que viene alguien. Incluso hablamos de barrios dormitorio, barrios enteros.

En estos últimos años comemos con más frecuencia en casas ajenas que en la propia, y muchas veces cada uno comemos en horas distintas, sobre todo entre semana por causa del trabajo. Y los fines de semana también, porque queremos hacer cosas, distintas, fuera de casa: deporte, excursiones, salidas con los amigos, etc., los comensales con quienes nos juntamos son los del restaurante, los del equipo, los del parque... **¿Quiénes son los nuestros?**

Con cierta asiduidad nos juntamos a comer con amigos, sobre todo en fechas nostálgicas: aniversarios, navidades y cuando con dificultad conseguimos ponernos de acuerdo, incluso algunas veces con desgana. A la Eucaristía debemos ir siempre con ganas y a compartir porque si lo único que hacemos es cumplir una norma y realizar un rito que no nos sirve para la vida, el resto de la gente no se enterará de lo extraordinario que sucede en nosotros.

El ritual de la pascua judía invita a comer con otros, con otros que han vivido la misma experiencia de esclavitud, la misma experiencia de liberación, la misma experiencia de travesía por el desierto. Comida escasa, suficiente para recorrer ese camino; en el ritual lo importante es la palabra para el recuerdo de lo vivido y de lo que estamos viviendo. Y el de quien lo ha hecho posible: **¡Dios pasa!** (pascua).

Jesús celebró su Pascua e instituyó la Nueva. Con Jesús todo acaba y todo empieza: promesas y realidades, lo viejo y lo nuevo, la Pascua donde ahora el cordero sacrificado es Él mismo, pacto definitivo sellado con su sangre. Y si al celebrar nuestra Pascua nos preguntara alguien por el significado de todo lo que hacemos, le responderíamos que todo es memorial de lo que el Señor hizo y nos mandó repetir.

El lavatorio de los pies expresa también otra realidad: simboliza el servicio insustituible que Jesús nos ofrece y, muestra a la vez cómo debemos comportarnos los unos con los otros. Jesús nos obliga a seguir su ejemplo. Servicio y ejemplo de Jesús quedan unidos en igual medida a cuanto Él dice: *«Pues el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la propia vida en rescate por muchos»*.

Aquí explica Jesús el significado y la eficacia de su muerte, al mismo tiempo que da un mandamiento esencial al deber de servir que sus discípulos tenemos. Al don de la vida que Él nos ha hecho es al que nosotros debemos nuestra propia comunión con Él y, a través de Él, con Dios. Esta unión no podemos dársela nunca nosotros mismos; es puro don. Pero no es una unión pasiva, basada sobre un estado nuestro de inercia, dejándonos servir. Precisamente la comunión con Jesús nos hace participar en su servicio. Quien rechaza este servicio se excluye de la comunión.

Tenemos que contemplar estos valores y fuerzas, intentando percibir toda su importancia y su significado. Sólo así podremos llegar a comprender el sentido de la misión y de las palabras de Jesús. Estos valores son la vinculación de Jesús con el Padre, de donde Él viene y a donde Él vuelve; el amor que Él muestra por los suyos (nosotros), entregando la propia vida y haciendo así posible la plena participación en su destino; su ejemplo, compromete a todos su seguidores en el servicio.

Pablo, que no es el creador de la tradición de la celebración de la Eucaristía sino que a él se la *«entregaron»* como un tesoro, y la va pasando de comunidad en comunidad, nos dice que: *«En esa transmisión, no hay solo rito y palabras rituales, hay también vida, vida entregada y compartida»*. Nuestra celebración repite los gestos, recuerda las palabras, distribuye el amor teórico para que se convierta en amor práctico según su mandato.

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52, 13 – 53, 12): *Él tomó el pecado de muchos.*

Salmo (30, 2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*

2ª lectura (Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9): *Mantengamos firme la fe.*

Pasión (Juan 18, 1 - 19, 42): *Mi reino no es de este mundo.*

Es bonito celebrar una fiesta en una buena mesa, compartir viandas y caldos que sirven para disfrutar un tiempo dedicado a la conversación. Más de una fiesta ha servido para poner fin a una querrela familiar, a una enemistad o incluso a una guerra.

La fiesta requiere esfuerzo: **¿Quién la organiza? ¿Dónde se prepara?** Requiere efectuar unas compras, unos productos para compartir: carne, pan, vino... Echar mano de un cordero es una solución práctica y asequible en una cultura agrícola y ganadera. El cordero se convierte en sinónimo de manjar, fiesta, encuentro y alegría; de paz, también, si la comida hace posible la reconciliación de comensales enfrentados.

¿Qué culpa tiene el cordero para ser víctima de la fiesta que los demás necesitan o quieren celebrar? Ninguna. Es su razón de existir. **¿A alguien le apetecería ser cordero si tuviera posibilidad de elegir?** Nos llevaríamos sorpresas si hiciéramos esa pregunta en una asamblea. Las madres responderían que sí. *“Por el bien y la vida de sus hijos no les importaría para hacer posible la fiesta y la paz”.* **¿Sólo las madres, padres y pocos más?** Hace falta estar loco de amor para convertirse en víctima inocente que hace posible la vida de otros.

Hay personas que aceptan ser declarados culpables para evitar la condena de seres queridos. **¿Son tontos o su amor apasionado les hace asumir la correspondiente pasión por el bien del otro?** *«Nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos».*

¡Inaudito! Pensamos y decimos. Porque nuestra religiosidad entiende la relación con Dios como un tener que ganarse lo que Él, generosa y desinteresadamente nos da. No entendemos que Dios nos pueda querer hasta el punto de hacerse cordero y pan y vino para que celebremos la fiesta de la vida y desde la reconciliación iniciemos una *“nueva vida”*.

No entendemos que Dios sea como las madres y padres, como los mejores amigos, como las mejores personas que pueblan este mundo con esa capacidad de darse y ofrecerse. Es muy posible que nosotros no seamos capaces de hacer esa entrega servicial de nuestra vida. Pero eso no impide que creamos en un Dios que sí lo hace.

Afortunadamente muchas personas en el mundo dan más de cuanto se les puede exigir por justicia. Y allí es donde está la diferencia que salva al mundo. Cuando es el amor, sin obligación ni recompensa, el que se pone en marcha y se ofrece a ser víctima, se pone a servir la mesa y a arreglar la casa para que otros puedan disfrutar y vivir juntos. Cristo Jesús es así: nos ofrece sus servicios sin esperar nada, da su vida por los demás, por todos nosotros y en su sacrificio está nuestro futuro.

Jesús cargo con la cruz de nuestras culpas y la llevó hasta la cima del Calvario. Allí la descargaron de sus hombros para clavarle en ella y dejarle morir como un maldito. Jesús insistió mucho en su predicación sobre la cruz como destino de su vida y como condición inequívoca de su seguimiento: **«El que quiera ser mi discípulo debe estar dispuesto a renunciar y a cargar con la cruz».**

Esta radicalidad, sin paliativos ni atenuantes, ha inducido a muchos a pensar en el discipulaje de Jesús negativamente como si significara odio o desprecio de la vida. Es opinión de muchos en la actualidad. Pero lo que en realidad anuncia la fe cristiana es la vida, la fe en la vida y la defensa de la vida. La renuncia de sí mismo y la aceptación de la cruz como condición del seguimiento pueden expresarse de esta otra manera: *“el que quiera seguir a Jesús ha de estar dispuesto a todo”.*

El amor a la cruz no es masoquismo, ni sadismo, ni odio a la vida y a sus valores. El amor a la cruz no dice que el dolor sea bueno en sí mismo, ni deseable por sí mismo. Nunca habla Jesús del dolor como algo apetecible ni lo considera como un valor absoluto. Todo lo contrario. Por cruz entiende todo esfuerzo que uno acepta o voluntariamente se impone por amor, para hacer realidad en sí mismo la voluntad de Dios.

Esa voluntad de Dios que equivale a una vida en plenitud, la cual puede exigir razonablemente esfuerzos y renunciaciones. Nada grande se suele conseguir sin sacrificio previo. El que quiera seguir a Cristo no puede cerrar los ojos a la realidad de lo temporal como limitado y caduco. La vida en plenitud con Dios es meta final. Todo lo demás es relativo. La fe que salva no se contenta con asumir un aspecto de la realidad porque es una visión falsa. La fe que salva asume el conjunto de la vida como es y lo que con fe puede llegar a ser.

El seguimiento de Cristo Jesús exige un gran sentido del amor y de la solidaridad. Seguir a Jesús es continuar su obra siguiendo las mismas directrices iniciales. Mejor que hablar de amor a la cruz debería hablarse siempre del Crucificado que cuelga de ella y da sentido a todo.

SÁBADO SANTO

No hay celebraciones litúrgicas hasta la noche

Es el día del silencio: la comunidad cristiana vela junto al sepulcro. Callan las campanas y los instrumentos. Se ensaya el aleluya, pero en voz baja. Es día para profundizar. Para contemplar. El altar está despojado. El sagrario, abierto y vacío.

La Cruz sigue entronizada desde ayer. Central, iluminada, con un paño rojo, con un laurel de victoria. Dios ha muerto. Ha querido vencer con su propio dolor el mal de la humanidad.

Es el día de la ausencia. El Esposo nos ha sido arrebatado. Día de dolor, de reposo, de esperanza, de soledad. El mismo Cristo está callado. Él, que es el Verbo, la Palabra, está callado. Después de su último grito de la cruz «*¿Por qué me has abandonado?*». Ahora Él calla en el sepulcro. Descansa: «*consummatum est*», "todo se ha cumplido".

Pero este silencio se puede llamar plenitud de la palabra. El anonadamiento, es elocuente. "*Fulget crucis mysterium*": **¡Resplandece el misterio de la Cruz!**

El Sábado es el día en que experimentamos el vacío. Si la fe, ungida de esperanza, no viera el horizonte último de esta realidad, caeríamos en el desaliento: «*nosotros esperábamos...*», dirán los discípulos de Emaús.

Es un día de meditación y silencio. Algo parecido a la escena que nos describe el libro de Job, cuando los amigos que fueron a visitarlo, al ver su estado, se quedaron mudos, atónitos ante su inmenso dolor: «*se sentaron en el suelo junto a él, durante siete días y siete noches. Y ninguno le dijo una palabra, porque veían que el dolor era muy grande*» (Job. 2, 13).

Eso sí, no es un día vacío en el que "*no pasa nada*". Ni un duplicado del Viernes. La gran lección es ésta: Cristo está en el sepulcro, ha bajado al lugar de los muertos, a lo más profundo a donde puede bajar una persona. Y junto a Él, como su Madre María, está la Iglesia, la esposa. Callada, como él.

El Sábado está en el corazón mismo del Triduo Pascual. Entre la muerte del Viernes y la resurrección del Domingo nos detenemos en el sepulcro. Un día puente, pero con personalidad. Son tres aspectos de un mismo y único misterio, el misterio de la Pascua de Jesús: muerto, sepultado, resucitado.

«*...se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo...*», se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, es decir conoció el estado de muerte, el estado de separación entre su alma y su cuerpo, durante el tiempo comprendido entre el momento en que Él expiró en la cruz y el momento en que resucitó.

Este estado de Cristo muerto es el misterio del sepulcro y del descenso a los infiernos. Es el misterio del Sábado Santo en el que Cristo depositado en la tumba manifiesta el gran reposo sabático de Dios después de realizar la salvación de los hombres, que establece en la paz al universo entero.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10, 34a.37-43): *Pasó haciendo el bien.*

Salmo (117, 1-2.16ab-17.22-23): *«Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»*

2ª lectura (Colosenses 3, 8-14): *Buscad los bienes de allá arriba.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Entró en el sepulcro; vio y creyó.*

«No lloréis, no estéis tristes, no perdáis la paz... Jesús ha resucitado. No lo busquéis entre los muertos, ni lo lloréis en una tumba...no lo vais a encontrar allí».

Él está con nosotros, como siempre, a nuestro lado. Lo reconoceremos en la comunidad, al reunirnos en su nombre; lo escucharemos en su Palabra; lo sentiremos en la celebración de la fe, en los sacramentos; lo acogemos en los empobrecidos y necesitados. Él nos seguirá encontrando, iluminando nuestro camino, orientando nuestras búsquedas. Jesús no está en una tumba, ni es un recuerdo del pasado. Él continúa con la comunidad, con la Iglesia, es el centro de nuestra vida y de nuestra misión.

Los discípulos sabían que Jesús era quien abría el camino y marcaba la senda, ellos solo tenían que seguir sus pasos. Lo siguieron en la fértil Galilea, junto al lago. Estuvieron junto a Él camino de Jerusalén. Sufrieron el desgarrar de verlo atravesado en la cruz... Pero en ese recorrido, también lleno de sombras, reconocieron al mismo Señor resucitado, abriendo nuevos caminos, señalando nuevas metas, proponiendo una nueva misión. Jesucristo hoy sigue marcando el ritmo y guiando a la comunidad: ser testigos del resucitado y anunciarlo hasta los confines del mundo.

Jesús ya lo había advertido: *«El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar»*. Dios, una vez más, vuelve a cumplir su Palabra. Ni nos deja solos ni nos dejará. Cuando esta noche hemos escuchado el mensaje de la Escritura reconocemos la presencia de Dios con su pueblo a lo largo de mil circunstancias y situaciones. Hoy le damos gracias por su presencia, por su amor, por su misericordia. Nosotros también reconocemos su presencia y compañía en nuestra vida. Él cumple su Palabra y hace un pacto de permanencia con nosotros.

Al reconocer a Jesús resucitado somos convocados a vivir su misión. Anunciar y hacer realidad la Buena nueva de su amor allí donde estemos. La Iglesia y los cristianos continuamos su tarea y nos convertimos en testigos de su amor y su entrega. Somos artesanos de misericordia con todos, especialmente con los que sufren y lo pasan mal, con las víctimas de nuestro mundo, ser testigos de la Resurrección es poner luz y esperanza en las situaciones de oscuridad. El encuentro con Jesús nos lanza a ser trabajadores por un proyecto de amor y de vida para todos. Testigos de la Resurrección, artesanos de la misericordia.

La Resurrección no significa el final rosa de un drama doloroso, sino el comienzo absolutamente nuevo de todo el mundo antiguo bajo el poder de la muerte, recreado por Dios. Comienza la nueva Creación habitada por la gloria de su Hijo. La Resurrección es la exaltación de Jesús como Señor a la derecha del Padre, que es cuando Jesús descubre que realmente es el Hijo eterno de Dios, su identidad última, que de alguna manera había ido emergiendo indirectamente a través de su autoridad y, sobre todo, de su obediencia y pertenencia al Padre, al que se dirige como su Abbá. Jesús percibía en sí mismo su identidad, en su relación con su Abbá.

Sentado a la derecha del Padre, recibe la soberanía del Reino. Lo que antes era *«Reino de Dios»*, ahora es Reino de Cristo. El Jesús predicador ahora es el Jesús predicado. Ahora es cuando cumple la promesa de darnos su Espíritu, dando comienzo a la era del Reino, del Resucitado, del Espíritu Santo, puesto que la acción del resucitado entre la Ascensión y su segunda venida se realiza por el Espíritu Santo.

Los Evangelios hablan del Resucitado no de la Resurrección. Ahora, pues, centrémonos en el Resucitado, no en la Resurrección. La gente curioseaba sobre la Resurrección, cuando de eso no se habla en el Nuevo Testamento. Solamente se nos dice que el *“sepulcro está vacío”* y que el crucificado vive. Toda pretensión de explicar o curiosear sobre ese acontecimiento está absolutamente fuera de lugar. Lo que cuenta es el Resucitado.

María Magdalena, Pedro y el discípulo amado son los primeros testigos del sepulcro vacío. La sorpresa les hace ir y venir, pero, como a nosotros, les cuesta entender las Escrituras para poder ver el sepulcro vacío y creer en la presencia del Resucitado. No es suficiente con conocer la historia de Jesús; necesitamos que la fe ilumine el signo. Y fe implica *“fiarse”* de las Escrituras y de los testigos apostólicos. Por ello, nuestro cimiento es la fe apostólica.

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 5, 12-16): *Todos se curaban.*

Salmo (117, 2-4.22-24.25-27a): *«Dad gracias al Señor porque es bueno»*

2ª lectura (Apocalipsis 1, 9-11a.12-13.17-19): *Yo soy el primero y el último.*

Evangelio (Juan 20, 19-31): *Dichosos los que crean sin haber visto.*

«**Paz a vosotros**». La paz es el primer don de la Resurrección que reciben los apóstoles para ser ellos mismos constructores de paz en el mundo. Para ello reciben el Espíritu Santo, para ser enviados al mundo a ser expresión de la misericordia de Dios. Porque la paz no puede estar basada en la simple ausencia de conflictos, ni puede ser una paz impuesta por la fuerza de las armas. Falsa sería la paz impuesta con la sola superioridad del poder y de la fuerza; sería caer en una grave contradicción. Sin lugar a dudas, podemos afirmar que para construir la paz hay que trabajar por la justicia.

«**La paz en la tierra, suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia, es indudable que no puede establecerse ni consolidarse si no se respeta fielmente el orden establecido por Dios... Una sociedad que se apoye sólo en la razón de la fuerza ha de calificarse de inhumana**» (San Juan XXIII).

«**La voz de la humanidad; está reclamando una nueva expresión de la justicia, un nuevo fundamento para la Paz. ¿Por qué, convencidos como estamos de este clamor irreprimible, nos retrasamos tanto en dar a la Paz una base que no sea la de la Justicia?**» (San Pablo VI).

«**Hasta que quienes ocupan puestos de responsabilidad no acepten cuestionarse con valentía su modo de administrar el poder y de procurar el bienestar de sus pueblos, será difícil imaginar que se pueda progresar verdaderamente hacia la paz**». (San Juan Pablo II).

«**Es deber de toda persona de buena voluntad, y especialmente de todo creyente, ayudar a construir una sociedad pacífica y a superar la tentación de agresividad y enfrentamiento**» (Papa Benedicto XVI).

«**No más guerra. Es hora de detenerse. Deténganse, por favor, se lo pido con el corazón, deténganse... Hay que derribar los muros de la desconfianza y del odio promoviendo una cultura de reconciliación y solidaridad**» (Papa Francisco).

«**Se llenaron de alegría al ver al Señor**». Esta fue la primera reacción de los discípulos al ver al Señor, y es que la alegría, junto con la paz, son los grandes dones de la Pascua. Contemplar al Resucitado es recuperar la alegría, el papa Francisco nos exhorta a ello cuando nos dice: *«Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor»*.

Y nos repite el Papa que no podemos ser cristianos de *«Cuaresma sin Pascua»*. Una alegría que, en el estadio de peregrinación, la Iglesia habrá de simultanear con la persecución y las amarguras de las dificultades. Pero estará siempre presente como oferta de Cristo glorioso presente entre los hombres.

Alguno puede preguntar: **¿Dónde está Jesús resucitado? ¿Qué aspecto tiene, de joven o de viejo? ¿Por qué los periódicos, la televisión, la radio no hablan de Jesús si es que está vivo?** Hay que distinguir entre revivir y resucitar. Revivir es volver a vivir aquí, en la tierra. Jesús revivió a su amigo Lázaro y pasado algún tiempo Lázaro volvió a morir, porque la vida de ahora tiene un principio y un fin.

Jesús ha resucitado, vive una vida nueva, no aquí en la tierra, sino junto a Dios Padre. Sí, muy bien, podemos decir, pero **¿Cómo sabemos que ha resucitado si no podemos verlo aquí en la tierra?** Nos lo dicen los apóstoles de Jesús que ellos si lo vieron, y sobre todo hay uno que nos lo dice y es verdad lo que nos dice. Ese es Tomás.

Nos fiamos del testimonio de Tomas y creemos que Jesús está vivo porque ha resucitado. Creemos en Jesús resucitado y le damos gracias por todo lo que nos ha traído. Jesús resucitado nos ha traído muchos regalos: paz, alegría, perdón de los pecados; nos abre las puertas del corazón de Dios, nos da una vida nueva y el Espíritu de Dios para que nosotros también un día resucitemos y vivamos con Él al lado de Dios Padre.

«**Dichosos los que crean sin haber visto**». Tomás ha confesado la fe después de haber “palpado” las pruebas de la pasión, las llagas del dolor y confiesa al Resucitado como no lo ha confesado nadie: *«Señor mío y Dios mío»*, sin embargo el Señor dirige esta bienaventuranza a aquellos que serán capaces de creer no por pruebas palpables sino por el testimonio de la Iglesia, aquellos que, abiertos a la acción del Espíritu, van a un encuentro auténtico con el Resucitado por el testimonio de la Iglesia.

Pues que en este día de Pascua abramos nuestro corazón al Espíritu que nos hace sus testigos fieles para llevar a nuestros hermanos al encuentro de Cristo Jesús Resucitado.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 5, 27b-32.40b-41): *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.*

Salmo (29, 2 y 4-5 y 6.11 y 12a y 13b): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado»*

2ª lectura (Apocalipsis 5, 11-14): *Se postraron rindiendo homenaje.*

Evangelio (Juan 21, 1-14): *Sabían bien que era el Señor.*

En la vida todos transitamos por caminos. A veces nos equivocamos y tenemos que “*deshacer el camino*”. Otras veces nos perdemos, nos cansamos o nos arrepentimos. También hay caminos de “*ida y vuelta*”; de ida hacia el objetivo final que nos hemos marcado y de regreso tras alcanzar la meta, con éxito o con frustración.

La vida cristiana se puede comparar perfectamente con un camino. Jesús mismo pasó buena parte de su misión “*en camino*”. Él mismo fue de Galilea a Jerusalén en distintas ocasiones, y luego regresaba al pueblo que había elegido, Cafarnaúm, junto al lago.

No sabemos muy bien cómo sucedieron los acontecimientos después de la Resurrección de Jesús. Siguiendo el evangelio de san Juan que leemos, hemos visto cómo Pedro y el discípulo amado, regresan de Jerusalén a Galilea. El “*camino de ida*” tuvo también su “*camino de regreso*”. El evangelio sitúa ahora la aparición de Jesús resucitado en el lago, allí donde había comenzado todo. Galilea es la llamada a los apóstoles, es el anuncio del Reino, es la vida cotidiana de Jesús, es la barca de Pedro. Jesús sabe que su gente tiene que verlo allí también vivo.

El texto está lleno de referencias evangélicas previas. La escena es de pesca; Pedro es el patrón de la barca; Jesús no está en la barca, sino en la orilla; en un primer momento no le reconocen. No habían pescado nada y un desconocido les dice qué tienen que hacer. El discípulo amado reconoce a Jesús y se lo indica a Pedro que, intrépido, se lanza en su busca. Las redes, ahora llenas, no se rompen. Jesús les había preparado unos peces y todos se sacian. Es un texto que podemos reconocer con facilidad, pero a la vez darnos cuenta de que hay mensajes fundamentales que el evangelista no quiere dejar pasar.

La Pascua es, en definitiva, el encuentro con Jesús resucitado. San Juan insiste mucho en que los apóstoles lo ven, incluso hablan con Él, pero en un primer momento no le reconocen (Magdalena en el huerto, Pedro ahora). No basta con “*haber oído cosas*” de Jesús; no basta con moverse en un ambiente “*cristiano*”. El discípulo amado, el que lleva adelante el misterio del amor en todo el evangelio, es el que lo reconoce y lo comunica: «*es el Señor*». A Cristo resucitado solo lo puede reconocer el amor. Con Cristo es posible la “*faena*”, la “*pesca*”; sin Él todo se queda en un esfuerzo vacío, por grande que haya sido.

Los encuentros de Jesús tienen que ver, casi siempre, con la comida. La comida para el creyente es una necesidad, pero también es un lugar de encuentro y amistad y, sobre todo, es un sacramento de la presencia del Señor y un memorial de la Pascua, aunque no siempre se desarrollan todos estos elementos.

En esta aparición Jesús preparó un buen almuerzo a los discípulos, que estaban agotados y desfallecidos por el trabajo y la fatiga de la noche. Jesús invita: «*Vamos, almorzad*». Jesús conoce bien a sus discípulos, y los trata como una madre. El almuerzo tenía que ser de los peces, pero no podía faltar el pan. Ambas cosas representaban a Cristo-Jesús. Y hay un gesto evocador: “*Jesús se acerca, toma el pan y se lo da; y lo mismo el pescado*”. Sólo le faltó decir: “*este pan es mi cuerpo, este pez soy yo*”.

Aquel desayuno fue un principio de Eucaristía. Jesús no quiere que cada uno coja su pedazo de pan y de pez, Él lo va partiendo y repartiendo, en señal de solidaridad y entrega.

Jesús se aparece una y otra vez, pero no a todos se aparece de la misma manera. Se adapta a las circunstancias personales o eclesiales. No es lo mismo aparecerse a María Magdalena que lo buscaba, que a Tomás que lo retaba, a Saulo que lo perseguía o a los apóstoles cuando pescaban. Y, desde luego, no se aparece a Caifás ni a Herodes ni a Pilato, aunque sólo fuera para ponerlos de rodillas.

Salvadas las distancias, Jesús hoy se sigue apareciendo. Pero no nos resulta fácil reconocerlo. Se nos puede manifestar como luz que ciega, como amor que desborda, como dolor que redime, como mendigo que llama a la puerta o como compañero de camino. **¡Qué gracia y que dicha encontrarse con Jesús o dejarse encontrar por Él!**

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 13, 14.43-52): *Yo te haré luz de los gentiles.*

Salmo (99, 2.3.5): *«Somos su pueblo y ovejas de su rebaño»*

2ª lectura (Apocalipsis 7, 9.14b-17): *Los conducirá hacia fuentes de aguas vivas.*

Evangelio (Juan 10, 27-30): *Nadie las arrebatará de mi mano.*

A lo largo de veinte siglos, las comunidades cristianas hemos tenido que hacer frente a innumerables dificultades y hemos tenido que responder a muchos retos. Esto fue así desde los inicios. En los textos que hoy nos propone la liturgia lo vemos así: por un lado, en el libro de los Hechos, vemos el rechazo de mucha gente a la propuesta de la fe y, cómo Pablo y Bernabé responden con decisión al reto misionero de salir hacia nuevas culturas.

Por otro lado, el Apocalipsis y el evangelio de Juan, nos muestra la enorme dificultad que significaba para aquellas comunidades permanecer en la fe cuando el rechazo y la persecución amenazaban incluso la propia vida (hoy no es tan lejana esta realidad. Pensemos en las comunidades cristianas perseguidas en Centro África, en el Oriente medio y en países de Asia y América).

Entre nosotros, en la vieja Europa, nadie nos rechaza y persigue (aunque sí ocurra así entre pequeños sectores) las dificultades y los retos también existen, pero son de otra naturaleza: nuestras comunidades envejecen. La propuesta cristiana que ofrecemos parece no tener la chispa necesaria para prender el fuego de la fe en el corazón de nuestros contemporáneos.

La actitud más generalizada ante la fe es la de la indiferencia. **¿Acaso nuestra cultura está cansada del cristianismo? ¿Acaso se fue apagando la fe viva en nuestras comunidades y, por eso, ya no somos capaces de contagiar admiración y atracción por el Evangelio?**

La vida de las comunidades a las que se dirigía el evangelio de Juan no era fácil. Debían hacer frente a la persecución e incluso a la muerte. Se preguntaban y nos preguntamos: **¿Qué hacer?** La propuesta que nos hace el evangelio de Juan es clara y rotunda: tener la valentía de “*escuchar*” y “*seguir*” a Jesús. Tener la valentía de confiar en Él. **¿Por qué?** Porque es Él quien nos da la vida eterna, porque con Él *«nadie perecerá para siempre»* y porque *«nadie podrá arrebatarlos de su mano»*.

Jesús se aplicó a sí mismo la imagen del “*Buen Pastor*”. Juan Bautista nos lo presentó como “*Cordero de Dios*”. El Apocalipsis une las dos estampas. Las dos nos llegan al alma. Cristo no es un lobo, como dicen que es el hombre, o un león, como quieren ser los hombres, sino un Cordero limpio y bueno.

Escuchar: Las ovejas conocen la voz de Jesús “*Buen Pastor*” y escuchan sus Palabras que no son “*políticas*” ni “*oratorias*” ni “*superficiales*”, son vivas; alegran el corazón y transforman la existencia.

Conocer: Jesús “*Buen Pastor*”, conoce a cada oveja por su nombre, aprecia sus cualidades y lamenta sus debilidades. Sabe lo que conviene y ofrece a cada uno la “*medicina apropiada*”. Su conocimiento no es inquisitorial, sino maternal.

Seguir: En el rebaño de Cristo Jesús, “*Buen Pastor*” las ovejas le siguen, aunque unas más de cerca y otras más de lejos. Pero sin pastor, las ovejas no sabrían dónde ir: *«Señor. ¿A dónde iremos?»*. Decía Pedro.

Defender: Jesús “*Buen Pastor*” defiende a sus ovejas hasta el fin, hasta dar la vida por cada una de ellas. Las ovejas pueden estar seguras y confiadas. *«¡Nadie las arrebatará de mi mano!»*. Jesús “*Buen Pastor*” está dotado de la fuerza del Padre. Él ha vencido al “*príncipe de este mundo*”. Por lo tanto, toda oveja puede decir: *«Nada temo, porque tú vas conmigo; aunque camine por cañadas oscuras, tu vara y tu cayado me sosiegan»*.

Dar la vida: Cristo Jesús, “*Buen Pastor*” da vida y da la vida. Da la vida eterna por medio de su Espíritu vivificante. Quien recibe este Espíritu ya no muere. Quien le sigue y cree en Él ya no muere. Quien come su alimento ya no muere. Y Él tiene buen cuidado de que sus ovejas no coman hierbas venenosas. Su amor es tan grande que se atreve con todos y con todo. Aunque los lobos le desgarran, Él nunca nos abandonará. Él no abandona a los suyos

Hoy el evangelio de Juan nos acerca a la gran verdad del cristianismo: Jesús es más grande de lo que creemos. Él es el “*Buen Pastor*”, el compañero fiel que nos conoce y nos contagia su vida. Por eso, quienes superando miedos e inercias tienen la valentía de escuchar su voz y hacer vida sus palabras pueden encontrarse con una hermosa sorpresa: la de comenzar a vivir con más plenitud, con mayor sentido vital, con mayor confianza.

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 14, 21b-27): *Exhortándolos a perseverar en la fe.*

Salmo (144, 8-9.10-11.12-13ab): *«Bendeciré tu nombre por siempre jamás»*

2ª lectura (Apocalipsis 21, 1-5a): *Esta es la morada de Dios con los hombres.*

Evangelio (Juan 13, 31-33a.34-35): *Que os améis unos a otros; como yo os he amado.*

Los textos del Nuevo Testamento, que nos presenta la liturgia de hoy, nos dan una visión de la Iglesia: de la presente y la futura, de la ideal y de la real. Hablan de la vida de fe, de las luchas por la fe y de las claves de la fe. El pasaje del Evangelio, es un extracto del discurso de despedida de Jesús con el precepto del amor fraterno como testamento suyo y distintivo de los suyos. No resulta difícil imaginar el gesto sorpresivo de los discípulos al escuchar de labios de Jesús: **«me queda poco tiempo de estar con vosotros»**. Entonces, **¿qué va a pasar? ¿Se acabó todo?**

Pero Jesús no les deja huérfanos. Él sigue presente con ellos y esta fe en su presencia es un gran reto para la fe. Cuesta menos creer en la tumba vacía del cuerpo de Jesús que creer en el mundo lleno de su Espíritu capaz de transformar un mundo nuevo, una sociedad nueva con unos hombres nuevos, regida por las leyes del amor que Él nos deja como testamento y contraseña.

En todo tiempo necesitamos de alguien que levante la moral, pero no con engaños o con opio de estupefacientes sino con la Verdad de Dios. No es probablemente más fácil vivir la fe que entonces. Pero, en los evangelios encontramos los principios para interpretar los “*signos de los tiempos*” y comprobar que la historia de la Iglesia avanza entre luchas.

Pero juntamente con el poder de la fe en la resurrección de Jesús y en el poder del amor, anuncia Pablo las luchas inevitables contra los poderes del mundo: por muchas tribulaciones conviene entrar en el Reino de Dios. El Reino de Dios no exime de las luchas; más bien las presupone. El mensaje anuncia una meta pero no elimina las piedras del camino.

Los cristianos hemos creído en el amor, hemos experimentado que Dios nos ha amado hasta el extremo, que nos ha dado la vida, nos llama por nuestro nombre y nos envía a ser colaboradores suyos. Es una experiencia radical de amor que nos sitúa en un horizonte nuevo. Vinculados a Dios y enviados a ser signos de su amor. Un amor que nos mostró Jesús en su cercanía a los necesitados, a los marginados y a quienes sufrían por cualquier motivo. Su entrega le llevó a dar la cara por el Padre Dios y la vida por los demás. El camino de su vida pareció terminar en su muerte en la cruz. Su resurrección certificó el amor de Dios... un amor que va más allá de la muerte.

A partir de ese momento los discípulos comenzaron a difundir la vida de Jesús, el Hijo de Dios. El Evangelio recorrió caminos y ciudades y muchas personas abrazaron la fe, se identificaron con Jesús y crearon nuevas comunidades cristianas. Gracias a ellos, nosotros hemos conocido al Señor.

Una historia de riesgos, compromiso, pasión y entrega: vivir, anunciar y testimoniar la fe. También nosotros estamos llamados a ser misioneros de un Dios que es amor, ternura y paz con todos; un Dios que se desvive por sus hijos y que nos lanza a vivir en el amor.

El camino de Jesús y de sus discípulos nunca ha estado exento de dificultades. Ni antes, ni ahora. Ninguna época ha sido favorable al desarrollo del Evangelio, aunque nos lo haya parecido. Pero nosotros, los seguidores de Cristo Jesús, trabajamos, como dice el Apocalipsis, por **«un cielo nuevo y una tierra nueva»**, nos comprometemos por un mundo como Dios lo ha soñado, sin discriminación ni discriminadores, sin víctimas ni verdugos, sin violencia ni opresores...; un mundo nuevo, para todos. Quizá nos resulte utópico, pero así fue la vida de Cristo Jesús. Es el proyecto de Dios y nuestra hoja de ruta.

Al escuchar estas lecturas nos preguntamos **¿qué podemos hacer personal y comunitariamente para recorrer este camino de fe y de compromiso?** El amor es servicio aun sin palabras. El amor es también perdón, respeto, tolerancia, convivencia, solidaridad. Pablo hace una glosa: **«No fomentéis la rivalidad, poneos de acuerdo y amaos mutuamente. No seáis egoístas ni dominantes. Cada uno considere superiores a los demás y nadie mire sólo a lo suyo»** (Fil 2,4). Traducir y concretar el amor de Dios en acciones que promuevan un mundo más humano.

Esta experiencia de amor y compromiso con la justicia, nos vincula, en un compromiso de fe que nos acerque a los desfavorecidos y, al mismo tiempo, no hace sentir que el protagonista de este camino es el Espíritu de Dios que nos da fuerza, nos alienta y guía nuestros pasos. Si nos dejamos llevar por Él, todo será posible.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 15, 1-2.22-29): *El Espíritu Santo y nosotros, hemos decidido.*

Salmo (66, 2-3.5-6 y 8): *«Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben»*

2ª lectura (Apocalipsis 21, 10-14.22-23): *Me enseñó la ciudad santa, que bajaba del cielo.*

Evangelio (Juan 14, 23-29): *El Espíritu Santo os ira recordando todo lo que os he dicho.*

La Resurrección de Jesús es motivo de plenitud y de confianza. Porque este es un hecho tan singular que es el sentido de la vida cristiana. No es posible reducir esta grandeza de Jesús a unos días: necesitamos toda la Pascua, que es como decir toda la vida, para aprender a vivir como resucitados. Llenos de alegría, aunque nos cueste. Esta fiesta de Dios en Jesús resucitado es una fiesta sin fin.

Ya sabemos que junto a la grandeza de Jesús está nuestra pequeñez humana. El deseo de destacar, de imponer nuestros criterios, de triunfar y aparentar... Y sabemos que la convivencia –que es una tarea y una posibilidad– es también costosa, porque nos cuesta mirar al otro para ayudarlo. Y así, la aventura de vivir, llena de grandezas, está también llena de pasos equivocados.

Algo así, en la convivencia diaria, les vino a pasar a los primeros seguidores de Jesús, como nos dice Hechos. Surgieron dudas, el querer imponer unos u otros criterios para seguir al Maestro. Pero fueron descubriendo, con esfuerzo, que tenían la fuerza del Resucitado, y que esto les lanzaba a romper posturas cerradas, a buscar lo importante por encima de las diferencias creadas. Pero hicieron suya una certeza: todos –judíos y griegos–, personas y pueblos, tenemos que vivir alabando a Dios Padre que rige el mundo con justicia.

La alabanza a Dios es la vida plena del hombre, poder estar con Dios con algo entre las manos. Bueno, con unas obras de misericordia tanto espirituales como corporales: *instruir, consolar, perdonar..., pero también dar de comer, vestir, ayudar.* La Jerusalén del cielo enviada por Dios no es para dejarnos tranquilos, ¡ya lo hará Dios!, sino para movilizar nuestra entrega. Somos testigos del Resucitado. La Gloria de Dios nos ilumina; no seamos opacos, de los que no dejan pasar ningún resquicio de luz.

Nunca ha sido fácil dar testimonio de Jesús, pero siempre hay quién lo ha hecho. Creyentes sencillos que hacen de su vida una Presencia de Amor. Y que están entre nosotros. Nos fijamos bien: si guardamos la Palabra de Dios (pero, ojo, no como un “depósito” cerrado, que justifique nuestra falta de entrega) el Padre nos amará, y hará Morada con nosotros. Este es Su deseo: habitar en nosotros, vivir con, hacer Familia. Sin morada, es decir, sin casa, sin protección, sin calor..., estamos despojados y vacíos. Pues Dios quiere hacer Morada, dice San Juan, una Morada donde nadie queda excluido, donde hay sitio para todos.

Dudas sí, problemas y fracasos también, pero siempre sin perder la confianza, audacia y entrega, porque Jesús resucitado no nos deja solos, y nos promete su Espíritu. Y esta Promesa siempre se cumple.

Jesús no entiende su despedida como tristeza porque su despedida es al mismo tiempo llegada, y es más importante la llegada que la despedida: *«El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él».* La ida de Jesús es al mismo tiempo llegada (íntima y personal) de la Trinidad. Por ella se convierte cada uno en misterio, en templo sagrado y objeto de meditación interior.

Si Dios habita en nosotros, nadie necesita hacer peregrinación ni al Tibet ni a Roma, nuestra relación con Él debe basarse en la intimidad de amor, y el cumplimiento de sus mandatos procede más de una exigencia interior que de una imposición desde fuera: *«El Espíritu Santo nos hará comprender todo».*

Nadie puede, por tanto, estar seguro de haber agotado la verdad, ni de estar en posesión de la mejor explicación posible de las palabras de Jesús. Hoy sabemos muchas más cosas que hace siglos y dentro de unos siglos sabrán más que nosotros. La fe y devoción se formula en dogmas y oraciones pero la “verdad” de la fe y de la devoción es otra cosa distinta de las fórmulas en que la expresamos. La acción del Espíritu lleva al conocimiento de la verdad completa. El Espíritu Santo nos hace razonables. El Espíritu Santo nos inicia en las cosas del espíritu, en las cosas de Dios. Muchas personas con escasa cultura pueden ser maestros en las cosas del espíritu y de Dios.

La mentalidad moderna nos hace especialmente sensibles a la realidad de la libertad. Primero para elegir y decidir por sí misma, y luego para reaccionar con alergia a lo que considera venir impuesto desde fuera. Sin excluir ni siquiera el Decálogo, por entenderlo como una imposición de Dios que dispone, impone, vigila y sanciona. Ser cristiano es seguir a Jesús tras una experiencia interior. El que ha tenido esa experiencia y ha oído la voz interior de Jesús, “libremente” organiza toda su vida según las exigencias de esa voz y “libremente” le sigue. Todo cambia. La obediencia se hace amistad, los mandamientos se convierten en consecuencia del amor.

Fue el amor lo que hizo a Jesús obediente hasta la muerte y Él nunca se sintió ni coaccionado ni esclavo sino perfectamente libre. Dios procede como buen educador: no control severo sino libertad responsable. No se es cristiano por creer en Dios sino por creer en Dios revelado por Jesús, que quiere establecer su morada en el corazón de los que creen. **De ahí nace la paz de Cristo que el mundo no puede dar.**

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Hechos 1, 1-11): *¿Qué hacéis mirando al cielo?*

Salmo (46, 2-3.6-7.8-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

2ª lectura (Efesios 1, 17-23): *Todo lo puso bajo sus pies.*

Evangelio (Lucas 24, 46-53): *Vosotros sois testigos de esto.*

En las últimas líneas de su evangelio, Lucas nos narra la última vez que Jesús resucitado se apareció a los suyos. Jesús comió con ellos y después les dirigió estas palabras que son un mini-resumen de su vida y su misión: Él es el Mesías, el ungido, el enviado por Dios. Sin la pasión y la resurrección no se entiende completamente la vida de Jesús. Y después de su resurrección empezará la llamada a los hombres para que se conviertan, para que vuelvan a Dios. En su nombre, se predicará también el perdón de los pecados.

En estas primeras palabras de Jesús dos detalles a destacar. En primer lugar, la expresión impersonal: *«se predicará la conversión»*. **¿Quién será el sujeto de esa predicación, quién la llevará a cabo? ¿Jesús?** No, Él ya no. Él regresa hoy a su Padre. Esa predicación se hará en su nombre y con la fuerza de su Espíritu, pero serán los suyos los que la tengan que llevar adelante. El segundo detalle es que esta predicación será a todos los pueblos. La Buena Noticia ya no se puede identificar con ningún pueblo determinado, es para todas las naciones.

Pero los discípulos no podrán emprender la misión de la predicación hasta que no hayan recibido lo que mi Padre ha prometido. Jesús se está refiriendo al Espíritu Santo. Jesús les pide que hasta que no lo hayan recibido no salgan a la misión. Hacer lo contrario sería ir a la intemperie, ir a predicar a Jesús sin tener a Jesús. Lección importante: no se puede ir a predicar a Jesús de cualquier manera. El testigo, el predicador, debe ser humilde, debe saber que actúa en nombre de Otro.

La reacción de los discípulos ante la marcha de Jesús es inesperada: se postraron para recibir su bendición y regresaron a Jerusalén con gran alegría y se dedicaron a bendecir a Dios. A lo mejor lo esperable hubiera sido que se pusieran a llorar, que quedaran sumidos en el dolor; pero no, se alegraron porque habían, finalmente, entendido correctamente a Jesús. Todavía no podían empezar a predicar, debían esperar el don del Espíritu santo, pero en los corazones de aquellos hombres no cabía ninguna duda. Sentían a Jesús tan profundamente como cuando lo habían acompañado por los caminos de Israel. Y eso, lo tenían que contar.

Parece que lo hemos olvidado, pero todavía estamos celebrando una gran fiesta. La gran fiesta de los cristianos, la Pascua. Y en ella celebramos la resurrección de Jesús. Jesús está vivo. La Palabra que hemos escuchado nos dice que Jesús ha subido al cielo y ahora vive junto a su padre Dios. Los discípulos que fueron testigos de este hecho nos lo cuentan. Dicen que: *«lo vieron ascender hasta que una nube lo tapó»*.

La Ascensión del Señor es nuestra garantía de futuro. Él se va una vez cumplida su misión abriendo rutas de la nueva vida. Y va a prepararnos un lugar porque donde está Él quiere que también estén los suyos (Jn 14,2-3). El ascender visiblemente no alude a un lugar espacial sino a un estado, una manera de existir y ser feliz sin condicionamientos.

Por tanto, la Ascensión de Jesús nos enseña que es mucho más que un mero hecho perteneciente al pasado. Se trata del feliz término del camino que Jesús concluyó y que todo humano debe recorrer hasta llegar a Dios. Ni el camino de Jesús ni el nuestro desemboca en la nada, en la sombra o en el absurdo, sino en la luz y plenitud de Dios. Ese destino debe ser elaborado en nuestro recorrido terrenal dando testimonio de la fe en Jesús: *«Seréis mis testigos, hasta los confines del mundo»*.

El mensaje de Pascua es: *«No busquéis a Jesús entre los muertos, sino entre los vivos»*. El mensaje de la Ascensión es: *«No os quedéis inactivos mirando al cielo, mirad a la tierra y desarrollad allí vuestra actividad ante todos los hombres»*. La respuesta victoriosa a los problemas que afligen al mundo no la pueden dar ni se encuentran en los discursos políticos, filosóficos o sociológicos. La respuesta tienen que darla los cristianos configurados con Cristo resucitado que viven su misma vida.

No hay muro de separación entre el allí y el aquí, entre el arriba y abajo porque la obra de Dios se desarrolla en dos etapas. Tras el *«Una nube lo ocultó de sus ojos»*. Nos hallamos en el estadio de *“creer sin ver”*. Y, después entraremos en la segunda etapa, vendrá la visión *“cara a cara”*.

Jesús glorificado sigue presente aunque invisible. Nos deja aquí como testigos o representantes suyos para *“cristianizar”* el mundo. La acción de la Iglesia en este mundo no puede entenderse como una organización sino como una transformadora obra del Espíritu para cambiar el mundo y entregárselo al Padre: *«Dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos»*.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2, 1-11): *Empezaron a hablar en lenguas extranjeras.*

Salmo (103, 1ab y 24ac.29b-30.31 y 34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 3b-7.12-13): *Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu.*

Evangelio (Juan 20, 19-23): *Paz a vosotros [...] Recibid el Espíritu Santo.*

«El Espíritu es el viento de Dios como fuerza del cosmos y como aliento del ser humano» (Francisco “*Laudato si*”). El Papa, fijando su mirada en Jesucristo, recuerda la relación estrecha que hay entre “viento” y Palabra o lengua. Cuando el hombre no tiene espíritu no puede hablar. Cuando el hombre no tiene palabra, no es hombre, está muerto. El don del Espíritu Santo es en “viento/aliento” y en “palabra/lengua”.

La Palabra de Dios (1ª lectura) expresa y manifiesta el don prometido por Jesucristo. Existe la tentación de quedarnos en los “*efectos especiales*”, como si se tratase de una película de Steven Spielberg. En realidad, la Palabra de Dios percibe una teofanía del Espíritu Santo.

Esta manifestación del Espíritu está expresada en ciertos signos: viene del cielo, es decir, de Dios Padre, que está comenzando a crear algo nuevo. Llena la casa. La presencia de Dios produce plenitud, creación, experiencia de vida; al mismo tiempo, santidad, sobrecogimiento, distancia y misterio. Lucas, subraya la glosolalia, el hablar en lenguas.

El Espíritu nos es dado por la Palabra, en orden a crear una nueva humanidad. La carta a los Corintios habla largamente de la glosolalia. Esta manifestación del Espíritu está creando una humanidad nueva. Humanidad nueva que el Espíritu va haciendo en Iglesia, cuya misión es universal y reconciliadora, ya que el Espíritu es mediación del perdón de los pecados para vencer la división que el pecado había producido. Frente al pecado, fuente de división, Dios ofrece a los hombres su Espíritu para reunificar y reconciliar.

Jesús entra en la casa con las puertas cerradas, saluda con la paz y les dice: *«como el Padre me ha enviado, así también os envío yo»*. y soplando sobre ellos dijo: *«Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados»*. Más que una comparación se trata de una equivalencia: Jesús trasmite la misión que Él ha recibido y esa misión consiste en el anuncio del perdón.

En síntesis, dos aspectos de una sola realidad: el don del Espíritu y el nacimiento de la Iglesia. Ambos aspectos, forman la unidad del misterio de Pentecostés, mediante los cuales Dios Padre cierra el ciclo de la comunicación Trinitaria de Dios.

No os pongáis tristes: *«Cuando me vaya os enviaré el Espíritu: no os dejaré huérfanos»* (Jn 14). **¿Cómo no pedir al Señor su Espíritu si, precisamente, vino para esto y ahí manifiesta su amor, en darnos el Espíritu del Padre?** El creyente vive de manera normal bajo la acción del Espíritu Santo. Quizá no siempre se para a distinguir, pero nota por dentro que el nivel de su conciencia humana ha sido dilatado, animado por una vida que, ciertamente, no le pertenece. De ahí nace una mirada diferente, otra profundidad al interpretar los acontecimientos.

Si esa oferta del Espíritu Santo se hace realidad, si recibimos de verdad el Espíritu, todo está hecho. Todo se resume en esa palabra: Espíritu, espiritualidad, vida según el Espíritu. Donde hay Espíritu hay libertad (2 Cor 3,17); los que se dejan conducir por el Espíritu son de verdad hijos de Dios (Rm 8,14). Esta ley interior es la que debe dirigir la conducta del creyente inspirándole el discernimiento del bien para optar libremente por él sin necesidad de ley exterior. Si el Espíritu vive en nosotros, nosotros vivimos como Él y hacemos sus obras si nos dejamos guiar por Él.

Cada persona es un mundo que, renovado o no, termina con su muerte. Es claro que en cada persona se producen cambios y mejoras importantes bajo las mociones del Espíritu. Ser cristiano es ya un cambio, una transformación con apertura al Espíritu a condición de vivirlo de manera consciente.

Es el Espíritu quien transforma el pan y el vino eucarísticos y puede también transformar el corazón si se le deja entrada y mano libre. Él nos ayuda a controlar progresivamente lo negativo de nuestras conductas para transformarlo en positivo. Poco a poco se va transformando nuestra mente para considerar las cosas de manera nueva, para ver el mundo con ojos nuevos según Dios, que se hace realidad en nuestra vida.

Contra las amenazas a la vida está la fuerza creadora del Espíritu. Frente a los odios, violencias y muerte, existe la otra cara de la realidad en los que se han llenado del Espíritu y se dejan guiar por Él: la masa inmensa de los pacíficos, de los que aman, de los que se solidarizan y comparten. Es una manifestación del Espíritu presente y activo en todo. Donde mejor se percibe la presencia del Espíritu no es en las teorías o sistemas de pensamiento sino donde hay seres humanos que sufren, aman, y tienen hambre de Dios.

La acción del Espíritu es invisible y solamente perceptible en sus efectos en situaciones concretas: el Espíritu es creador de vida. Dios nos ha dado la capacidad de amar y sentir el amor: el Espíritu es amor. Sabemos cuánto puede ayudar una palabra oportuna: el Espíritu es consolador... En todas las experiencias de la vida podemos conocer la esencia y actividad del Espíritu porque Él actúa en todo.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Proverbios 8, 22-31): *El Señor me creo al principio de sus tareas.*

Salmo (8, 4-9): *«Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra»*

2ª lectura (Romanos 5, 1-5): *La esperanza no defrauda.*

Evangelio (Juan 16, 12-15): *El Espíritu de la verdad os guiará.*

Ante una espléndida puesta de sol, ante la planta que florece, ante el nacimiento de un niño, ante la belleza del mundo, nos maravillamos. Y junto al asombro nos llega el pensamiento del salmista: **«¿Qué soy yo para que te acuerdes de mí, Dios mío?» ¿Quién soy yo para darme el poder de disfrutar de tanta belleza y también el poder para destruirla?**

A la vida la llamamos misteriosa porque nos maravilla, porque nos sobrepasa. Y sin embargo, por lo normal, nos olvidamos torpemente de preservar su belleza o nos aprovechamos intencionadamente de ella. A Dios también le llamamos misterioso, y su misterio se llama Trinidad. No nos sobrepasa un problema lógico o matemático (tres que son uno), sino saber que el mismo Dios que nos ha creado junto a toda la belleza del universo haya querido, en su Hijo, perdonar nuestros torpes olvidos e intencionados provechos, y permanecer en su Espíritu una y otra vez junto a nosotros, anunciándonos así la misteriosa verdad que fue, es y está siempre por venir.

Ahora bien, los mismos que una o mil veces nos maravillamos, otras tantas nos desesperamos ante lo absurdo, lo trágico, lo inútil y horrible que contiene igualmente el vivir. Ante tales tribulaciones o bien podemos partir la realidad en dos: entre su fealdad invivible y su belleza; o bien podemos reconocer que el misterio trinitario de Dios es la verdad de la realidad de cada día y el auténtico misterio que habita la vida.

Las primeras comunidades cristianas, como relata la segunda lectura, tomaron esta segunda opción: reconocer que la fe da sentido a la fealdad porque en ella reside la esperanza en que el amor del Dios Padre, Hijo y Espíritu lo puede todo y nunca defrauda. En su carta encíclica *Laudato si*, el papa presenta a san Francisco de Asís como el modelo de cristiano y orante que así lo hizo.

San Francisco como nadie reconoció que el misterio divino de la fe, la esperanza y el amor es lo más real de un mundo difícil a veces de encarar. A su luz la preocupación por preservar la belleza de lo creado, la justicia comprometida por los más pobres y la paz interior se anudan en una experiencia de vida y oración singular. **«Orar para vivir y vivir para orar».**

Todos estamos llamados a seguir este modelo de una u otra forma; incluyendo a quienes están vocacionados a orar y maravillarse de forma contemplativa ante el misterio de Dios y de la Vida, que así nos enseñan a orar para vivir desde la verdad del misterio.

La grandeza del misterio no lo aleja ni excluye de nuestra vida. Son precisamente los momentos que más caracterizan y marcan la vida de la fe los que más explícitamente se administran en el nombre y la invocación de este misterio.

El comienzo de esta vida en el bautismo se administra en el nombre de Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En el sacramento de la reconciliación se perdonan los pecados también en el nombre de la Trinidad, y ese nombre invocamos al comenzar la celebración de la eucaristía, misterio de fe.

Lo que se afirma de Dios en general, se puede afirmar igual o más apropiadamente de este misterio en particular del que, sin la revelación, nunca habiéramos podido sospechar nada. Entonces ¿callar, aceptar y adorar en silencio? Equivaldría a despreciar, por inútil, la revelación de Dios. Si Dios se revela es porque esa revelación implica ilustración o consecuencias para la vida de la fe. Al revelarse nos invita a entrar en su misterio y descubrir en él mucho más que un juego de cifras.

Los teólogos se han esforzado por esclarecer el misterio con conceptos y comparaciones. San Patricio, apóstol de los irlandeses, lo popularizaba con la conocida comparación del trébol: **«tres hojas distintas en un solo tallo, como las tres personas en una naturaleza».**

Lo que permanece abstracto en el análisis se hace concreción gratificante en la meditación personal porque demuestra que el amor y providencia de Dios no es un episodio transitorio en la Historia de la Salvación, personal y en la del mundo, sino presencia permanente.

Creer en Dios Padre significa confesar la grandeza de Dios que quiere comunicarnos su vida. En el A.T. se revela como Padre que lleva a su pueblo en el corazón, lo libera de la esclavitud, lo protege en los peligros, establece con él una alianza y por amor le envía a su propio Hijo para que lo salve.

Creer en el Hijo es confesar que Jesús como Hijo de Dios encarnado para compartir nuestra vida temporal y garantizar nuestra vida eterna. En Jesús reconocemos el argumento del amor de Dios. Y, creer en el Espíritu Santo significa el reconocimiento agradecido de la presencia activa de Dios en el mundo, que ayuda a hacer realidad la obra de Cristo en el presente y estimula la esperanza en el futuro.

Todo esto son pistas o indicios que introducen en el misterio de Dios en relación con nuestra vida y proyectan sobre ella su inefable amor.

EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Génesis 14, 18-20): *Sacó pan y vino y lo bendijo.*

Salmo (109, 1b-4): *«Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec»*

2ª lectura (1ª Corintios 11, 23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Lucas 9, 11b-17): *Comieron y se saciaron.*

En medio de la dureza de la vida, tomamos el pan y celebramos la vida con todas las contradicciones, anhelos y temores que los humanos sentimos. En una tierra que se llama Salén, (Paz), Abrahán tiene que combatir para liberar a su familia. Como nosotros, todos debemos superar dificultades. **¡La vida, a veces, cansa!**

Lucha, esfuerzo, tarea significados en los símbolos de las tres lecturas de hoy. El pan, símbolo del esfuerzo de cada día, genuina expresión del trabajo, anhelo angustioso de quien tiene hambre, búsqueda simbólica de todos los humanos, necesitados y hambrientos de tantas cosas, es el signo que, sobre el altar, hace presentes a todos los que en la vida buscan energía para el camino, ánimo para el esfuerzo, alimento para la esperanza y aliento para el cansancio.

Pero el pan es el signo que Jesús eligió para expresar su cercanía solidaria con todos nosotros, hambrientos de perdón y esperanza, privilegiados por disfrutar su comida y seguros de vivir en la confianza del amor incansable del Padre. Cansados tantas veces, exhaustos de buscar un mundo más acorde a nuestras hambres o desorientados sin saber adónde ir. Este pan, tan significativo de nuestra propia vida, es el signo de Dios que se hace pan para llenar espacios interiores vacíos de sentido.

Nos une esta tradición ininterrumpida desde el comienzo. En una fe con muchos añadidos secundarios, esta es la celebración identitaria, la única que podemos llamar propiamente cristiana. La que tomando como referencia algo tan universal y humano como juntarse a comer, hizo de este gesto el acto religioso por excelencia. Allí donde los humanos nos reunimos, allí mismo y con el mismo material, tan vivo y tan humano, Dios se hace presente y se significa.

Dios es como el pan y es el pan. Buscado por todos los hambrientos de todas las hambres. Alimento que da ánimo y aliento en los itinerarios cansinos de una vida que exige mucha energía interior.

A lo largo de la Historia, multitud de caminantes como los del evangelio, se han encontrado con Él y se han visto saciados por la alegría de lo recibido. En el sencillo gesto de la Eucaristía y en el signo del pan compartido, seguimos encontrando a quien multiplica nuestra energía y nuestra vista. Porque en el pan no está solo la harina que el trigo nos ha elaborado, están los necesitados de un mundo que sigue batallando. Está Dios que se identifica con nosotros, nuestros esfuerzos y nuestras necesidades. Necesitamos limpiar los cristales con los que miramos la vida y penetrar en las honduras de todo. Allí están las sorpresas que desvelan la vida y dan fuerza para seguir.

La reflexión sobre el milagro de los panes se puede hacer a diferentes niveles y orientar nuestro pensamiento en diferentes direcciones. Se puede ver primero como signo, una prueba incontestable del poder sobrehumano de Jesús y de su amor, puestos ambos a disposición de los necesitados: ***«me da pena de esta gente porque tienen hambre y pueden desfallecer por el camino»***.

Podemos establecer legítimo paralelismo con el maná del desierto sacando como conclusión la limitación del hombre necesitado y dependiente de la providencia amorosa de Dios. **¿Hay en el maná un preámbulo de eucaristía?** Los israelitas del desierto comieron de aquel pan y no murieron: ***«El que come este pan vive para siempre»***. Con este pan de su cuerpo sigue alimentando Jesús en todo el mundo a miles y millones hambrientos de vida eterna a lo largo de las etapas del desierto de la vida.

Pero si la reflexión espiritual queda en contemplación gozosa, nos hacemos espectadores de un fenómeno que está reclamando además acción. Con gran sentido de solidaridad un joven puso los cinco panes que tenía a disposición de todos, los apóstoles pusieron sus personas y el Señor puso su poder: ***“Todos comieron hasta saciarse y sobró comida”***.

«Dadles vosotros de comer». Vivimos en un mundo donde millones de seres humanos se acuestan sin cenar (mueren de hambre) y ante este hecho real nos sentimos, como los apóstoles, sin medios suficientes. En consecuencia, se puede optar falsamente por decisiones más fáciles y cómodas, desentenderse del problema y despachar a los hambrientos para que se busquen su vida.

El problema del pan y de *“las mesas”* es desde antiguo un problema de Iglesia. Y puesto que ***«no sólo de pan vive el hombre»***, el problema se bifurca en la manera de dar de comer al cuerpo y al espíritu: al cuerpo organizando las mesas por medio de todas las instituciones benéficas; y al espíritu exponiendo adecuadamente la Palabra de Dios y completando las enseñanzas con la distribución del pan de vida de su cuerpo.

DOMINGO XIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19, 16b.19-21): *Eliseo se levantó y marchó tras Elías.*

Salmo (15, 1-2a y 5.7-8.9-10.11): *«Tú, Señor, eres el lote de mi heredad»*

2ª lectura (Gálatas 5, 1.13-18): *Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado.*

Evangelio (Lucas 9, 51-62): *Te seguiré adonde vayas.*

Lucas da una gran importancia a la decisión de Jesús de «*subir a Jerusalén*»: es el símbolo de la ascensión hacia la cruz y hacia la resurrección; es el símbolo del mesías que camina entregando su vida. Desde entonces, el camino a Jerusalén también será símbolo del seguimiento de los discípulos de todos los tiempos. Así lo entendió Lucas y así lo escribió para aquellas primeras comunidades cristianas que realizaban el difícil tránsito de salida desde la cultura judía hacia la cultura griega.

«*Subir a Jerusalén*» también simbolizaba la salida de aquellas primeras comunidades: significaba pasar de lo viejo hacia lo nuevo; de la seguridad de lo conocido a la inseguridad que produce un nuevo modo de entender y vivir la fe. También nosotros, los cristianos de hoy, estamos llamados a un cambio en fidelidad a Jesús, y significativo para los hombres contemporáneos nuestros.

Jesús no es del pasado. Como entonces, hoy sigue pasando por aquí, por esta historia nuestra, camino de Jerusalén. Su paso siempre trae consigo una llamada a la conversión. «*Sígueme*», nos vuelve a decir. **¿Qué haremos?** Podemos acoger o podemos rechazar su propuesta, como los samaritanos; podemos dejarnos llevar por el mismo Espíritu que le impulsó a Él o podemos quedarnos encerrados en viejos esquemas mentales e instalados en cómodos modos de vivir, como aquellos primeros discípulos.

Pero, también podemos tener la valentía de decirle: «*te seguiré, Señor*»; y la humildad para escuchar de sus labios las mismas de aquella hora: «*el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza*», «*el que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es apto para el Reino de Dios*».

Jesús nos desafía. En la vida cristiana solo Él merece la pena. Solo a Él hemos de seguir. Todo lo demás vale en cuanto nos ayude a caminar junto a Él. **¿No tenéis la sensación de que la vida cristiana la hemos llenado de «cosas», como las casas las vamos llenando de cosas, y hemos ido perdiendo la simplicidad y radicalidad de los inicios?** Jesús no es uno más en la casa de la Iglesia. Él es el centro, el sentido, la medida.

¿Se nos pide ser héroes? ¿El seguimiento es solo para unos valientes? ¿Solo para los más entregados? Desde luego que no. El Evangelio solo nos pide que nos tomemos en serio a Jesús, que escuchemos con atención sus palabras, que contemplemos con admiración su camino lleno de misericordia y que pongamos en juego nuestros talentos y nuestros panes y peces. Él los multiplicará.

Dios quiere siempre servidores libres porque ante Él vale más un acto de amor que todos los servicios posibles arrancados con amenazas. Jesús busca seguidores libres incondicionales, dispuestos a la entrega total, al cumplimiento de la voluntad de Dios como lo hizo Él mismo. Si las condiciones exigidas parecen duras, detrás de estas exigencias hay una gratificante promesa: «*a vosotros que me habéis seguido os daré ciento por uno y la vida eterna*» (Mt 19,27). «*Vosotros que habéis permanecido en mis pruebas, estaréis conmigo en mi Reino*» (Lc 22,28). El seguimiento de Jesús es, por tanto, desconcertante y razonable, es un peso de responsabilidad y al mismo tiempo alivio de seguridad.

Cualquier dificultad de interpretación en las condiciones puestas a los candidatos al seguimiento se esclarece y suaviza con el episodio de Santiago y Juan, que acompaña la narración de Lucas. Estos hombres piden castigo y Jesús es también duro y exigente con ellos. Los discípulos lo han dejado todo y le han seguido pero todavía no conocen bien, ni han asimilado el nuevo espíritu que debe regir las relaciones humanas entre individuos y colectividades: mansedumbre en vez de ira, amor en lugar de violencia.

Los compromisos de la fe nunca pueden entenderse como una actividad marginal u ocupación secundaria que se puede aceptar o desechar sin ulteriores consecuencias. La fe exige un *sí* claro y sin ambigüedades, porque poner condiciones es limitar el alcance de esa fe. Este *sí* se aprecia cuando se vive la fe en toda la radicalidad del seguimiento. No es violencia ni venganza; no es la comodidad que ofrece la seguridad de las cosas distintas de Él; es seguimiento generoso y libre nutriendo diariamente el espíritu con el alimento de sus palabras.

Cómo no seguirte, Jesús, si eres tú lo mejor que he conocido.

Cómo no seguirte, si llevo grabado tu nombre en mi corazón y en mi mente.

Cómo no seguirte, Jesús, aunque sea en la distancia, con frialdad y a regañadientes.

Cómo no seguirte, si eres tú la mano que me acaricia y el perdón que me levanta.

Cómo no seguirte, Jesús, si te veo ir delante del pueblo levantando a los caídos, y sanando las heridas.

Eres tú quien cada mañana y cada tarde me llamas y me invitas: sígueme.

¡Cómo no seguirte! (Javier García)

DOMINGO XIV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66, 10-14c): *Alegraos de su alegría.*

Salmo (65, 1-3a.4-5.16 y 20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

2ª lectura (Gálatas 6, 14-18): *La paz y la misericordia de Dios venga sobre todos.*

Evangelio (Lucas 10, 1-12.17-20): *Rogad, pues, al dueño que mande obreros.*

Jesús envió a un grupo numeroso a anunciar el Evangelio y los hizo participar de su misión. Desde el comienzo de su enseñanza el Maestro va preparando a sus seguidores para que reciban su testigo y, superando cualquier dificultad que encuentren, lleven su mensaje hasta los confines del mundo, hasta las periferias, hasta lo más profundo del corazón de cada persona. Los apóstoles son aquellos que han sido enviados por Jesús. Cada uno de nosotros también somos apóstoles, mensajeros, enviados y participamos de la misión de Cristo.

El apóstol no se apoya en sus propias fuerzas ni en sus propios recursos para anunciar el Evangelio. La talega llena, la alforja repleta y unas buenas sandalias, como dice el texto del evangelio, no son garantía de fecundidad. La fuerza viene del poder del mensaje y del envío de Jesucristo. No ponemos la confianza en la abundancia de recursos materiales, sino que la ponemos en el Señor. Cuando vibramos con su Palabra, cuando nos dejamos cautivar por su mensaje y vivimos con autenticidad nuestra vocación cristiana..., entonces somos fecundos.

Anunciar el Evangelio es vivirlo, seguir los pasos de Jesús y reproducir su mensaje en nuestra vida: *«Francisco de Asís hizo crecer la fe, renovó la Iglesia; y al mismo tiempo renovó la sociedad, la hizo más fraterna, pero siempre con el Evangelio, con el testimonio. ¿Sabéis qué dijo una vez Francisco a sus hermanos? “Predicad siempre el Evangelio y si fuera necesario también con las palabras”. Pero, ¿cómo? ¿Se puede predicar el Evangelio sin las palabras? ¡Sí! ¡Con el testimonio! Primero el testimonio, después las palabras».* (El papa Francisco, “Encuentro con los jóvenes”)

Es un gozo descubrir los signos de la presencia de Dios que suceden a nuestro lado. Quizá no sean grandiosos ni siquiera evidentes, quizá haya quien no los reconozcan como tales o piense que se deben al azar o a la fortuna, sin embargo Jesús nos recuerda los signos que acompañan a aquellos que viven y muestran el Evangelio: La alegría que aporta acoger el Evangelio y seguir los pasos del Señor; el gozo que supone participar en la vida de la Iglesia y comprometerse por los demás; la gratitud de tantos testimonios personales y la grandeza de pequeñas (y grandes!) acciones que colaboran en edificar un mundo más humano. Son los signos de Dios que se manifiestan en la vida de los creyentes y de la Iglesia y que nos acompañan siempre en el anuncio del Evangelio.

Dios ha querido necesitar de hombres para salvar a los hombres. La obra de la salvación es como una abundante cosecha que, nadie solo ni pocos solos pueden realizar: **es obra de todos**. La evangelización es corresponsabilidad y colaboración, cada vez más necesaria por cuanto que, cada vez, escasean más los “profesionales”-misioneros-de la evangelización y la “mies” se hace cada vez más diferenciada.

La sociedad de consumo aleja a muchos del “consumo” de Dios. Hay, sin embargo, razones para un fundado optimismo. Si en occidente decrece el número de vocaciones, en conjunto, dentro de la universalidad de la Iglesia, crece, año tras año, en los países que llamábamos de misión.

El Reino de Dios tiene sus desconcertantes paradojas: es asesinado pero vive, se le persigue y oprime pero se revigora en la persecución. El Reino de Dios es simultáneamente debilidad y fortaleza: **la debilidad humana con la fuerza de Dios**. Es necesario comprenderlo: *«Si sólo se ve bien con el corazón porque lo más esencial permanece oculto a los ojos»*, en esta realidad espiritual hay que traducirlo diciendo que: *«Sólo se ve bien con los ojos de la fe porque las cosas del Espíritu permanecen ocultas a la razón»*.

Jesús envía a sus discípulos como ovejas entre lobos. Obispos, religiosos, seglares son perseguidos y asesinados por ser testigos del Evangelio y practicar sus virtudes. La Iglesia y el mundo necesitan hombres y mujeres que acepten ser enviados a llevar alegría y esperanza con su acción evangelizadora. La evangelización debe implantarse en la vieja cristiandad anunciando el Reino de Dios en todas las manifestaciones de la vida: la vida familiar, social, política y cultural. No se puede, en estos tiempos, limitar al número de comprometidos directamente a estamentos eclesiásticos. **“Todo cristiano está obligado y debe implicarse en el compromiso de evangelizar”**.

Ya no hay “predicadores ambulantes, ni misioneros populares”. La sociedad actual no está abierta a esta clase de anuncio. El lenguaje más normal y universal es una vida consecuente con los principios de la fe, sin complejos ni timideces, nutrida de la palabra y sacramentos de Cristo. Porque nadie puede dar lo que no tiene. Por eso nos reunimos los domingos, para celebrar la presencia de Dios entre nosotros, dejarnos llenar de Él y ser enviados por Él a anunciar su presencia en la vida diaria: **“Ser cristiano es sentirse parte activa de la comunidad, poniendo a disposición de los demás todo cuanto hemos recibido”**.

DOMINGO XV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 30, 10-14): *Escucha la voz del Señor.*

Salmo (68, 14 y 17.30-31.33-34.36ab y 37): *«Humildes, buscad al Señor y revivirá vuestro corazón»*

2ª lectura (Colosenses 1, 15-20): *Todo fue creado por Él y para Él.*

Evangelio (Lucas 10, 25-37): *¿Y quién es mi prójimo?*

El buen samaritano tiene muy buena imagen: es un hombre de corazón, bueno, ejemplar. En tiempos de Jesús no era así. La palabra “samaritano” sonaba como palabra malsonante, fuera de tono, desafinada, como referencia a un ser perteneciente a otra raza o casta inferior, despreciada, no incluida por los judíos en el concepto de la palabra “prójimo”.

Pero este hombre, real o simbólico creado por Jesús como vehículo pedagógico de sus enseñanzas, viene anunciando, de manera irrefutable, en qué consiste el verdadero amor y quién es para quién el verdadero prójimo. Jesús perfecciona la letra de la ley antigua llenándola del espíritu de la nueva ley del amor.

Si Jesús enseña que cualquier hombre necesitado es nuestro prójimo, el Deuteronomio añade que no es necesario ir lejos: Tíbet, Egipto, Atenas o Roma, ni enrolarse en movimientos esotéricos para descubrir el contenido de la Ley y cumplirla. La ley reside en el interior de cada uno y se concibe como un principio inspirador de la actividad exterior: letra y espíritu juntamente.

Según el Deuteronomio la infidelidad del pueblo trae como consecuencia su ruina, mientras que el arrepentimiento consigue la renovación porque procede del corazón donde ha sido aceptada la voluntad de Dios, manifestada en los preceptos de la ley. Esta ciencia no habita más allá de los mares. Bajó del cielo y se encarnó en el corazón de cada hombre, ley interior, que clasifica y dicta la bondad o maldad de las acciones exteriores: es la voz de la conciencia.

La Palabra de Dios nos llama a escuchar la voz del Señor. Pero es una escucha activa, de ahí las dos dimensiones de la acogida: guardar Sus preceptos y convertirse a Dios. **¿Quién puede hacer, en verdad, esto?** Pues todos y cada uno de nosotros, porque Dios Padre nunca nos pide nada imposible: **«Su Mandato está dentro de cada uno y nos llama a cumplirlo»**. Esto es lo que pedimos también en el Padre Nuestro: que se cumpla Su voluntad (la vida del hombre).

Jesús nos llama muchas veces a esta escucha/acogida de la Palabra, que es guía y luz para caminar: **«dichosos los que escuchan la Palabra y la cumplen»**, nos dice. Por algo de Jesús queremos que marque nuestra vida cristiana, es la Cabeza de la Iglesia. Esta es la plenitud de Dios: Jesús, que se abaja, se hace servidor, humilde, hasta dar la vida. Jesús se vacía de sí mismo para llenarnos de vida.

En esto de acoger/vivir la Palabra solemos hacer/poner algunos trucos: que si hay que “interpretar”, que si esto es “para los demás”, que si es un mensaje que hay que actualizar... ¡¡Apaños caseros!! También aquel maestro de la Ley que acudió a Jesús parece que no sabía muy bien qué hacer **«para poner a prueba»** a Jesús; le pregunta qué hacer para heredar la vida eterna. Se le olvidaba, entre otras cosas que las herencias se reciben, no se ganan por hacer esto o lo otro (por lo general). O sea, que la “vida eterna” no se consigue solo con “hacer cosas”, como si hubiera que ir ganando “puntos” en la vida para que luego Dios los “cambie por”. No, la vida eterna, la regala nuestro Buen Padre.

Y otra vez la respuesta de Jesús: **«Solo hay que cumplir la ley de Dios»** en su doble dimensión, en el amor a Dios y al prójimo. Nuestro Dios es el de las personas, y nunca se puede separar a Uno de los otros. Sí, pero **¿quién es mi prójimo?** Jesús no lo puede dejar más claro: prójimo es toda persona, de modo especial el que sufre, el que se siente solo, el que está necesitado.

La parábola no tiene desperdicio: el hombre herido al borde del camino, abandonado a su mala suerte. Y un extranjero (un samaritano) no le da recetas, ni palabras sin vida... No. Se compromete con él, esto es, practica la misericordia.

La misericordia no es solo un sentimiento, ni una idea: es un obrar, un practicar (el diccionario dice que “practicar” es: ejercitar, usar, ejecutar, llevar a cabo...). Y eso hizo aquel samaritano, fijaros bien en los verbos: le dio lastima, se acercó, vendó sus heridas, lo montó en su cabalgadura (vamos, que se bajó él para subir al otro), lo llevó a la posada, lo cuidó, sacó dos denarios, se comprometió a volver, y puso todo lo suyo para ayudar al otro. Esto, y no otra cosa, es practicar la misericordia. Esto es seguir a Jesús. Ojalá le escuchemos cada uno de nosotros y pueda decirnos: **¡anda, haz tú lo mismo!**

DOMINGO XVI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 18, 1-10a): *Haz lo que dices.*

Salmo (14, 2-3ab.3cd-4ab.5): «*Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?»*

2ª lectura (Colosenses 1, 24-28): *Cristo es la esperanza de la gloria.*

Evangelio (Lucas 10, 38-42): *Andas inquieto y nervioso con tantas cosas.*

Una conclusión fácil de este evangelio sería entender que Jesús contraponen la actitud de Marta con la de María, nos equivocaríamos. No hay que entender que debemos ser Marías y no Martas. No sería justo derivar de este evangelio que lo único válido es la contemplación y no la acción.

En el evangelio de hoy nos falta Lázaro, pero a los tres hermanos que vivían en Betania –muy cerca de Jerusalén– sabemos que Jesús los amaba sinceramente, así lo dice el Evangelio: «*Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro*» (Juan 11,5). Eran sus amigos y Jesús cuando iba a Jerusalén paraba en su casa.

El pueblo judío era un pueblo muy acogedor con los huéspedes o visitantes. Desde los tiempos de los patriarcas, cuando Israel no era un pueblo propiamente y no tenía una tierra propia, existía la ley de la hospitalidad. Por la cual, todo huésped o caminante debía ser tratado con la máxima atención y después ser ayudado para seguir su camino. Marta recoge aquel espíritu de hospitalidad y quiere ofrecer al Señor lo mejor.

Por eso se afana en disponer las cosas para que no le falte de nada. Y aquí, no hay nada que reprocharle a Marta. Por tanto, la acogida, la hospitalidad y el servicio no son puestas en entredicho por Jesús. Teniendo esto muy presente, podríamos pensar que la clave de este evangelio no está ni en la actitud de Marta ni en la de María, sino en un elemento que es mencionado muy rápidamente y que, sin embargo, es fundamental.

Sí, se trata de la Palabra de Jesús. El caso es que Jesús ha entrado en casa de Marta y María y está predicando, en este caso, ante personas que quiere. **¿Qué hace entonces Marta que no está escuchando a Jesús? ¿No ha caído en la cuenta de que Jesús quiere antes que lo escuche?** Quizá (con toda seguridad) después de escucharlo el servicio le resultaría menos pesado. En cambio, su hermana María, ha adoptado la actitud del discípulo (sentada a los pies del Señor) para escuchar atentamente todas y cada una de las palabras del Señor.

Podemos hacer obras de caridad, de misericordia, de servicio a los pobres, podemos trabajar desde el compromiso social, lo podemos hacer, incluso, en el nombre de Jesús, pero sin escucharlo a Él. Sin llevar vida de oración. Sin vivir los sacramentos. Pero podemos hacer también lo contrario. Escuchar a Jesús, vivir en intimidad con Él y eso, seguro, hará que todo nuestro obrar sea más auténtico.

Cicerón, filósofo y orador romano, comparando las costumbres entre griegos y romanos decía: Los griegos llaman a sus banquetes *simposio* (con-beber), mientras que los romanos los llamaban *convivium* (con-vivir), dando la razón a los romanos porque lo principal no es lo que se come y se bebe sino el intercambio humano, espiritual de la conversación.

Mejor es una conversación animada junto a una mesa sencilla que una mesa desbordante pero sin ninguna otra cosa que comunicar. Así sucede en nuestros encuentros y relaciones con Dios. En el episodio de Betania en casa de Marta y María se encarnan dos estilos, dos maneras de vivir las relaciones con Dios.

Desde antiguo se ha visto en estas dos mujeres las diferencias entre acción y contemplación religiosa, dos actividades necesarias que deben ser integradas. Jesús no opone sino que integra, estableciendo un principio de valoración preferencial para la oración. Acción y contemplación no son dos alternativas sino dos cosas simultáneamente necesarias.

Hay que guardarse mucho de ver el contacto con Dios como algo marginal o secundario en la vida. Nuestras celebraciones exigen adecuada preparación y orden. En ellas hay elementos que pertenecen a la ocupación (Marta) y son necesarios. Pero sobre todo debe prevalecer la preparación interior, comunicación espiritual haciendo silencio en el alma y creando en ella la paz necesaria para oír la Palabra. Esto lo había entendido María y debe entenderlo también Marta.

Si la eucaristía es un encuentro con Dios, **¿qué preparación y actitud es la más importante, “la parte mejor”?** No podemos olvidar que la fe viene por el oído (Rm 19,14). Y Jesús ratifica: «Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra» (Lc 8,21). No podemos olvidar tampoco que en los encuentros con Dios somos ante todo receptores.

Podemos traer las manos llenas de deseos que vaciar ante el Señor, y dejarlas abiertas y vacías para que Él las llene. Oír sus palabras es ya una manera de recibir. Según Jesús es también «*lo único necesario*». Porque el que no escucha a Dios, tampoco va dispuesto a dejarse “llenar” por Él.

DOMINGO XVII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 18, 20-32): *No se enfade mi Señor si sigo hablando.*

Salmo (137, 1-2a.2bc-3.6-7ab.7c-8): *«Cuando te invoqué, Señor, me escuchaste».*

2ª lectura (Colosenses 2, 12-14): *Dios os dio vida, perdonándoos los pecados.*

Evangelio (Lucas 11, 1-13): *Señor, enséñanos a orar.*

La fe de Abrahán se le valora (o computa) como justicia, en cuanto obediencia de fe a Yahveh. La disputa que mantiene Abrahán con Yahveh a propósito del castigo de Sodoma, se encuentra en un marco judicial. Pero la función de los tribunales locales era, a menudo, examinar el comportamiento de un hombre sobre la base de su fidelidad comunitaria y declarar su inocencia o punibilidad.

El pecado de Sodoma y Gomorra es la violencia que destruye las relaciones comunitarias. Las diez personas que busca Dios en Sodoma y Gomorra son personas solidarias, capaces de edificar la comunidad renunciando a la violencia.

Abrahán se atreve a interceder por Sodoma porque confía en Dios. Las lecturas de hoy ponen de manifiesto la necesidad de la oración. Pero **¿por qué nos cuesta tanto a los cristianos orar?** La dificultad de la oración está en el corazón. Quizá no somos conscientes, pero en la actualidad, al presentar una imagen de Dios más plausible y gratificante, no nos damos cuenta de que lo gratificante no enseña confianza.

“La confianza en Dios presupone una historia de relación. Y en toda relación no solo existen momentos gratificantes, sino también conflictos (pecado, amenaza de pérdida, la libertad del otro que me impide pretender manipularlo...). Cuando nos atrevemos a vivir el conflicto y, en él, experimentamos su incondicionalidad, entonces la confianza se constituye en base de la relación y la comunión real (no ideal) permite caminar juntos y promover al otro en cuanto otro, manteniendo cada uno su identidad propia”. (José Ignacio Blanco)

En la Iglesia no son pocas las escuelas y métodos de oración. Pero la oración cristiana no se mide por el tiempo que dedico a ella. El tiempo dedicado puede servir al principio como método de disciplina. Pero la oración cristiana se mide por el grado de fe, esperanza y amor con que me dirijo a Dios. Y eso exige algo más profundo que el tiempo: la apertura de mi corazón a Dios y al prójimo. Si estoy en pleno éxtasis de oración y hay un pobre que llama a mi puerta, no cambio a Dios por el pobre. Cambio a Dios por Dios.

Jesús nos enseña y nos manda pedir Con confianza total porque sabe que tenemos la tentación de controlarlo todo. Hay mucho racionalismo en los cristianos. Y el colmo es decir que no pido nada a Dios porque Él ya sabe lo que necesito y, de paso, la ciencia se ha encargado de decir que Dios no interviene. ¡Qué poca fe! Y la falta de fe expresa un profundo infantilismo. ¿Qué imagen de Dios tiene el que niega la oración de petición? Desde luego, no tiene la de Jesús que no tenía nada de infantilismo.

Jesús dio un modelo de oración formulado y repetido por en la Iglesia por todos los creyentes desde sus orígenes y es la oración universal para todos los hombres que creen en algo superior. Desde una perspectiva universal, la palabra “padre” aplicada a Dios, puede servir bien de invocación a todos los hombres de todas las religiones.

El **«Padrenuestro»**, es efectivamente la oración de todos y para todos. Nada hay en ella que impida recitarla a un musulmán, judío, budista, católico o protestante. Sólo se requiere “creer”. Esa oración nos hace tomar conciencia de nuestra condición, origen y destino, y del camino que debemos seguir para llegar a Él.

No es una fórmula fría. La oración del Señor expresa las más hondas aspiraciones del corazón y las elementales necesidades que tenemos en cuanto a hijos de Dios. Compromete al ser humano en su totalidad con alma y cuerpo. Tiene por contenido la alabanza confiada y familiar de Dios junto con la llegada de su Reino como petición principal y expone con realismo las necesidades humanas.

A la oración hecha así promete Jesús eficacia aunque no sea de inmediato ni según la formulación de nuestros deseos. La oración del Señor, como respuesta a la petición de los discípulos, tiene por contenido la alabanza confiada de Dios.

El Padrenuestro es la oración de la fe: en un Padre del cielo que hace a todos los hombres hermanos.

Es la oración del amor: santificado sea tu nombre.

De la sumisión confiada: hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

De la confianza total: danos el pan de cada día.

De la humildad: perdónanos nuestras ofensas como nosotros también perdonamos.

Y de la esperanza: no nos dejes caer en la tentación.

Es necesario orar, la oración es una formidable fuerza espiritual que está en todo momento a disposición nuestra. La oración desencadena una enorme energía espiritual que nos hace lograr lo que por otros medios es imposible y que solemos llamar “milagros”.

La oración consiste en relacionarse con Dios reconociendo su paternidad, nuestra dependencia y su amor.

DOMINGO XVIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23): *Todo es vanidad.*

Salmo (89, 3-4.5-6.12-13.14 y 17): *«Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación».*

2ª lectura (Colosenses 3, 1-5.9-11): *Buscad los bienes de allá arriba.*

Evangelio (Lucas 12, 13-21): *Guardaos de toda clase de codicia.*

El Evangelio relata la parábola de aquel hombre avaricioso que no podía comprarse la vida con su fortuna. La historia se repite hoy a pequeña o a gran escala de forma que, si somos sinceros, no nos costaría mucho identificarnos con este hombre: ciudadanos de un país rico, ambiciosos por tener siempre un poco más (desde un puesto de trabajo mejor remunerado hasta el deseado golpe de suerte en la lotería) y, sobre todo, siendo consumidores empedernidos: nuevo jersey, nuevo móvil, nuevo coche, nuevo piso...

Con razón algunos dicen que vivimos en la época del hiperconsumo: la adquisición de algo nuevo no responde a una necesidad básica y tampoco al deseo de disfrutar de lo que se compra, sino a una necesidad más bien compulsiva de poseerlo por la sencilla razón de que es nuevo. Las marcas se sirven de esta patología colectiva del «consumo de novedades», y la propician para ganar dinero. Las personas se someten a ella y a sus síntomas: esperar vivir mejor, diferenciarse de los demás, ser valorado por lo que uno tiene.

Lo nuevo del mensaje evangélico es la novedad más radical, que sin embargo no se somete a la lógica hiperconsumista. No lo hace porque la invierte. Si aquella se nutre del egoísmo y la acumulación de bienes, la lógica cristiana parte de la convicción de que todos somos iguales en el amor, y del deseo de asemejarnos al Dios que da todo lo que posee. El mensaje del Evangelio no es por tanto un anuncio publicitario que promete, sino una llamada que compromete a la renovación, como invitaba Pablo a los colosenses.

Aunque las estructuras sociales, económicas y políticas tengan que ser transformadas, estas solo lo serán a golpe de acciones concretas de personas comprometidas: unas veces a título personal, otras en colectivo. Por eso Jesús se dirige a las personas en concreto, mostrándoles cómo la propia vida se plenifica cuando uno ama y se entrega; pero se agota y consume cuando uno se encierra sobre sí mismo. El creyente descubre entonces que al margen de la novedad del Reino de Dios la vida es vana y vieja.

Las diferentes opciones que tomamos en nuestra vida, incluyendo las decisiones de consumo, tienen que ver con el proyecto del Reino y con la renovación al que este nos invita. Al consumir hacemos también opciones evangélicas: no se trata de comprar más, gastar menos o poder ahorrar mejor sino, como decía Jesús, de elegir: o atesorar para sí o de hacerse rico ante Dios.

El rico de la parábola cometió un gravísimo error. No se retrata aquí la conducta ejemplar de un trabajo sin tregua, como puede ser el de la viuda que se gasta y se agota, día y noche, para sacar adelante a los suyos. Se habla por el contrario de un hombre avaricioso, que no piensa más que en sí mismo y en un futuro interminable que no tiene asegurado y puede acabar pronto. Lo demás no le importa.

Comete además otro error y es el de no valorar que ser rico en buenas obras ante Dios es mucho más y más preciosa riqueza que la acumulación sin medida de bienes materiales. La filosofía de la “*plenitud del ser*” debe primar siempre sobre la filosofía de la “*plenitud de poseer*”.

La planificación de la vida y la previsión del futuro es razonable y bueno, pero siendo el hombre por naturaleza un ser social, sólo las buenas relaciones con los demás (compartir) y con Dios (orar) pueden dar lo que más ardientemente anhela el corazón: satisfacción, alegría, paz, plenitud y dicha. El que piensa que puede lograrlo pensando sólo en sí mismo, merece el calificativo del Evangelio ¡Necio!

El avaricioso “*poseer sin límites*” es tal vez hoy más que nunca el ideal de muchas vidas. **¿Cómo debe comportarse un hombre de fe, testigo provocado en esta competición para almacenar y tener siempre más?**

No sería real ni la inactividad ni la falta de previsión, porque los bienes de este mundo han sido confiados al hombre, la vida tiene sus leyes e impone sus exigencias, y la inactividad está condenada en la parábola de los talentos: **«Eres un mal administrador, siervo malo y holgazán...»** (Lc 19; Mt 25).

No sería humano desentenderse de las obligaciones que impone la solidaridad con los necesitados remitiendo a la confianza en la providencia o a la otra vida. La fe tiene implicaciones inmediatas insoslayables.

No sería cristiano anteponer los bienes materiales a los espirituales, la filosofía del tener a la filosofía del ser. En la parábola se define al rico como necio porque era rico en bienes materiales pero pobre en amor. **¿Quién es pobre y quién es rico ante Dios?** Esta es la pregunta.

DOMINGO XIX DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 18, 6-9): *Todos los santos serían solidarios.*

Salmo (32, 1 y 12.18-19.20 y 22): *«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad».*

2ª lectura (Hebreos 11, 1-2.8-19): *La fe es seguridad de lo que no se ve.*

Evangelio (Lucas 12, 32-48): *Donde está vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón.*

Desde hace un tiempo los cristianos notamos cierto malestar en nuestra relación con una sociedad que mira a la religión por encima del hombro y no termina de entender lo que quieren significar todo ese conjunto de palabras, gestos y símbolos que hacemos. No es extraño. Esa misma sensación tienen muchos cristianos, practicantes o no, que siguen creyendo pero sin comprender mucho de lo que decimos y celebramos.

Entre la racionalidad, el espíritu científico y la tecnología, la religión se ha quedado en un espacio poco claro, necesita encontrar una dimensión transversal que le permita estar presente con su gran sentido vital y lleno de esperanza.

Esto mismo les ocurría a los judíos de los tiempos de Jesús en su relación con la cultura helenista embarazada de escepticismo agnóstico aunque abierta, tolerante y plural, lo que le hacía seductora, presumida en la confrontación intercultural y segura de su superioridad intelectual.

Algunos creyentes, como el autor del libro de la Sabiduría, asumen la tarea de levantar el ánimo de su comunidad religiosa. Establecer puentes entre la religión antigua, llena de sentido vital, y la cultura nueva que centra su conocimiento en un instrumento muy poderoso, la razón, pero vacía de sentido vital y horizontes de esperanza, es la tarea que hoy llamamos unir fe y cultura, fe y ciencia, fe y razón, fe y mundo tecnológico. Lo que san Juan y san Pablo dirán sobre el logos, búsqueda de conocimiento y Dios como referencia existencial acorde con el contenido racional.

Recuerda otros tiempos anteriores en que ya han vivido esta misma experiencia en la relación con otras culturas como la egipcia o la babilónica. Entonces Dios los ayudó y les hizo ver la importancia de la experiencia religiosa en cualquier tipo de cultura. También ahora Dios ayuda y anima a establecer puentes de relación con un mundo que no termina de ver las ventajas que puede aportar a la existencia la relación con un Dios al que no vemos, pero cuya presencia cercana y misteriosa sentimos.

Vivamos, pues, entre las gentes, con la naturalidad que corresponde, sin complejos ni temores. Vivamos la fe, con fe. Vivámosla en público como signo de su actualidad y de su sentido comunitario. Expresemos la alegría y la suerte de poder vivir con ella. *«Estad contentos y despiertos»*, dice Jesús a sus discípulos en una situación similar. La fe hay que vivirla con los ojos y la sensibilidad bien abiertos, para presentarla y ofrecerla en el tiempo que nos toca vivir. Que nadie nos tache de anticuados.

El tesoro de la fe es para nosotros un regalo a la vez que una responsabilidad. Es una suerte que el Padre nos haya dado el Reino; *«¡no temáis!»*, dice Jesús. Pero a la vez no podemos hacer de este regalo una suerte de arbitrariedades o de manipulaciones interesadas para servirnos de él. *«¡Estad preparados! ¡Vigilad!»*. Nuestra fe vive de la tensión propia de los que saben que el futuro es de Dios.

El evangelio de Lucas nos lo recuerda con cierta frecuencia, porque es un evangelio donde la tensión propia de la historia se hace patente. Aunque disfrutemos del momento, de lo inmediato, nuestra propia vida se escribe en la historia de la salvación de la humanidad. De ahí que no podamos caer en la dejadez, en la irresponsabilidad, en la pereza. *«Estad vigilantes, porque no sabéis ni el día ni la hora»*. Contemplativos en esperanza, mirando adelante.

A veces nos sorprende el Evangelio con advertencias que parecen fuera de tiempo. Estamos en verano, en vacaciones. Los días son largos pero el Evangelio habla de la brevedad de la vida y del fin del tiempo. Quizá a sus discípulos, hombres de otro tiempo y otras costumbres, con otra psicología y mentalidad, les pareciera normal. Sin embargo, sus avisos son siempre saludables (también en nuestro tiempo). Van además envueltos en promesas de bienaventuranza: *«dichoso el criado al que su señor encuentre vigilando cuando vuelva»*. La vigilancia es virtud cristiana, la angustia no es virtud.

La vigilancia ante la llegada del Señor, inculcada por Jesús como virtud, es una cualidad del Adviento porque toda la vida humana es tiempo de preparación y tiene calidad de Adviento. El Señor viene y no sabemos cuándo. En actitud vigilante esperamos su llegada para que complete en nosotros lo que comenzó el día de nuestro bautismo.

Esta vigilancia no tiene por qué angustiar a nadie. Esta vigilancia es alegría ante la esperanza de la plenitud de vida. Jesús desea siervos vigilantes a quienes hacer sentar a su mesa cuando Él se cña para servirlos. Lo que aquí se nos anuncia no inspira miedo sino alegría completa.

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): *Coronada con doce estrellas.*

Salmo (44, 10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la reina enojada con oro de Ofir».*

2ª lectura (1ª Corintios 11, 20-27a): *Primero Cristo como primicia.*

Evangelio (Lucas 1, 39-56): *Bendita tú entre las mujeres.*

El 1 de noviembre de 1950, el papa Pio XII, declara como perteneciente a la fe de la Iglesia: *«Que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial».*

Esta expresión *«Asunta al cielo»* está relacionada con esta: *«Nació de Santa María Virgen»*. Este acontecimiento en que el Hijo de Dios nace de Santa María, es el acontecimiento salvador definitivo que ha transformado radicalmente la situación total del mundo. Así la salvación definitiva del mundo por la gracia de Dios se ha hecho presente por lo que aconteció en María y mediante María. Así podemos decir que María es la perfectamente redimida y el futuro de la Iglesia es ya presente en María, y también que la Iglesia es perfectamente redimida, si no en todos sus miembros, sí realmente en María.

La Asunción de María no es, pues, simplemente una liberación de la corrupción de la muerte, se trata de llevar a plenitud toda la realidad humana (alma y cuerpo) de María que llega en la Asunción a su total y definitiva plenitud, poniendo de relieve el valor de la persona humana que está llamada y destinada a la contemplación de la gloria de Dios. Hablar de la Asunción de María es, pues contemplar un misterio que solo se entiende a la luz del Misterio Pascual de Jesucristo, vencedor único y definitivo del pecado y de la muerte.

Y el –Vaticano II– presenta a María, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, como *«imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura»* y como *«signo de esperanza cierta y de consuelo para todo el Pueblo de Dios al que precede con su luz».*

Pues bien, en una Iglesia que quiere ser de verdad *«Iglesia pobre de los pobres»*, creer en la asunción de María es proclamar que aquella mujer que dio a luz en un establo entre animales, cuyo corazón fue traspasado por una espada de dolor, que compartió la pobreza, la humillación, la persecución y la muerte violenta del Hijo, que estuvo a su lado al pie de la cruz, madre del condenado, ha sido exaltada.

Así como el crucificado es el resucitado, la dolorosa es la Asunta a los cielos, la gloriosa. La que participó con los discípulos de la primera Iglesia, siendo discípula ella misma, de las persecuciones, el miedo y la angustia de los primeros tiempos, es la misma que, después de una muerte ciertamente humilde y anónima, ha sido elevada a los cielos. La Asunción es la culminación gloriosa del misterio de las preferencias de Dios por lo que es pobre, pequeño y desamparado en este mundo, para hacer brillar ahí su presencia y su gloria.

«Me felicitarán todas las generaciones», profetizó María de sí misma en un gesto de desafío al olvido del futuro. Los católicos la invocamos llamándola *“vida, dulzura y esperanza nuestra”*. Es un canto de vida y esperanza, conceptos que se condicionan e implican mutuamente, porque por una parte no es posible la esperanza donde no hay vida y por otra, una vida sin esperanza sería como un callejón sin salida, como un túnel que no se abre a la luz.

De hecho, nos pasamos la vida esperando y ansiando nuevas metas: esperamos que llegue el verano, las vacaciones, y una vez pasadas empezamos a esperar que llegue otra cosa. Espera el niño ser joven vigoroso y fuerte, y éste espera consolidar su vida... el anciano desearía poder empezar siendo otra vez niño. No se equivoca en este presentimiento. No puede volver a nacer en el sentido del bíblico Nicodemo, pero sí en el sentido de nacimiento para la nueva vida en Dios sin metas ni esperanza porque todo es ya posesión.

María fue llevada a diferencia de Jesús que ascendió. Significa que María fue introducida en cuerpo y alma en la gloria del cielo, con Dios, después de cumplir su misión en la tierra. María posee lo que los demás esperamos. La *“humilde esclava del Señor es llena de gracia”*, (una fidelidad que debemos imitar); la *“asunta al cielo es la llena de gloria”*, (señuelo fiel de nuestra esperanza). Llegó ya a la meta gloriosa a la que está destinado todo ser humano.

La fe en el cielo compromete a tomar en serio las realidades de la tierra. Todo cuanto se hace (hacemos) tiene un valor. El primer valor es el hombre (cualquier ser humano). El ser humano es el mayor valor de la creación, mayor que el templo, mayor que la ley y el sábado, se le debe considerar en su totalidad de origen, realización y destino. Todo lo que ayuda a la realización de ese destino es humanismo, lo que se opone es antihumano.

Dios se hizo servidor del hombre y María se declaró esclava del Señor en beneficio del mundo. *«En María se encuentra de forma perfecta el fruto de la redención. En ella está inaugurada y representada la Iglesia gloriosa del mundo que nos espera»* (Vaticano II).

DOMINGO XX DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 38, 4-6.8-10): *No busca el bien del pueblo, sino su desgracia.*

Salmo (39, 2.3.4.18): *«Señor, date prisa en socorrerme».*

2ª lectura (Hebreos 12, 1-4): *Quitémonos lo que nos estorba.*

Evangelio (Lucas 12, 49-53): *He venido a traer fuego al mundo.*

Podríamos decir que el ser humano nace en medio del conflicto. No todos somos fruto del amor de nuestros padres; no siempre hemos sido bien acogidos por el entorno, por el lugar y el momento de nacer, porque ya somos muchos, porqué en este momento, por...

Luego vienen los conflictos del crecimiento personal, adolescencia, emancipación, los compañeros y las compañeras del colegio, del trabajo, la pareja, los hijos; los malentendidos con los de arriba y con los de abajo, con los que tienen otras ideologías y credos religiosos; y también con nosotros mismos y con nuestras propias decisiones. En fin, un lío.

Jeremías, en medio del pueblo genera conflicto, sobre todo el conflicto que no interesa a los poderosos porque les invita a darse cuenta de lo que está sucediendo en su pueblo, que va a ser deportado fuera de la tierra que el Dios Yahveh había entregado a sus antepasados.

No interesa que el pueblo se entere de quién es el causante de las situaciones de dificultad que sufren los más débiles de entre ellos, a causa del mal gobierno y del aprovechamiento de los bienes comunes por parte de los que detentan el poder.

La presencia de Dios (zarza ardiendo), la presencia de Jesús (fuego a la tierra), la presencia del Reino (fuego eterno) y el ardor para esta etapa de evangelización producen conflicto. Nos cuesta emprender nuevos caminos, situarnos en una nueva manera de entender y de realizar la comunidad parroquial y las comunidades eclesiales de base que lleven adelante la misión encomendada por Jesús a sus seguidores para sacar ese ardor en una nueva creación para las gentes que habitan en las periferias.

El conflicto del que habla el evangelio no es el que tenemos cada uno de nosotros en nuestras familias de sangre, de congregación o de parroquia. Es el conflicto que vivimos cada uno de nosotros en nuestro propio interior o en el interior de nuestros grupos cuandoándonos cuenta de que *“este tesoro”*, que es la buena noticia hecha vida digna, se la negamos o se la arrebatamos a muchas personas de nuestro mundo.

La nube de los testigos, que aparece en la carta a los Hebreos son el verdadero rescoldo que mantiene encendida esa presencia del Dios viviente que acompaña el devenir de las personas sobre la tierra.

Actualmente la proximidad del proyecto de Jesús a las gentes pequeñas de los lugares pequeños, solo será posible si hay comunidades cristianas pequeñas que con gestos pequeños continúan haciendo presente en el mundo el proyecto de Jesús: *“el Reino de Dios, solo asequible a los humildes y sencillos”*.

Si las palabras de Jesús son generalmente armonía, aquí suenan con inusitada disonancia. Por poco familiarizado que estemos con el Evangelio, es sabido que la paz es un componente importante de su mensaje. Jesús es decididamente pacífico y pacifista. Su nacimiento se anuncia en clave de paz: *«Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»*; se le llama *“rey pacífico”*; llama dichosos a los artífices de la paz y se despide de los suyos dejándoles su paz y bendiciéndolos con la paz.

Casi todo cuanto leemos en este corto pasaje del Evangelio nos resulta sorprendente o al menos chocante. Son palabras que suenan a contradicción y escándalo, afirma Jesús *«no he venido a traer la paz»*, y habla de fuego, de división y de guerra. Importa mucho precisar qué quiso decir Jesús con estas metáforas y expresiones.

En la Biblia, *“fuego”* es palabra polisémica. El fuego es una fuerza que alternativamente *“ilumina y quema”*, que *“da vida o la destruye”*. Primeramente evoca acciones divinas de castigo como en la destrucción de Sodoma (Gen 19). En ese mismo sentido los discípulos piden airados fuego del cielo contra los samaritanos inhospitalarios (Lc 9,54). Si Jesús lo entendiera así, significaría que el fin de su venida al mundo es *“castigar”* y, por razones obvias no se puede admitir esta interpretación porque Jesús *«no ha venido para juzgar al mundo sino para que el mundo se salve por Él»* (Jn 12,47).

Siendo Jesús ante todo salvador, el *“fuego”* de que habla y trae no puede entenderse en sentido negativo y destructor, sino en sentido positivo de salvación y de vida. Puede entenderse como el entusiasmo por su causa que la comunicación del Espíritu Santo produjo en Pentecostés. El *“fuego”* es la fuerza de su mensaje, que provoca al mismo tiempo ardientes entusiasmos y apasionada oposición.

DOMINGO XXI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66, 18-21): *Yo vendré para reunir a las naciones.*

Salmo (116, 1-2): *«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio».*

2ª lectura (Hebreos 12, 5-7.11-13): *¿Qué padre no corrige a sus hijos?*

Evangelio (Lucas 13, 22-30): *Entrad por la puerta estrecha.*

El hombre que no ha sido libre para nacer, ni para escoger sus padres, sexo, patria o color de piel... Sin embargo, es libre para elegir y decidir sobre su destino. El destino no es consecuencia de ser blanco o negro, hombre o mujer, sino obra del amor que elige libremente a Dios y lo acepta en su vida en la forma y grado en que Dios se le haya revelado.

Hay una revelación imperfecta en la que Dios habla por la Creación y por la interior voz de la conciencia. Hay otra revelación plena en Jesucristo, revelador del Padre. Los que siguen la interior voz de la conciencia, aceptan a Dios en la forma en que Él se ha revelado. Se llaman cristianos anónimos, interpretativos, de deseo, paganos de buena voluntad. Están en el buen camino. Pero la pertenencia a Cristo nominal y sin obras no basta. La revelación plena es Jesucristo, camino, verdad y puerta.

Cuando hablamos o nos referimos a Dios, sucede algo curioso: cada uno habla desde sus “ideas”, desde sus “imágenes”, desde lo que “ha aprendido”. Pocos lo hacen desde su “experiencia vital”, que sin embargo, es lo más importante. Unos lo niegan, otros lo rechazan, otros lo comunican. En el fondo, todos tenemos una idea o imagen de Dios que damos por válida. En ella incluimos si es duro o tierno; si es justo o inmisericorde; si es huraño o generoso. Cuesta mucho cambiar nuestra idea de Dios. Hay que “convertirse” a Dios.

Sin embargo Dios no es “de juguete”. No es un ídolo que se saca de un cajón y se pone encima de la cómoda. No es un “objeto” de quita y pon. Dios es Dios y no se deja ni delimitar ni cosificar. Por eso, lo más importante, y a la vez lo que más cuesta, es dejar que Dios se nos revele como es por ejemplo “misericordioso”, sin que nosotros le digamos cómo nos gustaría que fuera o sin imponer a los demás nuestra imagen de Dios.

El Dios que se nos revela en la Biblia nos enseña a pasar de lo particular, de lo reducido y ridículo, a lo universal, lo amplio y generoso. Dios no es para unos pocos, para una selección de “puros”, sino para la humanidad que él mismo ha creado y ha llamado a la vida. Dios es “de todos y para todos”. Los “particularismos” son de los hombres, no de Dios.

El ser humano, por el contrario, tiende al grupo pequeño, a lo particular, a lo reducido. Le gusta saber dónde está, con quién está y cuáles son sus compañeros de camino. Necesita “seguridades”, también en la fe. Cae con frecuencia en la trampa de que “estos son de los nuestros” y estos “no son de los nuestros”. Sin querer rechaza a otros. Se siente más seguro cuando se identifica o se siente parte de un grupo; por el contrario, se siente inseguro cuando Dios abre las puertas.

Jesús nos advierte de estas “falsas seguridades” propias de los que tienen la fe como algo conseguido, como algo particular que se posee en propiedad. Nos dice severamente: «no os conozco». La fe es un don que no es propiedad particular de nadie, de uso exclusivo para unos pocos, ni que se “puede comprar” como una mercancía. Es un don que está vivo, que se actualiza en cada momento. Es un don de Dios para la humanidad, no para unos pocos. La fe cristiana no se cierra, sino que se abre. No reduce, sino que se amplía, porque Dios es para todos.

En esta sociedad moderna, que nos ha tocado vivir, ya no van todos por el mismo camino, ancho o estrecho. En la sociedad moderna multicultural, pluralista y permisiva, hay muchos caminos que no parecen llevar directamente a Dios.

Jesús previene en la conclusión de la parábola contra el peligro de las puertas anchas que no llevan a la vida. «Esforzaos...». No os dejéis empujar por la puerta amplia porque es falsa; distinguid la voz de Cristo, que os llama, de las voces de las mayorías que van por caminos anchos.

Entre Dios y cada hombre hay un punto aislado y silencioso donde el individuo se encuentra frente a frente con su Creador. Es en ese lugar de silencio donde la libertad decide sobre el camino por donde hay que ir y sobre la puerta por la que es necesario entrar, sin dejarse influenciar por las voces aberrantes de la mayoría permisiva. La voz de la mayoría humana es siempre minoría comparada con la voz de Dios.

El discípulo de Jesús no es alguien que combate por lo particular, por lo exclusivista, por lo cerrado, por lo conseguido, por lo diferencial, sino que bien fundamentado en su fe, se abre a la humanidad, espejo del corazón donde Dios se mira. Dios siempre es mayor que nuestras miradas y que nuestras concepciones. Debemos dejar que él mismo dirija nuestro corazón.

DOMINGO XXII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 3, 17-18.20.28-29): *Hazte pequeño y alcanzarás el favor de Dios.*

Salmo (67, 4-5ac.6-7ab.10-11): *«Preparaste, oh Dios, casa para los pobres».*

2ª lectura (Hebreos 12, 18-19.22-24a): *Vosotros os habéis acercado a Jesús.*

Evangelio (Lucas 14, 1.7-14): *Todo el que se enaltece será humillado.*

Nos dice Lucas que en casa de uno de los principales jefes de los fariseos, viendo que los invitados buscaban los mejores puestos en el banquete, Jesús aprovechó la ocasión para resaltar dos actitudes fundamentales que han de vivir todos aquellos que deseen entrar y sentarse en la mesa del Reino. La primera es la humildad y la segunda es la gratuidad. Lo contrario de las actitudes que estaba viendo en aquellos invitados y en el dueño de la casa.

De un modo muy plástico, Lucas nos quiere ayudar a ver que el Reino anunciado y perseguido por Jesús significa la subversión de nuestros valores y estilos de vida: nuestros deseos por ocupar los primeros puestos y los estilos de vivir que nos llevan a rodearnos únicamente de los de nuestra clase social. El Reino de Dios, la vida que Dios desea para sus hijos, siempre entra en conflicto con nuestros intereses.

Una mesa y una comida es el mejor de los símbolos para ayudarnos a comprender la causa de Jesús, por la que vivió y por la que le llevaron a la muerte. Es la imagen de la vida deseada por Dios, en la que nadie queda fuera y en la que los más débiles, los más vulnerables, ocupan los primeros puestos: *«pobres, lisiados, cojos y ciegos»*. Ellos no podrán devolvernos la invitación.

Lo que nos encontramos en la narración del evangelio de Lucas sucede hoy. Nos sucede a cada uno de nosotros, sucede en la comunidad cristiana y sucede cada día en la vida social. A poco que nos observemos a nosotros mismos nos descubrimos deseando ser los primeros, destacar, que nos aplaudan, demostrar que sabemos, que somos los mejores, etc. *“Los primeros puestos”*.

En la comunidad cristiana, en la Iglesia, nos descubrimos a menudo viviendo una religión que tiene poco en cuenta a Jesús. Un ejemplo: pensemos en clérigos que, en lugar de hacer de su vida un servicio, hacen de ella una carrera en pos del prestigio y el poder. Es una perversión del Evangelio. Y lo vemos en nuestra sociedad: en la política, cuando no está al servicio del bien común; o en los valores que inculcamos a nuestros hijos para ser los primeros, a veces a costa de los demás; pensemos en la crisis de los refugiados y en la miserable respuesta dada por la rica Europa.

Humildad y gratuidad caminan de la mano. Lo contrario de ellas es la arrogancia y el egoísmo que nos alejan de lo que realmente somos, que nos separan de Dios y de los demás, especialmente de los pobres. Una vida cristiana auténtica no busca colocarse por encima de nadie, más bien busca estar a la altura de Jesús, defensor de la vida y, por ello, defensor de los pobres.

La lucha por *“lo mejor”* ha sido siempre origen de conflictos. Hay una inclinación natural a *“lo mejor”*: a ser el primero en la clase o en la competición, en la cola; a tener más, a dominar más... Esta aspiración es en principio buena, pero queda viciada cuando se hace en comparación y a expensas de los demás a los que se intenta humillar o explotar. La lucha por lo mejor no es simplemente *“un más”* sino *“un más que”*: ser más que el otro y tener más que los otros.

La humanidad padece secularmente una lamentable ambición de preferencia. Puede tratarse de inofensivas vanidades frívolas, que únicamente provocan risa. Pero se puede tratar de incomprensibles delirios de grandeza, de orgullo o de ambición que, en hombres con poder ha llevado a catástrofes nacionales e internacionales. La historia humana podría hacerse con referencia a estos delirios como punto de partida, expresión de otra serie de luchas por ambiciones políticas, económicas o de prestigio. La ambición y el orgullo desencadenan las luchas que envenenan las relaciones de convivencia humana. La modestia nunca suele crear conflictos.

Jesús observaba los conatos de los invitados por ocupar la preferencia a la mesa. De esa observación deduce unas enseñanzas prácticas, válidas siempre como norma de conducta: *“sé modesto, compórtate con sencillez, cede la preferencia...”*. No es una calculada astucia elegir lo último como medio para lograr lo primero. Se trata de una norma de comportamiento social humano en sencillez en lo que están totalmente de acuerdo: la sabiduría divina y la discreción humana.

La relación humana no puede basarse en un contrato de intercambio *“te doy para que me des”*. Invitar a quien no puede devolverte la invitación es desinterés humano, pero al mismo tiempo esa conducta llega como *“una factura”* al Padre celestial, que ve en lo secreto y recompensa con el ciento por uno y después la vida eterna.

DOMINGO XXIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 9, 13-18): *Los pensamientos mortales son mezquinos.*

Salmo (89, 3-4.5-6.12-13.14 y 17): *«Señor, tú eres nuestro refugio».*

2ª lectura (Filemón 9b-10.12-17): *Recíbelo a él como a mí mismo.*

Evangelio (Lucas 14, 25-33): *El que no renuncia a todo, no puede ser discípulo mío.*

Hay pasajes de los evangelios que dejan poco lugar a dudas y no necesitan mucha explicación. Son fáciles de entender. La persona que se encuentra con Jesucristo, que experimenta su Palabra y quiere seguir la senda del Evangelio queda transformada radicalmente. Todo queda afectado y pasa a ser nuevo: Un nuevo modo de vivir, de actuar, de relacionarse, de sentir... El encuentro con el Señor siempre determina la vida del creyente.

Incluso en nuestra relación con las personas, hasta las más cercanas, queda afectada. Jesús siempre destaca, por encima de todo, la familiaridad con Dios. *«El que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre»* (Mt 12,50). Es la nueva familiaridad a la que nos invita, una fraternidad universal, referida a Dios y en la que todas las personas pasan a ser hermanos nuestros.

Estamos convocados a recorrer el camino de Jesús y a dejarnos orientar por Él. Jesucristo no evitó la cruz ni esquivó la dificultad. Su cruz fue la injusticia del mundo, el abandono de los suyos, el pecado de hombres y mujeres... Su cruz fue la Cruz y su entrega total transformó un instrumento de tortura en un signo de amor. Su victoria nos da vida y nos ayuda a vivir.

Nuestras cruces son más pequeñas, pesan menos, aunque nos resulten duras. Tomar la cruz y seguir los pasos del maestro supone no esquivar al prójimo, no rehuir nuestra responsabilidad social, afrontar las contrariedades desde el amor, recorrer el camino de la vida *«fijos los ojos en el Señor»*... La cruz, sin Jesús, es una tortura, pero con Él, es signo de amor y entrega.

Lo central para el cristiano es poner la confianza en el Señor y hacer de Él el centro de nuestra vida. Todo lo demás pasa a un segundo plano, especialmente aquello que empaña nuestra fe: los bienes, el prestigio, la fama, las seguridades... El mayor bien que tiene un cristiano es su encuentro con Cristo, su mayor prestigio es vivir el amor y el compromiso con los demás, la mejor seguridad es saber que Dios nos sostiene.

Nuestra historia de fe tiene muchos capítulos y experiencias, en ocasiones hemos cogido la cruz pero en otras la hemos rechazado. Hoy, al escuchar este mensaje, nos sentimos llamados a renovar nuestro compromiso con el Señor y nuestra vocación de ser seguidores suyos, aunque a veces nos cueste. Queremos tomar la cruz de Jesús, junto a Él, su fuerza será nuestra fuerza.

Desde el principio de su actividad pública empezó Jesús a reclutar seguidores que le acompañaban en calidad de discípulos. Se fueron haciendo cada vez más numerosos y, años más tarde, comenzaron a llamarse "cristianos". Ser cristiano es haber optado por Cristo con preferencia a otras posibilidades y esa opción incluye compromisos de por vida. Cada uno debe saber y recordar con frecuencia a qué se ha comprometido.

Ignacio de Loyola escribió en el principio y fundamento de sus Ejercicios: *«El hombre es creado para alabar y servir a Dios. Y todas las demás cosas están creadas para que le ayuden a conseguir ese fin. Por eso debe usarlas en la medida que le ayuden y prescindir de ellas en la medida en que le impidan o dificulten el camino hacia el fin de Dios»*. Hay aquí un eco del texto evangélico en el que se significa "amores subordinados al Amor preferencial".

Cuando Jesús es lo principal en la vida de un cristiano se comprende la necesidad de seguirle por amor cargando con la cruz o cruces y la necesidad de renunciar a todo lo que puede convertirse en obstáculo para el seguimiento. Esto, supone una decisión deliberada y marcadamente personal.

Pudo haber épocas en la vida de la Iglesia en que todos iban por el mismo camino y profesaban la misma fe. Se vivía, como vivían los demás y la fe era un producto favorecido por el medio. En este medio social lo que podía facilitar la práctica de vida cristiana perdía autenticidad de convicciones personales. Nuestra sociedad es culturalmente múltiple y moralmente permisiva. Coexisten opiniones, usos, caminos... de los que no todos parecen ser caminos de Dios.

Sobre este riesgo prevenía severamente Jesús: *«Esforzaos en entrar por la puerta estrecha»*. Hay que aprender a distinguir la voz de Dios de las voces que no hablan su lenguaje ni en su nombre. *«No os dejéis convencer por los enemigos de la cruz...»*. Un cristiano adulto necesita ser hoy inteligente y proceder con inteligencia. Debe pensar: Entre mí y mi Dios existe un punto en el que me encuentro solo, como individuo libre, ante Dios mi creador tengo que responder de mis decisiones. Sin decisión consciente y personal, los influjos del medio social ayudan poco si es que ya no estorban mucho.

La celebración eucarística dominical tiene una función bien precisa: clarificar las convicciones, robustecer la voluntad en la lucha contra el cansancio y encender el amor del objetivo que buscamos.

DOMINGO XXIV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 32, 7-11.13-14): *Es un pueblo de dura cerviz.*

Salmo (50, 3-4.12-13.17 y 19): *«Me pondré en camino adonde está mi padre».*

2ª lectura (1ª Timoteo 1, 12-17): *Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores.*

Evangelio (Lucas 15, 1-10): *Este hijo mío estaba muerto y ha revivido.*

Dios Padre habla con Moisés como con un igual. No hay diferencias que alejan, ni dignidades que empobrezcan. Dios es una Persona, un “*tú dialogante*”, capaz de pasear (Edén), de hablar, de vivir en relación. No es ajeno, ni a la vida ni a las personas. “*Anda, Moisés, baja del monte –le dice– que pronto Mi pueblo se ha desviado del camino del bien y de la vida*”. Dios Padre está atento a sus hijos, dando oportunidad al cambio, enviando mensajeros, sabiendo que su Camino es el mejor camino.

Dios Padre *Todo cariñoso* siempre se deja “*afectar*” –es el Dios de la Misericordia y el Perdón–, porque le duele toda carencia de sus hijos. Y Moisés intercede de tú a tú, para que el Señor se acuerde de sus promesas, para que siga cuidando al pueblo. Es importante la mediación de Moisés y más grande la Bondad del Padre: “*no nos trata según nuestras culpas, porque grande es su fidelidad*”.

Además de las mediaciones, la de Moisés y tantos otros, la decisión de volver a Dios siempre es personal. Unos nos lo recuerdan, otros nos ayudan..., pero cada uno tenemos que decidirnos. No basta el deseo, ni el entusiasmo fácil, ni las “*excusas de mal pagador*” ...; no, hay que –con valentía y con la misma Fuerza del Espíritu– ponerse en camino, ir adonde está el Padre y confiar en que la Misericordia y Bondad de Dios siempre nos acoge y nos hace nuevos, renovados: **¡personas nuevas!**.

Esto es motivo de gratitud, de superación de todo lo que hacemos mal en la vida. Bien lo experimentó Pablo, que de blasfemo y perseguidor pasó a ser testigo de Jesús, heraldo del Evangelio. Fijaros también en sus palabras: “*da gracias a Dios porque lo hizo capaz, se fío de él, le confió el ministerio*”. Y esto no por sus méritos (o sea, ninguno), sino por la Compasión, la Gracia, la Misericordia de Dios, que nunca rechaza a nadie. Y dichosos, dirá Jesús, el que no se escandalice de esto (porque no nos cabe en la cabeza tanto Amor).

No hay ninguna duda. En el Perdón y en la Misericordia es dónde Dios muestra su grandeza. Ahí tenemos las parábolas de la oveja o la moneda perdida, o la del padre de los dos hijos, que hemos reflexionado. Pero todo el Evangelio nos habla del perdón del Padre: «*¡Ánimo, tus pecados son perdonados!*» (Mt 9,2), «*Yo no te condeno*» (Jn 8,10)... En carne propia estamos invitados a sentir esa Misericordia.

La Iglesia siempre nos recuerda esa llamada a ponernos en camino y volver al Padre. Una y otra vez, las que haga falta. Es lo que hace el hijo que se va de casa: recapacitar, tomar la decisión, ponerse en camino, volver... La respuesta del Padre ya la sabemos: se conmueve, se nos echa al cuello, nos llena de besos, nos devuelve la dignidad perdida. **Ánimo**, pues, volvamos al Padre, que siempre nos espera.

Las tres parábolas del Evangelio de hoy, describen la extensión, hondura, intensidad y características del amor de Dios. Las tres quieren expresar el incondicional amor de Dios Padre y la alegría desbordante del encuentro con el hijo que regresa.

Cada uno podremos encontrar en nuestra propia vida pasajes paralelos con aplicaciones de la confianza en ese amor. No se dice aquí cómo debe ser la conducta observada con el prójimo: no juzguéis, no condenéis, amaos unos a otros, amad a vuestros enemigos. Lo que aquí se describe son las relaciones, relaciones directas y personales de cada ser humano con Dios su Padre y Creador: cómo puedo yo hablar con Dios, hasta qué punto puedo confiar en Él, qué virtud debe caracterizar mi vida de creyente.

En las parábolas nos habla Lucas de una oveja, una dracma y un hijo perdido. Siempre se trata de algo querido, de especial valor, eso que cuando se extravía pone nervioso y llega a perturbar el sueño. “*Perdido*” está algo que no se encuentra donde debía estar, por ejemplo una llave. También se aplica la palabra “*perdido*” a una situación sin esperanza: un enfermo desahuciado, un negocio en quiebra. Dios busca esas vidas sin esperanza.

Alguien definió a Dios como un “*buscador*”: Dios busca y sale al encuentro del hombre. Los hombres también somos “*buscadores*” de Dios. Unos le buscan directamente (los místicos). Otros le buscan indirectamente, quizá inconscientemente, en la obra de la Creación (los investigadores). Hasta la Encarnación eran sobre todo los hombres los que iban al encuentro de Dios. Desde la Creación es Dios el que espera al hombre y busca al hombre. Buscar pertenece a la esencia del vivir: **La vida aquí es incompleta.**

La imagen del buen pastor con la oveja extraviada sobre los hombros es una imagen que expresa plásticamente la realidad de nuestras vidas en sus relaciones con Dios. Habla directamente de vigilancia, preocupación, búsqueda y alegría del encuentro. En el centro de la parábola no está la oveja, sino el pastor al que la oveja pertenece.

DOMINGO XXV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 8, 4-7): *No olvidará jamás vuestras acciones.*

Salmo (112, 1-2.4-6.7-8): *«Alabad al Señor, que alza al pobre».*

2ª lectura (1ª Timoteo 2, 1-8): *Dios quiere que todos los hombres se salven.*

Evangelio (Lucas 16, 1-13): *Nadie puede servir a dos amos.*

El evangelio de este domingo nos presenta, en primer lugar, la parábola del administrador injusto y, a continuación, la enseñanza que Jesús deriva de ella que se centra en cuál debe ser el comportamiento del cristiano ante la vida, cuál es la actitud correcta ante el dinero y el lugar que este debe ocupar en la vida de un creyente. Estas son las palabras claves en este texto: hombre injusto-hombre astuto; dinero injusto-dinero para el bien; Dios o el dinero.

Vayamos con la parábola que relata Jesús a sus discípulos. Es importante que nos fijemos en los destinatarios. Ahora ya no son sus opositores directos (fariseos, escribas...) son los suyos. Detalle que nos hace pensar que Jesús quería que sus discípulos aprendiéramos bien esta lección.

El relato nos presenta a un administrador que desempeñó fraudulentamente su trabajo, derrochando los bienes de su amo. Este fue su primer delito. Pero no contento con esto, cuando su amo lo descubrió buscó solucionar su futuro con más mentiras y más fraude: rebajando injustamente las deudas a los deudores de su amo para congratularse con ellos. Podríamos decir que este hombre solo buscaba salvar su futuro. En ningún momento del relato se percibe ningún atisbo de arrepentimiento.

Cabría esperar que al final de la parábola Jesús emitiera un juicio muy severo sobre este hombre. Sin embargo, el amo de este administrador... lo felicita por su actuación. El final de esta parábola podría resultar extraño, pero si nos fijamos bien se disipan todas las dudas. Jesús no alaba ni la mentira, ni el fraude, ni la mala gestión del administrador... Jesús alaba la astucia que este hombre tuvo para gestionar esta situación tan difícil para él. Ser cristiano no significa ser alguien ingenuo o acomplejado ante el mundo o la sociedad. El cristiano tiene que ser astuto para el bien, siempre para hacer el bien.

El administrador injusto quiso usar el dinero para su propio beneficio. Jesús nos invita a que consideremos que el dinero, independientemente del origen que tenga, puede servir también para hacer el bien, para ayudar a los más necesitados, a los que menos tienen. En este caso, el dinero no se convierte en un ídolo sino en un medio para hacer el bien. El administrador falló a la confianza que había depositado en él su señor. Una cosa es la sagacidad elogiada y otra la inmoralidad de la acción.

La parábola de hoy trata del futuro del hombre en relación con los bienes materiales y Jesús confronta a sus discípulos con una incongruencia: *«los hijos de las tinieblas son más sagaces para el mal que los hijos de la luz para el bien»*. En todos los escritos moralizantes, hay una moraleja, pero aquí no se trata de un cuento para niños sino de una instrucción para adultos: *“como el administrador fue sagaz para asegurar su futuro, así deben ser los hijos de la luz para asegurar la vida eterna”*. Todos los dones de Dios deben ser utilizados para el bien según la voluntad de quien los ha dado. De ahí, Jesús argumenta: *“Pensad en vuestro futuro, poned en juego todos los medios para granjearos amigos en el cielo porque utilizar los bienes temporales para asegurar los eternos es una buen operación financiera”*.

Leyendo la parábola hacia dentro hay que preguntarse lo primero: **¿Qué bienes me ha confiado Dios para su administración: aptitudes, cosas, personas...?** Si Dios me los ha dado, debo hacer uso de ellos para mi vida, **¿pero cómo?** El uso correcto de los dones de Dios depende en parte de la época y medio social en que uno vive, pero *“sagazmente”* solamente procede el que los usa sin perder de perspectiva los bienes eternos.

Encontramos en este evangelio una palabra clave: la palabra *«servicio»*. La posesión y uso de los bienes con proyección social es uso sagaz con miras al Reino de los Cielos. El despilfarro, la indiferencia ante las necesidades ajenas, la corrupción, el fraude... son reproducción y copia de la conducta del personaje de la parábola. Es una conducta *“sagaz pero infiel”*, como corresponde a los hijos de las tinieblas.

Una sociedad estructurada sobre el consumismo crea necesariamente una atmósfera propicia para el desarrollo de la ambición desmedida, la cultura del pelotazo, la competencia y orgullo que pone la confianza en el dios Mammón, con olvido de Dios y despreocupación por el prójimo; ve sólo o principalmente un cliente posible o un sujeto potencialmente explotable. La concepción evangélica de los bienes es muy distinta: solidaria y desprendida.

Sin dinero no se puede hacer nada. Pero cuando el dinero se convierte en dominador representa un grave riesgo para la justicia humana y la santidad según Dios. Bien usado es, por el contrario, una inversión para la vida eterna. No somos propietarios sino administradores de los dones de Dios. La vida y todos sus valores son una gerencia confiada de cuya fidelidad habrá que dar cuenta exacta.

DOMINGO XXVI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 6, 1a.4-7): *Los que lleváis una vida disoluta iréis al destierro.*

Salmo (145, 7.8-9a.9bc-10): *«Alaba, alma mía, al Señor».*

2ª lectura (1ª Timoteo 6, 11-16): *Mantente firme en el buen combate de la fe.*

Evangelio (Lucas 16, 19-31): *Tú recibiste bienes y Lázaro males; ahora es al contrario.*

La Liturgia de la Iglesia, nos pone este Evangelio en tiempo de otoño, cercano a la fiesta por las cosechas y enfrenta en lacerante contraste a un hombre con abundancia de bienes de la tierra, pero pobre en obras ante Dios, con otro condenado a carecer del mínimo indispensable para subsistir. El opulento y miserable, el malo y el bueno como en las películas.

Es bien conocida esta parábola y desde la infancia permanecen vivas en la imaginación las dos figuras antagónicas del pobre y el rico, uno con su boato, el otro con su silencio. Pudo Jesús haber observado escenas semejantes en sus correrías por aldeas y ciudades y no es difícil descubrirlas en nuestro tiempo de hoy.

Los mendigos que alargan la mano por la calle o a las puertas de los comercios y de nuestras iglesias no suelen ser representativos de los actores de la parábola, y el que les alarga una ayuda tampoco sabe si se la da a quien realmente la necesita. Más violentos son los contrastes a nivel social colectivo entre el poderío y lujo de ciertas zonas urbanas y los cinturones de miseria de sus periferias.

El epulón es aquí significativamente un innominado. No se le da nombre porque no se trata de una historia sino de una parábola. Al carecer el rico de nombre se convierte en un personaje universal, abierto y representativo de todos los que, desde su bienestar, pasan de largo indiferentes a las necesidades ajenas.

Tampoco se dice que el epulón injuriara al pobre o que le arrojara de su presencia, pero hacía algo más doloroso quizá: no se fijaba en él, el pobre no era nadie ni nada, ni siquiera algo que molesta, menos que los perros de la casa. Y es también la indiferencia quizá la mayor prueba de la dureza de corazón del rico. *“Corazón de piedra en vez de corazón de carne”*. Es la transformación que Dios pide cuando quiere cambiar radicalmente una situación y obrar la conversión de los hombres.

Nunca se manifestó Jesús despectivo respecto a los bienes de este mundo, ni culpó a las riquezas directamente de sus males. Pero si quiso prevenir contra el aislamiento del espíritu y endurecimiento de corazón que puede llevar. Llamó también la atención sobre la precariedad y bondad sólo relativa de todo lo que acaba.

La vida humana, mucho menos la vida cristiana, no consiste en un disfrute de cuanto uno pueda poseer en solitario sin los demás, sino a corazón abierto, en comunicación con ellos. Riqueza, fama, imagen... puede seducir hasta el punto de hacer creer que son el principal factor en la escala de los bienes que llevan a la dicha.

Jesús enseña: *“los bienes materiales no dan calidad de vida. La felicidad no se compra con dinero porque la dicha, si es verdadera, consiste en algo interior. Los que se identifican con lo que poseen son cada vez menos hombres, su vida pierde calidad y es por tanto cada vez más pobre. Por el contrario, cuanto más se crece en humanismo y se abre el corazón a los demás tanto más se gana en amor y por lo tanto en dicha”*.

Quiere también Jesús llamar la atención sobre la limitación de las cosas creadas, que acaban necesariamente y con su fin puede invertirse la suerte. La gente sin escrúpulos suele salir a la competición con ventaja. Si no queremos reducir al ser humano a un absurdo, tiene que llegar un momento en que la situación y las exigencias de la justicia se cumplan. La justicia divina cubrirá el campo de injusticias y atropellos humanos y llegará a todos los rincones secretos o cerrados a la justicia humana.

El anuncio del Evangelio gira sobre dos virtudes que estructuran toda la vida social: son la justicia y el amor. Éste es el sentido de la parábola, describe ante todo, la falta de amor. A esas dos virtudes acompañan, como cortejo, todas las demás que hacen de la vida una convivencia fraternal en lugar de una competencia desigual y lucha fratricida. El afán desmesurado de bienes y de honores mata el amor del hombre y hace olvidar a Dios; la convivencia humana se satura de odios y la atmosfera se hace irrespirable.

Concluye la parábola con una enseñanza sobre el destino final que se fija de manera irreversible a la hora de la muerte: *«La descripción del Reino de los muertos no sirve de guía para el viaje de ultratumba, pero sí es una alusión a la justa recompensa de Dios a la que nadie puede sustraerse. El banquete celestial en el que participa el piadoso mendigo y los tormentos del infierno que padece el impío rico no son más que imágenes. Pero la responsabilidad ante Dios y su recompensa son auténticas verdades enseñadas a lo largo de la Biblia»*.

Más que una descripción de la vida en el más allá quiere Jesús enseñar cómo se debe vivir aquí. La parábola es una convocatoria a la solidaridad que nace del amor. El abismo entre el allí y el aquí lo ha allanado Jesús reconciliando a Dios con los hombres y haciéndose mediador entre Él y los redimidos que deben vivir en sociedad de hermanos. Él ha hecho desaparecer las barreras que separan los corazones. Es su amor el misterio que celebramos en la Eucaristía, sacramento de fe y signo de esperanza.

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4): *El justo vivirá por su fe.*

Salmo (94, 1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (2ª Timoteo 1, 6-8.13-14): *No te avergüences de dar testimonio.*

Evangelio (Lucas 17, 5-10): *Somos unos pobres siervos.*

Cuando a finales de junio me marché de vacaciones desconecté la corriente de casa y cuando volví, me encontré con un mundo difícil de creer. Problemas de conexión: El teléfono no daba línea, internet no funcionaba, la tele hacía interferencias y yo estaba demasiado preocupado para internarme en la salvaje jungla de las compañías, con sus ofertas, contraofertas y operadores de servicio técnico en esperas interminables.

Cuando por fin me conecte, encontré un mundo que yo presenciaba atónito: en las noticias del telediario, en el periódico digital, en Facebook...: casi una visión, aterradora, como la que atemorizaba al profeta Habacuc: **«Violencia, desgracia, catástrofe, lucha y contienda».**

El caso es que, realmente no había noticias nuevas, eran las de siempre: gobernantes cerrando sus fronteras a cientos de miles de refugiados, guerras sin fin y eternamente olvidadas, luchas de poderosos e ideológicos intereses económicos y comerciales, que dejaban un reguero de sufrimiento tras su paso. Y así: lo grabé en mi memoria como le pedía el Señor al profeta.

«¡Auméntame la fe!» me decía, dirigiéndome tal vez a Dios. Porque ante tal visión, ante tal indiferencia, ante tal indignación y desesperanza, ante tal indignidad y falta de horizonte, **¿qué más me podría quedar?** Me han dicho muchas veces que como creyente hay que contar con la fe, que la fe es lo último que se debe perder. **¿Pero qué pasa si pierdo todo lo demás, dejo de creer en todo ello, y también la fe se me agota?**

Sin fe no hay posibilidad de vida cristiana. A los padres que llevan a su hijo a la pila bautismal se les pregunta: **¿Qué pedís a la Iglesia para vuestro hijo?** Y responden: **¡la fe!**, porque la fe da la vida eterna. La fe del bautismo queda como una semilla en el alma, que debe desarrollarse progresivamente hasta producir el milagro de cambiar el corazón y transformar la vida.

Pero la fe no sirve para contar. Jesús lo decía claro: la fe no es cuestión de cantidades, ni del cálculo del observador, que desde el sillón de su (mi) casa se conecta al mundo de su alrededor. Uno no tiene la fe como un añadido; esta no puede aumentar o disminuir, sino simplemente estar o no estar en mí: basta con un granito de mostaza.

Los fariseos concebían la Alianza con Dios como un contrato bilateral por el que “*el siervo*” cumplidor adquiría ciertos derechos **«somos hijos de Abrahán»** (Mt 3,9). Según esta concepción el que cumplía literalmente lo mandado se sentía con derecho a las bendiciones divinas. Jesús corrige: **«cuando hicieris todo lo mandado decid: no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer».** Es verdad que el buen servidor recibirá de Dios una recompensa desproporcionada a sus servicios, pero es don de Dios y sólo es buen servidor el que se comporta fielmente consciente de su nada.

También hay aquí otra nueva perspectiva. El servicio del que se habla no debemos interpretarlo como ejecución literal y servil de las órdenes dadas por un autoritario y severo Señor. Dios no coacciona nunca, no quiere esclavos sino hijos. Un cumplimiento literal de la ley pero sin amor no valdría nada. A sus ojos vale más un acto de amor libre que miles de servicios arrancados a golpe de látigo. Las palabras de Jesús no podemos interpretarlas como una devaluación del esfuerzo. Se trata más bien de una invitación a la confianza: *“todo es gracia de Dios otorgada no a título de justicia sino por generosidad”*

La fe debe iluminar todo para hacer que todo se vea de distinta manera: **«con los ojos de Dios».** La fe transforma las dudas en certezas, la depresión en confianza, la timidez en audacia, el **NO** en **SÍ** a los proyectos divinos. **¿Quién puede, por ejemplo, perdonar setenta veces siete, o superar con amor el odio, o amar a sus enemigos, o soportar resignado una muerte prematura?** **«Para el que cree es todo posible»** (Mc 9,12). Nadie tiene derecho a echarse atrás por desaliento ante las exigencias de los elevados ideales propuestos en el Evangelio.

Jesús nos insiste en el valor de la fe para superar nuestra nada y potenciar nuestras limitaciones, y nos explica con metáforas el poder de la oración que nace de la fe. Esos ideales no se proponen para los considerados como héroes sino para todos. Todos debemos aspirar a ellos porque ese intento libera energías positivas en el corazón. Sin el estímulo de esos elevados ideales podríamos pasar al borde de nuestras posibilidades sin percatarnos de ellas.

Porque creer en este mundo, y recobrar la dignidad y esperanza para las personas que lo habitamos, desde la fe en el Cristo resucitado y vivo, en el Reino de Dios real y activo, pasa por no ser “*observadores*” sino “*actores*” siempre conectados y dispuestos.

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 5, 14-17): *Reconozco que no solo hay un Dios.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3cd-4): *«El Señor revela a las naciones su salvación»*

2ª lectura (2ª Timoteo 2, 8-13): *Si lo negamos, también él nos negará.*

Evangelio (Lucas 17, 11-19): *Levántate, vete; tu fe te ha salvado.*

Las enfermedades suelen ofrecer ocasión de malestar y quejas contra Dios, pero puede ser que resulten necesarias como tiempo de reflexión y medicina del espíritu. Entonces hay que decir también “*gracias*” por la enfermedad. Pensándolo bien, lo único que el hombre puede dar a Dios es el agradecimiento pero éste no puede imponerse, como tampoco el amor. **Pedir, dar, agradecer**, son palabras importantes en las relaciones sociales entre los hombres. Y lo son también en las relaciones con Dios con la diferencia de que Dios es dador de los bienes y al hombre toca siempre pedir y agradecer. Pues todo cuanto tenemos procede de Él, por eso debemos agradecer su amor y su perdón, pero tiene que salir del corazón.

Con mucha sutileza, con la genialidad literaria que le caracteriza, Lucas nos cuenta el encuentro de Jesús con diez leprosos, en la situación calamitosa que les marcaba la ley, obligados a vivir lejos de cualquier población y a mantenerse a distancia de todo ser humano saludable. La exclusión y soledad en que vivían les hacían ser el símbolo por excelencia de la marginación.

La ley era muy dura y muy clara. Su objetivo, al aislarlos en una cuarentena vitalicia, buscaba evitar el contagio al resto de la población. Su vida estaba, pues, rigurosamente marcada por unas normas rígidas y estrictas, acentuadas por el miedo de los demás a verse en su misma condición de abandono.

Para seguir en ese ambiente estrictamente regulado, Jesús los manda a buscar su certificado de curación como garantía de integración. Era requisito imprescindible para reincorporarse a la sociedad, su anhelo más querido. Es de suponer su sorpresa al verse “*limpios*” y con una piel impecable que les devolvía la apariencia de normalidad. Porque, efectivamente, volvieron a ser tan normales como sus paisanos de la sociedad, sumergidos en un contexto legalista al que se remitían como primer criterio de referencia para vivir.

Nueve regresaron a los suyos gritando **¡Suerte!** La urgencia de su prisa para volver a sus familias y casas, estaba bien justificada. Se pueden buscar interpretaciones, disculpas, atenuantes... Pero olvidaron la gratitud, a la que no les obligaba la ley, pero con la que se vive mejor. Uno solo volvió a Jesús para decir **¡Gracias!** Nueve ingratitudes contra un agradecimiento. Un extraño a ese ambiente es quien rompe la disciplina de grupo y, dejando la ley para un segundo momento, se vuelve a dar las gracias a quien había hecho posible su nueva vida. En su curación vio el signo del amor de Dios y se creyó en la obligación de volver a dar gracias.

Dar gracias, saber agradecer es un sentimiento profundamente cristiano y humano. Saber decir “*gracias*” cuando, por ejemplo, se recibe un regalo es una de las cosas que primero se enseñan como parte de una buena educación, y el que no sabe decir oportunamente “*gracias*”, **¿qué sabe?**

Decir “*muchas gracias*” es una cosa que cuesta poco pero, si sale de dentro, es una de las más nobles expresiones del corazón humano. El agradecimiento es muchas veces lo único que podemos devolver por los beneficios recibidos. Si es sincero, eso basta. Quién devuelve otras cosas, sin agradecimiento, hará tal vez un intercambio o comercio. Agradecer es un reconocimiento del favor recibido por parte de un corazón noble. El que no es agradecido es en realidad sumamente pobre, lo mismo en la valoración humana que en su valoración ante Dios.

Los diez leprosos fueron curados de la lepra pero de forma desigual. Quizá el concepto más importante sea el de “*totalidad*”. Por medio de un signo Jesús pretendía sanar a los diez, no sólo parcialmente sino en su totalidad, no sólo en lo exterior corporal sino la totalidad del ser humano. Nueve de ellos fueron a presentarse al sacerdote para recibir el “*certificado de curación*” y reinsertarse en la sociedad. Y no volvieron.

El samaritano agradecido quedó curado de la lepra y a través de la curación creyó, y por la fe encontró la salvación **«tu fe te ha salvado»**, dice Jesús. Vio en la curación algo más que la liberación de la lepra. Vio el amor de Dios en su curación. Salvación es reconocer a Jesús como enviado de Dios y seguirle.

Jesús nos hace unas preguntas sobre nuestras actitudes humanas ante la vida, los demás y ante Dios. En ellas hay un repaso a nuestra religiosidad y las motivaciones que la impulsan, porque nuestra celebración semanal se llama: **«Acción de gracias»**, pero igual venimos por obligación como los que fueron a presentarse al sacerdote y no volvieron a dar las gracias.

Quizá el nombre de nuestra reunión, **«Eucaristía»** no se corresponde con nuestra intención y nos quedamos solo en pedir, cumplir y pensar que todo lo que somos y disponemos es porque nos corresponde, tenemos derecho y por todo hemos pagado un precio. Tenemos tan metido el sentido moralizante de la religión que olvidamos que su esencia es confiar y alabar a Dios dándole gracias. Porque todo en la vida es gracia, regalo, obsequio. Hasta Él mismo se nos da porque quiere.

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 17, 8-13): *Mañana estaré en pie en la cima del monte.*

Salmo (120, 1-2.3-4.5-6.7-8): *«El auxilio me viene del Señor»*

2ª lectura (2ª Timoteo 3, 14 – 4, 2): *Insiste a tiempo y a destiempo.*

Evangelio (Lucas 18, 1-8): *Le hará justicia sin tardar.*

Al terminar las vacaciones del verano la comunidad parroquial nos reunimos para planificar y programar una nueva etapa llena de posibilidades y buenos propósitos, buscando la participación responsable de la mayor parte de personas de cada uno de nuestros grupos. Todo eso estuvo muy bien y procuramos hacerlo desde la escucha del Espíritu que se manifiesta a cada uno en un sonoro silencio, lleno de signos fuertemente significativos en la vida de las personas de nuestro alrededor.

Nos cuesta reconocer, apoyar y sostener a cualquier persona que se coloca al frente de cualquier causa, defendiendo algo que no está de moda o que está desapareciendo, y que de antemano nos parece perdido, inoportuno y poco apropiado porque nos incomoda y saca de nuestra comodidad y de nuestros planes.

Sin embargo, nos resulta más fácil congregarse a miles de personas con banderas y bufandas gritando y aclamando a un grupo de personas que ganan millonadas de dinero por correr detrás de un balón o por gritar eslóganes musicales, políticos o religiosos a una persona que canta bien, o a la que los medios de comunicación se encargan de ensalzar o vituperar, según les convenga.

Acercarse a una persona no es lo mismo que acercarse a una masa de gente y ponerse a gritar. A una persona o le preguntas por qué hace lo que hace o escuchas lo que está gritando.

Cuando alguien es consciente de estar sufriendo algún tipo de injusticia, es capaz de no parar y de buscar una solución hasta que la misma se repare. Si lo hace sola seguramente acabará cansándose o siendo acusada de importunar a la persona que la causó; pero si lo hace acompañada, buscarán todas las vías de reparación de la misma.

Esto sucede cuando no estamos a gusto con nuestra forma de hacer o de vivir y nos justificamos o consolamos porque otras personas también lo hacen o sufren peores injusticias que las nuestras. Debemos de analizar dónde están los fallos y poner los medios necesario para corregirlos; y, si no depende de nosotros, acudir a las instancias necesarias para que pongan remedio. Además si hubiera algún tipo de injusticia, tendremos que denunciarla.

Hoy se habla mucho de la necesidad de la oración y al mismo tiempo de la imposibilidad de orar en este mundo tan “moderno”, globalizado, consumista, desarraigado y complejo. Lucas escribe para cristianos cansados de orar sin resultados o que, por falta de resultados, han dejado de orar. En realidad, ha escrito para todos, especialmente para los creyentes que no oran. Muchos de los que no oran lo hacen por no saber, por no tener interés, falta de tiempo o de ganas, por tener la sensación de que Dios está en otras cosas y no les oye o por pensar que orar es una actividad inútil.

¿Para qué orar?

¿Qué sucede cuando un hombre ora? ¿Qué espera o qué le mueve a ponerse de rodillas para vocalizar una oración? El cristiano consciente de serlo, debe partir ante todo del hecho de la oración frecuente de Jesús: *«Subió al monte para orar a solas»* (Mt 14,23); *«Se dirigió a un lugar apartado para orar»* (Mc 1,35); *«Se había retirado para orar a solas»* (Lc 9,18).

Por eso no se debe formular la pregunta sobre si se debe orar o no, sino sobre la manera de hacerlo: **¿Cómo debe ser mi oración? ¿Qué condiciones y disposición interior se requieren para orar como oraba Jesús?** Sin duda que Jesús observó dificultades y argumentó sus enseñanzas *«Oísteis que se dijo... pero yo os digo...»*. Y nos insiste *«¿Qué padre da una piedra a su hijo cuando le pide pan?»* (Mt 7,9).

Y lo del amigo que viene a media noche a pedir ayuda. *«Aunque el otro no se levante a darle el pan que le pide por ser amigo, se lo dará para que lo deje en paz»* (Lc 11,8). Es el mismo argumento con que nos encontramos en la parábola de la viuda insistente. El Juez irresponsable se hace primero el sordo, pero termina por hacer justicia para que la viuda lo deje en paz.

La oración requiere silencio interior. Quizá tenemos los oídos del alma aturdidos por los ruidos de preocupaciones y por eso no podemos oír los gritos del Espíritu; quizá estamos atentos a todo menos a nosotros mismos. Es necesario prestar atención a la voz de Dios, a su presencia, a las voces interiores del Espíritu porque se trata de algo íntimo e importante para nuestra vida.

Siempre es bueno abrir el corazón a Dios, pedir, exponer, insistir. En el A.T. hay ejemplos de creyentes que lloran o ríen ante Dios, que discuten y razonan con Él, incluso que le hacen responsable de los males y le acusan amargamente de haberlos abandonado. Dios no reacciona con enfado o mal humor. No se siente molesto ni aburrido por la insistencia suplicante. Porque sabe que nos ha puesto en un mundo que no es perfecto. Por eso insistimos en que *«venga a nosotros su Reino»*

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 35, 12-14.16-18): *El Señor es un Dios justo.*

Salmo (33, 2-3.17-18.19 y 23): *«Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha»*

2ª lectura (2ª Timoteo 4,6-8.16-18): *El Señor, juez justo, me premiará.*

Evangelio (Lucas 18, 9-14): *Ten compasión de este pecador.*

Hoy el evangelio plantea algo muy importante para el discípulo: *«Ay de aquellos que creyéndose justos y seguros de sí mismos desprecian a los demás»*. El que quiera ser discípulo de Jesús no puede tener en sí mismo sus seguridades, sino en Dios, y mucho menos despreciar a los demás por creerlos inferiores. Es la enseñanza que nos deja hoy con esta parábola del fariseo y el publicano.

La intención de la parábola es desenmascarar el criterio de los fariseos que se tenían por modelo de justo, por el modelo del perfecto discípulo. Realmente los fariseos eran cumplidores estrictos de la Ley, observantes de la Escritura, a la que tenían en gran aprecio, acudían asiduamente a la sinagoga repartían limosnas y observaban con rigidez las leyes de la pureza ritual.

Esto, en principio, puede parecer una actitud piadosa y correcta pero no era así porque tenían el corazón endurecido. Eran orgullosos y despreciaban a los demás, no practicaban la misericordia con aquellos que no actuaban como ellos decían. Por eso el mensaje de Jesús de Nazaret les irritaba porque era un mensaje de acogida a todos, incluso a los pecadores, mensaje de perdón, de amor y de misericordia. Ellos creían estar cargados de méritos ante Dios por sus propias obras y no podían entender el perdón y la misericordia gratuita de Dios ante los pecadores. Realmente no conocían a ese Dios al que se dirigían.

«¡Oh, Dios!, ten compasión de este pecador». Como contrapunto aparece un publicano, un pecador público, consciente de sus muchos pecados que no se atreve a levantar la cabeza, se queda atrás y solo repite: *«¡Oh, Dios!, ten compasión de este pecador»*. Él tiene conciencia de que lo único que puede ofrecer a Dios es una vida de pecado y por eso solo puede humillarse con las palabras del miserere: *«Por tu inmensa compasión borra mi culpa»*. Él presenta ante Dios *«un corazón contrito y humillado»* y así en su humillación es como descubrió al Dios Padre de Jesucristo, un Padre de amor y misericordia, a un Dios que es amor.

Esta parábola es también una llamada de atención para los discípulos de hoy, no nos vayamos a creer mejores que los demás y despreciemos a los que no piensan como nosotros, a los que consideramos pecadores y a los que realmente sean pecadores, porque nosotros no somos menos pecadores y también estamos necesitados de la misericordia de Dios. No podemos caer en la tentación de querer estar sin pecado para empezar a arrojar piedras pues el único que puede juzgar es Dios y su juicio es de amor y misericordia.

Orar es dialogar con Dios, confrontar nuestra pequeñez con su grandeza, nuestra realidad con el ideal a que nos llama y solicitar su gracia para alcanzarlo; es vaciar ante Él nuestros deseos, aspiraciones y fracasos, agradecer sus dones y pedir perdón por las infidelidades; es ponerse incondicionalmente a su disposición en toda circunstancia.

Los dos hombres de la parábola fueron al templo a orar. Pero la oración de uno no era diálogo sino monólogo. Hablaba consigo mismo. No daba gracias por los dones recibidos sino por *“sus logros”* y se miraba complacido en ellos como en un espejo. Se comparaba con el publicano para sentir la satisfacción de verse mejor que él; *“afeaba la imagen ajena para mejorar la propia”*. Hacía cosas positivas: pagaba diezmos y ayunaba, pero se lo atribuía a sí mismo y no creía necesitar nada ni a nadie.

Jesús expuso esta parábola *“de puertas adentro de la Iglesia”*, para los que teniéndose por justos desprecian a los demás. El cristiano debe proceder con suma cautela. Para algunos *“justos”*, es decir *“cumplidores”*, quizá lo importante es la letra o el número de prácticas religiosas y no su calidad. Cumplir ciertas prácticas, repetir y multiplicar el número de devociones no santifican automáticamente. Siempre es verdad que vale más un acto intenso que mil remisos, que nadie tiene derecho a sentirse superior a nadie.

«El que esté libre de pecado, tire la primera piedra» (Jn 8,7). Nadie tiene derecho a lanzar piedras contra nadie si no está seguro de estar sin pecado. *«¿Por qué miras la brizna que tiene tu hermano en su ojo y no te fijas en el tronco que tú mismo tienes en el tuyo?»* (Lc. 6,41). Ni debe indignarse contra la paja en el ojo ajeno mientras no quite la viga del propio. Hace falta buena dosis de honradez, sinceridad y humildad para contemplarse en el espejo de la verdad y aceptarse así, tal como se es. *«No todos los que dicen: “Señor, Señor” entrarán en el Reino de los Cielos»* (Mt 7,21).

Pidámosle hoy al Señor que sepamos caminar en la vida con humildad y sencillez sin creernos superiores a los demás y al final de la vida podamos decir como san Pablo: *«He combatido bien mi combate, he corrido hacia la meta, he mantenido la fe»*.

TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7, 2-4,9-14): *Una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar.*

Salmo (23, 1-2,3-4ab,5-6): *«Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan 3, 1-3): *Ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): *Vuestra recompensa será grande.*

Las bienaventuranzas las gritó Jesús entonces y las sigue gritando hoy. Son el corazón del Evangelio. Nos descubren cómo es Dios y nos dicen que las personas que las viven se parecen a Él, por eso son bienaventurados. En la fiesta de Todos los Santos la Iglesia proclama las bienaventuranzas porque ser santo es vivirlas, ser santo es parecerse a Dios. **¡Casi nada!**

Acerquémonos a alguna de las bienaventuranzas que leemos en el evangelio de Mateo y realicemos el pequeño ejercicio de ver esa bienaventuranza encarnada en personas concretas:

«Felices los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos». Dichosas las personas sencillas, las que no buscan aparentar y se muestran tal como son, sin doblez ni mentira; dichosas porque, la conciencia que tienen de sus limitaciones y errores las hace humildes y capaces de perdonar y de pedir perdón. Dichosas las personas sencillas que no prestan oídos a la cultura propagandística del mercado porque saben bien que el afán de riqueza y consumo no les va a hacer más felices, sino vacíos e insolidarios. Dichosos los cristianos de espíritu sencillo que cada día de su vida se despiertan deseando ser discípulos de Jesús, escuchar de nuevo sus palabras y caminar tras sus pasos en la dirección del Reino.

«Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». Felices las personas que tienen un corazón grande, un corazón en el que siempre hay sitio para la gente y en él encuentran acogida y cariño; felices, porque no hay alegría mayor que hacer felices a los demás, especialmente a los que la vida no les sonrió; felices porque hacen posible, ya desde ahora, una sociedad con corazón; felices porque su misericordia les acerca al corazón de Dios. Felices los cristianos que se preocupan por los demás, que cargan en sus espaldas los dolores de los que sufren, que lloran y se conmueven ante las desgracias de los vecinos, que prefieren perder, un poco o un mucho, para que los pobres ganen algo. Felices, porque en esta salida hacia los otros, descubrirán que el amor de Dios es pura misericordia.

«Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». Bienaventuradas las personas que son «buena gente», que no piensan mal y tampoco hablan mal de nadie. Bienaventuradas porque son tolerantes, comprenden y disculpan. Bienaventuradas porque, en lugar de criticar y maldecir las tinieblas, encienden una pequeña luz y, gracias a ella, la vida se ilumina. Bienaventuradas porque ven la vida como Dios la ve, en toda su belleza y bondad original. Bienaventurados los cristianos de corazón limpio, honestos, abiertos a la vida y a Dios, dispuestos a dejarse llevar por la novedad y la fuerza del evangelio, que todo lo transforma.

Los dones con que Dios nos obsequia, no los utilizamos todos por igual. Hay santos que se hacen ante todo admirar; otros principalmente se hacen querer. Pero, admirados y/o queridos todos cantan la grandeza del amor de Dios, origen de todo bien. En unos brilla la santidad espectacular y figuran en los catálogos de santos oficialmente canonizados. En otros la santidad permaneció más bien oculta, no deslumbró, no hizo ruido, no tuvo promotores, pero vigorizó el pueblo de Dios. Quizá sólo después de la muerte nos damos cuenta de que el desaparecido era un santo. Esa santidad principalmente es la que celebramos hoy.

Existe en todo ser humano una inclinación a considerarse mejor que los demás. Si se preguntara a la gente al azar: **¿Es o desea usted ser santo?**, muchos considerarían la pregunta impropia, fuera de lugar, algo de interés sólo para otros. Sin embargo, el deseo de santidad está de alguna manera identificado con las más profundas aspiraciones del corazón humano. La santidad es perfección que desemboca en la plenitud de dicha con Dios.

Todo el que se afana por la dicha está deseando esa perfección que introduce en la plenitud de la vida: la santidad no consiste en ser como otros santos, como Pablo, Javier, Teresa, Vicente..., sino en ser uno mismo. Cada uno es único ante Dios. La santidad consiste en llegar a ser eso que Dios ha pensado de mí. Dios no pide nada más, pero tampoco nada menos.

¿Y cómo me ha pensado Dios? Ante todo pobres de espíritu, capaces de presentarse ante Dios con corazón limpio para que Él deposite sus riquezas. Capaces de compadecer, de luchar sin odio por la paz y de indignarse sin ira ante la injusticia, dispuestos a aceptar desprecios por confesar la fe en Dios. Ése es el programa de los santos, realizado ya por la multitud de toda raza, pueblo y nación, que goza de la plenitud de la vida en Dios. Son los que han sabido amar. La vida eterna es amor. El amor es inmortal.

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 11, 22 – 12, 2): *Amas a todos los seres.*

Salmo (144, 1-2.8-9.10-11.13cd-14): *«Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey»*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 1, 11 – 2, 2): *Según la gracia de nuestro Dios.*

Evangelio (Lucas 19, 1-10): *Hoy ha sido la salvación de esta casa.*

La Palabra de Dios tiene la capacidad de “sacarnos de nuestras casillas” y de conducirnos por caminos nuevos y distintos por los que nosotros nunca transitaríamos. En la primera lectura de este domingo, la Sagrada Escritura relaciona la “compasión” con el “poder” de Dios, luego con su “amor”. El evangelio nos pone a todos en un brete: **¿tendríamos nosotros compasión de una persona indeseable y odiosa como Zaqueo?** La Escritura no sigue la lógica humana.

Relacionamos el “poder de Dios” con su capacidad de hacer y deshacer, de tomar decisiones sobre la historia y la humanidad. A veces nos imaginamos a un Dios caprichoso e imprevisible que produce más temor que amor. Sin embargo el libro de la Sabiduría relaciona el poder de Dios con su compasión: sabe que somos pecadores, pero pasa por alto los pecados del hombre. No porque no le importe, sino para que el ser humano se arrepienta. El poder de Dios no es destructivo, sino creativo; no se manifiesta en la muerte sino en la vida; tampoco en el castigo, sino en el perdón. Dios tiene paciencia, para que nosotros recapacitemos y regresemos a Él.

Esta forma de pensar nos resulta extraña, pues somos hijos de la razón filosófica griega, donde el poder se manifiesta en la autoridad indiscutida. El libro de la Sabiduría continúa diciendo que Dios tiene compasión, **«porque ama todo cuanto existe»** y le concede un título único en la Escritura: Dios es “amigo de la vida”. La compasión de Dios no nace de su indiferencia sino de su amor. Dios es compasivo porque ama. Dios corrige “poco a poco” y en esa corrección compasiva se revela.

Si nos movemos en el campo de los méritos, muy común entre las personas religiosas, Dios solo debería compadecerse de aquellos que se lo ganaran a pulso, que acumularon méritos para conseguir la misericordia divina. El evangelio de Zaqueo puede que no nos guste precisamente por esto: porque Zaqueo era un impresentable que solo merecía la desaprobación y el rechazo de Jesús; pero, de forma sorprendente, lo acoge y le cambia la vida. La misericordia de Dios no depende de nuestros méritos. Dios es misericordioso con los que lo buscan.

Jesús a lo largo de su vida defendió la causa de los pobres y previno contra los peligros de las riquezas cuando estas llegan a adueñarse del corazón. Pero nunca se dice que despreciaba las riquezas en sí mismas ni odiara a los ricos. Jesús no pasó indiferente ante ninguna necesidad. Tampoco ante Zaqueo, rico en bienes y necesitado en el espíritu, con el buen deseo en el corazón de ver a Jesús como principio de su conversión.

Hay muchos encuentros de Jesús con ricos y muchas enseñanzas sobre las riquezas: El epulón de la parábola era rico y las riquezas habían endurecido su corazón. Por eso Jesús le condena. El llamado “joven rico” tenía buen corazón pero no fue generoso. Por eso Jesús le vio alejarse triste. Zaqueo era rico por corrupción y fraude y encuentra la salvación por un buen deseo.

La historia de este hombre tiene ribetes de cuento. Zaqueo es uno de esos hombres en quién no tenemos inconveniente en reconocer que tienen algunas virtudes a condición de encontrar en él algún defecto: Zaqueo era rico pero pequeño, influyente pero no querido, notable pero no apreciado por pertenecer a una profesión dudosa, la de recaudador de impuestos para la potencia de ocupación.

Es uno de tantos que tienen mucho pero les falta más, arcas llenas y corazón vacío, dinero sin estima ni amor, deseos de un ansia de felicidad que no se vende en los mercados. Había que negociar algo nuevo. Ha oído hablar de Jesús y quiere verlo, como no le dejan se sube a un árbol entre las risas de los que lo señalan con el dedo. Pero en aquella decisión había sin duda un profundo deseo más que una simple curiosidad. Como Dios nos ve antes de ser visto y nos conoce antes de dirigirnos a Él. Jesús miró, vio y llamó. A continuación vino el cambio de su vida.

Recordemos la fábula que nos contaban de niños en catequesis: “Una vez discutieron el viento y el sol sobre quién era más fuerte. Para dirimir la cuestión hicieron una apuesta que consistía en ver quién de los dos conseguía quitar el abrigo a un hombre que iba de camino. Empezó el viento a soplar con violencia. El hombre se abrochó el abrigo y siguió caminando; cuanto más arreciaba el viento, el hombre más se trincaba el abrigo y seguía caminando hasta que el viento desistió. Comenzó el sol a enfilar sus rayos contra el hombre, que progresivamente empezó a sentir el peso del calor, a sudar, a sofocarse, y en poco tiempo se vio obligado a despojarse del abrigo”.

¡Dios es amigo de la vida! El contenido de las lecturas de hoy es verdaderamente sedante y llena el corazón de esperanza para poder vivir alegres en un mundo donde tantas cosas parecen ser malas sin remedio. **«Dios ama todo lo que ha creado aunque parezca pequeño»**, anuncia entusiasmado un sabio del Antiguo Testamento. La preocupación de un creyente consiste en ver cómo puede dar gloria a Dios en su vida, **«viviendo en la serenidad y esperanza de la fe»**, confirma Pablo. Y Lucas pone el dato pintoresco de la llamada de Jesús a un pecador para comer con Él porque **«ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido»**.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Macabeos 7, 1-2.9-14): *Estar dispuesto hasta morir.*

Salmo (16, 1.5-6.8 y 15): *«Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor»*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 2, 16 – 3, 5): *El Señor, que es fiel, nos dará fuerzas.*

Evangelio (Lucas 20, 27-38): *No es Dios de muertos, sino de vivos.*

El Evangelio siempre aporta un mensaje de vida y esperanza. Jesús no se enredaba en batallas triviales, ni se enzarzaba en debates estériles. Su enseñanza siempre estaba cargada de novedad y daba sentido a la vida de quienes le escuchaban. Hubo quien lo encontró peligroso, desestabilizador, radical..., y quisieron acabar con Él. Pero su mensaje, lejos de olvidarse, se ha perpetuado en el tiempo y es una propuesta actual para recorrer el camino de la vida. Hoy, nosotros, nos reunimos para celebrar su memoria y escuchar una Palabra que nos enseña a vivir.

El creyente pone su confianza en el Señor y sigue sus caminos. Dios sale a nuestro encuentro, de múltiples formas, especialmente en los momentos complicados. Nunca nos deja solos, nos sostiene y nos ofrece un horizonte de vida plena. Nuestras acciones y decisiones pasan a ser sagradas: el cristiano vive en el Señor y todo pasa a ser experiencia de fe. Somos más que lo que hacemos y sentimos, somos los hijos de un Dios que nos ha dado la vida, todo lo que experimentamos es un acontecimiento de fe que nos vincula con Él.

Dios nos invita a vivir de un modo alternativo, más allá de las costumbres, la cultura y la moda de cada tiempo. Las acciones del cristiano adquieren sentido pleno desde el encuentro con el Señor. Sabemos que, para ganar... hay que perder. Para subir... hay que bajar. Para ser más grandes... hay que hacerse pequeños.

Es la enseñanza constante del Evangelio: Dios mira la vida desde un ángulo diferente y nos invita a hacer lo mismo. Él pone su mirada en quienes sufren y lo pasan mal, en las víctimas de la historia y en los ninguneados. Ellos son sus favoritos. Incluso hay quienes sufren rechazo y persecución por la fe... hoy, en muchos lugares del planeta, encontramos a cristianos perseguidos que no reniegan de la fe. La fuerza siempre viene de Dios.

La eternidad la edificamos cuando dejamos que Dios sea el Señor de nuestra vida. Así lo hizo Jesús y así nos invita a hacerlo. Nuestro Dios no es de muertos, sino de vivos. Y nos lanza a confiar en la vida y a trabajar por la justicia y la verdad, aunque eso conlleve luchas, fracaso y dolor. En Jesucristo todo tiene un nuevo sentido. La entrega, el compromiso y el trabajo por el Evangelio merece la pena y es motivo de felicidad, más allá de las dificultades o los problemas que conlleve. Dios siempre nos ayuda a recorrer este camino. El cielo lo comenzamos a construir aquí y ahora. Él nos ha dado y nos dará la vida.

Individual o colectivamente, a nuestro lado o a distancia, cada día nos confronta con la realidad inexorable de la muerte. **¿Es el fin de todo?** El Evangelio aborda hoy esta problemática actual por ser hoy más que antes los que no creen en otra vida. El caso aducido basado en la ley del levirato que protegía a las viudas “*la primera ley feminista*” es intencionadamente absurdo y está inventado para ridiculizar la creencia en otra vida después de la muerte.

La fe en la resurrección no era compartida por todos en tiempos de Jesús. Los saduceos que presentan este caso creen que la vida presente puede muy bien satisfacer todas las aspiraciones, por eso una vida ulterior no es necesaria ni comprensible, y pretenden refutar la creencia en otra vida por medio del ridículo: La mujer enviudó siete veces, es decir, fue mujer legítima de todos. De ahí la pregunta **¿cómo puede admitirse una vida donde se darían semejantes absurdos? ¿Cómo puede creerse en la resurrección?**

La respuesta de Jesús viene a decirles: *¡no entendéis nada de nada!* El error de base de los saduceos consiste en la transposición literal de la vida presente a la futura con las mismas necesidades, apetencias, satisfacciones... La vida nueva se rige por leyes nuevas y si allí ya no se muere tampoco se necesita la sucesión. La fe nos dice que vamos al Dios que formó nuestro cuerpo mortal y lo transformará en inmortal, en una vida nueva en condiciones nuevas y regido por leyes nuevas.

¿Cómo? ¿Seremos como los ángeles o de otra manera? No podemos imaginarlo. Al ciego de nacimiento nos es muy difícil hablarle de colores ni al que nació sordo decirle lo maravilloso de una sinfonía. Al feto humano no se le piden respuestas sobre el mundo de los colores y sonidos en el que está destinado a entrar pero donde todavía no ha entrado, así es la vida futura.

No nos es posible imaginarlo. Nuestras representaciones van condicionadas por las experiencias de espacio y tiempo, caducidad, tensiones, noche y día, enfermedad y muerte. Si todo fuera como nos es posible imaginar, no habría vida sin muerte, ni alegría sin tristeza, ni encuentro sin despedida. Será una vida nueva y no una prolongación de la presente.

Hay que dejar a Dios ser Dios. El que pone límites al saber o al poder de Dios no deja a Dios ser Dios, le reduce a algo creado por la mente humana y a semejanza humana.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Malaquías 3, 19-20a): *Os iluminará un sol de justicia.*

Salmo (97, 5-6.7-9a.9bc): *«El Señor llega para regir los pueblos con rectitud»*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 3, 7-12): *Que trabajen con tranquilidad para ganarse el pan.*

Evangelio (Lucas 21, 5-19): *Así tendréis ocasión de dar testimonio.*

Estamos terminando el año litúrgico. La lectura primera nos llama a honrar el Nombre de Dios. Honrar es respetar a alguien; enaltecer; dar celebridad. Pues bien, según Malaquías, los que proceden así recibirán de Dios una luz que les traerá la salud y la salvación, o sea, la plenitud y el sentido de la vida. Este es el deseo de Dios Padre: que todos tengamos vida. Bien es cierto que para remarcar esta idea, la lectura nos habla de qué les pasa a los que viven de modo distinto: que serán como la paja que se quema en el horno.

Ambas imágenes, la luz y la oscuridad, son muy utilizadas en los escritos judíos apocalípticos, pero no han de llevarnos a aquello de “*Dios premia a los buenos y castiga a los malos*”, porque creemos en el Dios de la Misericordia y de la vida.

Queremos seguir y honrar a un Dios cuya mayor grandeza es que honremos a sus hijos. Estamos llamados a respetar a Dios en los hermanos, porque Él es quien de verdad rige el mundo con justicia. Y eso es motivo de alegría: solo con la Presencia de nuestro Padre es capaz de retumbar el mar y la tierra, aplaudir los ríos y aclamar los montes.

Algunos cristianos de Tesalónica creían que la llegada de Cristo iba a ser en cualquier momento, y claro, como no era así algunos se dedicaban a vivir “*muy ocupados en no hacer nada*”. El entusiasmo, el trabajo, el ánimo, estaban dejando sitio a otras cosas. Y Pablo se pone de modelo, para que vean que él trabaja con sus manos y no es gravoso a nadie. Buen aviso para que también nosotros repasemos qué “*modelos*” tenemos por ahí... y nos fijemos de verdad en los que se esfuerzan, buscan el bien, comparten, trabajan por los demás.

El Evangelio nos dice que algunos judíos ponderaban las piedras y los adornos del Templo, y se quedaban en eso, en las apariencias. Qué parecido con muchas de nuestras valoraciones de las cosas y de las personas, cuando nos quedamos en la superficie, en lo externo. Y que cuando veamos que se usurpa el Nombre de Dios (cuando se utiliza a Dios para humillar a los hombres, o para destruirlos), que crecen las guerras, que se alzan pueblos contra pueblos, no nos hundamos en el temor. Que cuando las cosas van mal y hay dificultades es cuando más fuertes tenemos que estar, más constantes y entregados. Y esto porque tenemos nuestra fuerza y la del Padre, su Gracia y Sabiduría, que se manifiesta en la debilidad.

Los cristianos destinatarios del texto de Lucas participaban algo de esa angustia. Estaban cansados de persecuciones, de sufrimientos, de la vida. En sus celebraciones litúrgicas suspiraban; “*¡Ven, Señor!*”. El evangelista cree necesario desengañarlos asegurando que el fin del mundo no llega y que lo importante hasta que llegue es vivir ardientemente la esperanza y el testimonio cristiano. Vivir en cristiano es descubrir a Dios activo en los acontecimientos de la historia e interpretar su sentido. Este mensaje no tiene por qué angustiar a nadie y sí infunde fundados motivos de esperanza.

Si leemos estos textos desde la perspectiva de las catástrofes que las noticias nos muestran cada día lo haremos con un sentimiento de un inmediato miedo. La fe y la superstición andan muy cerca y el que no cree en Dios suele estar dispuesto a creer en todo. Son, quizá, los catastrofistas los que lo leen con satisfacción viendo confirmadas aquí sus predicciones. Pero para un cristiano estas lecturas nos dan la total confianza de que estamos en las manos de Dios «*no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza*».

Los males innegables no justifiquen sin más el pesimismo ni una interpretación negativa de la vida. Hay en el mundo mucho bien oculto aunque el mal tenga mucha prensa. Las mismas catástrofes suscitan corrientes de solidaridad para el bien que eclipsan o neutralizan en buena parte los vulgares egoísmos. Las catástrofes son también portadoras de elementos para el bien.

Ánimo, hermanos. Estamos invitados a encarar con tesón las dificultades, porque queremos ser fieles a Dios y nos queremos llenar de confianza, de fortaleza y de entrega para hacer y vivir en el bien. «*Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo*», nos dice Jesús. **Y así es.**

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

1ª lectura (2º Samuel 5, 1-3): *Ellos le ungieron como rey de Israel.*

Salmo (121, 1-2.45): *«Vamos alegres a la casa del Señor»*

2ª lectura (Colosenses 1, 12-20): *Por medio de él fueron creadas todas las cosas.*

Evangelio (Lucas 23, 35-43): *“Este es el rey de los judíos”.*

En el capítulo 23 de su evangelio Lucas nos cuenta el proceso de Jesús ante Pilatos y Herodes y la consiguiente condena a muerte. El relato del camino hacia la cruz desembocará en el texto de este domingo que nos relata la crucifixión de Jesús.

Allí, en un lugar llamado “*la Calavera*”, crucificaron a Jesús. Las burlas de las autoridades judías y el desprecio que muestran ante Jesús nos llenan de profunda tristeza. **¿Por qué no llegaron a descubrir realmente a Jesús?** Lo escucharon predicar, lo vieron curar y salvar a no pocas personas, escucharon repetidamente de sus labios que Él provenía de Dios y que su misión era solo anunciar el amor con el que Dios quiere a la humanidad. Pero no quisieron creerlo.

Estas injurias vertidas sobre Jesús animaron a los soldados romanos que se sumaron a la burla y también lo hizo uno de los malhechores crucificados. Todo el mundo parece estar en contra de Jesús. Dios no le ha abandonado, por supuesto, no lo hará nunca. Pero parece que, humanamente, se ha quedado solo. Sin embargo, será otro de los malhechores el que se colocará al lado de Jesús y pondrá un poco de luz en esta situación.

El llamado “*Buen Ladrón*” reprochará al malhechor que insultaba a Jesús. Y este personaje anónimo emitirá la sentencia más certera sobre Jesús: **«este no ha faltado en nada»**. Esta realidad es la que no llegaron a ver ni las autoridades judías ni las romanas.

Jesús no tenía ninguna culpa. Pero está ahí en la cruz. La presencia del inocente en el instrumento más cruel de suplicio ha conmocionado a este hombre. Hasta el punto de pronunciar una confesión de fe en la realeza y el poder de Jesús: **«Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino»**. Solamente ahora Jesús va a abrir la boca. Y lo va a hacer para decir a este hombre que tiene asegurada su salvación.

Sorprende el silencio de Jesús hasta ahora. No ha rebatido las injustas burlas ni de las autoridades judías, ni de los romanos, ni del malhechor que lo insultaba. Uno podría preguntarse por este silencio. La explicación la encontramos en el propio texto bíblico, un poco antes de nuestra escena, en el versículo 34. En ese texto Jesús sí había hablado y estando crucificado había dicho: **«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»**. Jesús ha perdonado a todos. Por eso, en nuestro evangelio, no responde a las burlas. Los ha perdonado porque los ama profundamente. A pesar de que ellos deseen verlo muerto.

Como conclusión del año litúrgico celebramos cada año la fiesta de Cristo Rey. Y lo haremos bien siempre que comprendamos lo que celebramos, si precisamos y deslindamos los conceptos que, habitualmente atribuimos a nuestros pensamientos e ideas sobre estos vocablos. Las palabras “*rey*” y “*reino*” arrastran connotaciones de tradición y cultura con alusiones a sangre real y aristocracia, a boato y sequito, a mando y poder con frecuentes conquistas en guerras y batallas.

Una sencilla evocación de la historia de Jesús desde su nacimiento en Belén, su juventud en Nazaret, su vida pública como hombre, su programa y muerte es una historia fácilmente imaginable, que celebramos anualmente entre la alegría de la Navidad y la celebración religiosamente fervorosa de la Semana Santa.

Jesús resucitado es menos imaginable, tiene menos aparato festivo a pesar de la cincuentena Pascual, pero es el objeto de nuestra fe. Jesús como Rey del universo es más confuso y confundible porque no es traspasable directamente a los conceptos humanos de realeza. Los textos bíblicos subrayan en Jesús la descendencia del rey David y ante Pilato el mismo afirma: **«Yo soy rey y para esto nací»** precisando inmediatamente: **«pero mi Reino no es de este mundo. Si fuera de este mundo ahora mismo estarían mis soldados luchando para rescatarme»**.

El único señor del mundo es Jesús, Hijo de Dios. En su mano están los destinos de los humanos y no en el azar ni en la caprichosa “*rueda de la fortuna*”. Las funciones sociales y poderes humanos son necesarios en el mundo pero no son absolutos. Todos están sometidos y son responsables ante Dios como Jesús se lo hizo notar a Pilatos: **«No tendrías autoridad alguna para actuar contra mí si no te hubiera sido dada desde lo alto»** (Jn 19,11). Jesús es por tanto, Rey del universo y cabeza del cuerpo de la Iglesia en la que hemos sido introducidos para cooperar con Él en la obra de unidad y reconciliación.

Paradójicamente la fiesta de Cristo Rey se relaciona con el Viernes Santo. El Rey agonizante en la cruz habla con el ajusticiado a su derecha al que promete la entrada en su reino. Desde aquel diálogo a media voz entre Jesús y el buen ladrón hay esperanza en el mundo para toda situación difícil. Le desafiaban **¡Baja de la Cruz y crearemos en ti!** No bajó. Si hubiera bajado habrían quedado allí dos hombres muriendo sin esperanza, dos símbolos de la humanidad desesperada, porque nadie podría decirles con verdad lo que Jesucristo Rey puede decir: esto va a cambiar: **«Hoy estarás conmigo en el paraíso»**. La fiesta de Cristo Rey es una fiesta de esperanza.